

Digitized by the Internet Archive  
in 2009 with funding from  
University of Toronto



IMPRESIONES DE VIAJE

# TOMOS PUBLICADOS

---

PRECIO  
DEL TOMO  
—  
Pesetas.

---

I.	<b>Primeros y últimos versos</b> .....	<b>3</b>									
II.	<table style="border: none; margin-left: 20px;"> <tr> <td style="font-size: 3em; vertical-align: middle;">{</td> <td><b>Una señora comprometida</b> (Novela)</td> <td></td> </tr> <tr> <td></td> <td><b>Del amor y otros excesos</b> (Artículos festivos).</td> <td></td> </tr> <tr> <td style="font-size: 3em; vertical-align: middle;">{</td> <td><b>Don Juan, el del ojo pito</b> (Novela inédita sin terminar).....</td> <td style="text-align: right; vertical-align: bottom;"><b>3</b></td> </tr> </table>	{	<b>Una señora comprometida</b> (Novela)			<b>Del amor y otros excesos</b> (Artículos festivos).		{	<b>Don Juan, el del ojo pito</b> (Novela inédita sin terminar).....	<b>3</b>	
{	<b>Una señora comprometida</b> (Novela)										
	<b>Del amor y otros excesos</b> (Artículos festivos).										
{	<b>Don Juan, el del ojo pito</b> (Novela inédita sin terminar).....	<b>3</b>									
III.	<table style="border: none; margin-left: 20px;"> <tr> <td style="font-size: 3em; vertical-align: middle;">{</td> <td><b>Busilis</b> (Relación contemporánea).</td> <td></td> </tr> <tr> <td></td> <td><b>La ciencia y el corazón. — Milord</b> (Narraciones).....</td> <td style="text-align: right; vertical-align: bottom;"><b>3</b></td> </tr> </table>	{	<b>Busilis</b> (Relación contemporánea).			<b>La ciencia y el corazón. — Milord</b> (Narraciones).....	<b>3</b>				
{	<b>Busilis</b> (Relación contemporánea).										
	<b>La ciencia y el corazón. — Milord</b> (Narraciones).....	<b>3</b>									
IV.	<table style="border: none; margin-left: 20px;"> <tr> <td style="font-size: 3em; vertical-align: middle;">}</td> <td><b>Memorias íntimas</b> (Segunda edición).....</td> <td style="text-align: right; vertical-align: bottom;"><b>3,50</b></td> </tr> </table>	}	<b>Memorias íntimas</b> (Segunda edición).....	<b>3,50</b>							
}	<b>Memorias íntimas</b> (Segunda edición).....	<b>3,50</b>									



344

OBRAS COMPLETAS

DE

# Eusebio Blasco

TOMO V

## IMPRESIONES DE VIAJE

**Segunda edición.**

206171  
5. / 10. 26

MADRID

LIBRERÍA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTÍNEZ

Correo, 4. — Teléfono 791.

1904



---

Es propiedad de los herederos de D. Eusebio Blasco.

---



IMPRESIONES DE VIAJE





*La primera edición de este libro se publicó en el año 1868, aprovechando las relaciones de viaje publicadas por el autor en el Gil Blas, y completando el libro con los apuntes que hizo en diferentes puntos de su viaje. Vendióse bien el libro por más que el autor, propietario de su trabajo, no tuviera el gusto de percibir nada de las utilidades. Vuélvelo á publicar ahora siendo editor de sí propio, y aconsejando á todos los que vivan de sus trabajos literarios que imiten esta conducta.*

(Nota del autor incluída en la ya agotada segunda edición de su libro titulado *Obras festivas*.)



---

---

## DEL SUIZO Á LA SUIZA

### I

**D**ESENGÁÑATE, querido, le decía yo una tarde á Luis Rivera, es una ridiculez pasar el verano en Madrid. Me he enterado bien, y ya sé de buena tinta que no debo quedarme este año entre vosotros.

Me han asegurado que es de buen tono pasar el verano fuera de la corte, gastar prontamente el dinero, ir dando tumbos por ahí, y volver dentro de un par de meses diciendo uno que se ha divertido mucho.

Como esta es la costumbre, y la costumbre, según ha dicho no sé qué tonto célebre, es una segunda necesidad, me decido á satisfacer esa segunda necesidad, ya que no puedo satisfacer las primeras. Esto es eminentemente español.

Como estoy delicado de salud y varios médicos á quienes he consultado me han enviado á treinta y tres ó treinta y cuatro establecimien-



tos de baños diferentes, he resuelto no ir á ninguno, para no dejar á la ciencia por embustera.

Y por último, como necesito tranquilidad de espíritu, dinero abundante, buen trato de gentes, comodidad y costumbres tolerables, ¿dónde he de ir que tales cosas halle sino fuera de España?

Hecho tengo el baúl (porque hecho le compré), acomodado en él el equipaje, tranquila la conciencia, dispuesto el ánimo y derramadas en forma de cartón las despedidas por esas porterías.

Ahí queda eso, pues, y hasta la primera, si no nos vemos antes.

Tengo por cosa cierta que al respetable público no ha de importarle maldita de Dios la cosa que yo me vaya ó me quede; pero tengo también por cosa segura que «el quedar bien nunca está de más,» como dice un proverbio provincial, y por otra parte, no deja de llevar un poco, ó dos ó tres, de malicia, la despedida.

Dice otro proverbio (y perdóneme yo mismo la comparación) que *¿dónde irá el buey que no are?*

¿Dónde irá el escritor que no escriba? digo yo ahora.

Todo el mundo ha escrito sus impresiones de viaje. Todo el mundo, menos yo.

Y si á la semi-vergüenza que me produce el recordar que no he escrito de mis viajes se añade esta pícara enfermedad de escribir sin cesar

que vengo padeciendo hace algunos años, ¿qué cosa más natural en mí que hacer un libro en cuyas páginas relate á mi manera lo que vaya viendo por ahí?

¿Por qué no he de poder ir escribiendo un libro cuya primera página se titule *El café Suizo* (punto de partida), y la postrera *El último cantón de Suiza*, fin de mi viaje?

Por otra parte, ¡suceden tantas cosas en los viajes! ¡Se presta tanto á la descripción el descarrilamiento; la aventura de la joven que conocemos en el tren; el poético mareo del vapor, que le hace á uno echar tantas cosas por la boca; el colchón relleno de adoquines de la cama de fonda; los robos que teme uno en el camino, y los que sufre real y efectivamente en los *hoteles* y en las estaciones, y en los desembarcaderos; el polvo, el vuelco, el cansancio... en una palabra, todas esas encantadoras molestias á que se entrega uno sin ningún motivo!

Todo, todo le está diciendo al escritor viajero: «¡Anda, anda, y escribe, escribe!»

.....

En tal punto llegábamos al café Suizo.

---

**El café suizo.**

**R**INCÓN adorado, posada literaria, círculo vicioso, y república de las letras! En él hemos recibido casi todos nuestro bautismo de tinta. En él se han escrito las primeras gacetillas, y las primeras escenas, y las primeras entregas y los primeros artículos de fondo. En él se oyeron las primeras frases de Manuel del Palacio y los primeros chistes de Correa y los primeros discursos de Gaspar Núñez de Arce.

A pesar de que he llegado á convencerme de que un café no es más que una taberna distinguida, y á pesar de que prefiero el café doméstico al calor de la chimenea, confieso mi debilidad, el Suizo me atrae.

Tiene algo de patria, algo de familia.

La tarde en que llegué á él con Luis Rivera,



el café estaba desierto. Luis y yo nos preguntábamos:

¿Dónde están los poetas?

No había poetas. Los poetas no se presentaban.

¿Dónde están los periodistas? Los periodistas habían desaparecido.

¿Dónde están los pintores?

No había pintores tampoco.

Solamente quedaba Pedro el chico.

Los dos mozos clásicos, tradicionales, del café Suizo, los dos mozos que nos han servido de tutores, curadores, administradores y tesoreros en nuestros malos tiempos de esta malaventurada existencia literaria se llaman del mismo modo. Solamente que el uno es viejo y el otro es joven, el uno es alto y el otro es bajo.

El uno es Pedro y el otro es Perico.

—Perico, preguntamos, ¿dónde están los nuestros?

—No se sabe nada, respondió.

Ni había pintores, ni periodistas, ni poetas; el arte y la poesía y la imprenta no estaban en España. (1)

—¡Adios, Luis Rivera!

—¿Te vas?

—De España.

—¿Tú también?

---

(1) Estío de 1866.

—Huyó despavorido.

—¿A dónde?

—¡Qué sé yo!

—¡Escribe en llegando!

—¡Siempre!

—¿Y si no vuelves?

—Será que me quedo.

—Te aguardo en el Suizo.

—¡Me voy á Suiza!

Y en diez minutos llegué á casa, y en otros diez cambié de vestido, y en otros diez me despedí apresuradamente de séres muy queridos, y en otros diez llegué á la estación del Mediodía.

—¡Dichoso tú, me dijo Javier de Ramirez, que vino á la estación conmigo; dichoso tú, que te vas, y pobres de los que se quedan! Aquí no se puede vivir. ¡Es cosa de volverse uno loco! (1)

---

(1) Y efectivamente, cuando yo volví á Madrid, ya se había vuelto loco el pobre.

---

En el tren.—Lo que opinaba de mí un caballero.—Diversos modos de dormir.—La estación de Alcázar.—El viajero resucitado.—La Mancha de Don Quijote.—Puñal y veneno.—El sol.—Comienza el paisaje florido.—Palmeras.—El mar.—Alicante.

**Y** por qué razón al salir de ese café Suizo, y al dirigirme rodeado de cuatro ó seis amigos á la estación del Mediodía, sentía yo algo que, si no era tristeza, se le parecía mucho?

Tal vez era que dejaba en Madrid pedacitos del alma y ya deseaba volver á recobrarlos.

.....

La Estación presentaba un aspecto *sui generis*, capaz de hacer olvidar, siquiera fuese por momentos el dolor de la partida.

Era la hora en que salían varios trenes, y era un día en que salía mucha gente. Gente que iba



de prisa y corriendo, y hasta juraría que mirando hacia atrás, y diciendo: ¡huyamos!

¡Madrid está tan triste en estos veranos modernos! Quisiera yo ser viejo para poder decir: «¡En mis tiempos, el verano era otra cosa!»

Sonó la campana, abracé sin compasión á diestro y siniestro, pasé al andén, y me metí en un vagón apresuradamente.

Antes de sentarme, asomé la cabeza por la ventanilla para dirigir á Madrid la última mirada.

Y me acomodé en un rincón por lo que pudiera suceder.

Mis compañeros de vagón eran un señor coronel, de aspecto grave y estrictamente militar; un caballero moreno, con guantes oscuros; un muchacho que dormía anticipadamente, y un robusto ciudadano, que desde aquel instante se debió prometer á sí mismo dormir mientras le quedara una gota de sangre.

Ya iba á partir el tren, cuando se presentó en la portezuela un industrial con algunos libros en la mano.

—¡Libritos para el viaje, caballeros!—dijo— libros de Alarcon, Campoamor, de Eusebio Blasco...

Lo confieso, tuve un ligero ataque de *sofocación* que no se notó por ser de noche. El caballero de los guantes oscuros le dijo al vendedor:

—¡Pues no lleva usted poca materia!

Me atreví á hacerle esta pregunta al caballero de los guantes oscuros:

—¿Conoce usted algo de lo que vende ese hombre?

—Sí, algo conozco.

—Los libros de Eusebio Blasco...

—¡Psth! Son *entretenidos*.

¡Horror! dije para mis adentros; así llamo yo á ciertas mujeres!

En tal punto la locomotora dió al aire su grito de despedida, y partimos.

¡Lindo porvenir! El señor coronel tendido en uno de los almohadones, el viajero robusto acostado en otro, el muchacho dormido en un rincón, y el caballero de los guantes oscuros dormitando á mi lado.

Uno de los alimentos de primera necesidad para el camino es la conversación, y me ví condenado al hambre de la palabra.

Si hubiera venido con nosotros una mujer, es indudable que no hubiera habido silencio.

Pero nada, estaba de Dios que mi viaje careciese de aventuras, y hasta de monosílabos.

Me dediqué á la observación, y por de pronto hice un curioso estudio.

Las cuatro personas que me acompañaban (aunque voy creyendo que yo era quien las acompañaba á ellas) dormían, y cada una dormía de diferente manera.

Es, en verdad, original eso de que cada in-

dividuo tenga, además de su manera especial de ser, su modo especial de *no ser*, ó de dormir, que todo viene á ser lo mismo. Nadie me negará que el sueño es la caricatura de la muerte.

El señor coronel dormía á medias, porque no tenía más que un ojo cerrado, haciéndome recordar á nuestro incomparable poeta García Gutiérrez en aquellos versos:

.....  
 Los soldados, ¡ya se ve!  
 nos acostamos de un pie  
 y nos dormimos de un ojo.

Indudablemente los soldados se deben dormir del ojo derecho, supuesto que los coroneles, que en algo se han de distinguir del soldado raso, se duermen del ojo izquierdo; á lo menos los que viajan de Madrid á Alicante.

El muchacho del sueño adelantado tenía cerrado ojo y medio, y además enseñaba los dientes. De cuando en cuando levantaba un pie y me lo plantaba encima haciéndome ver las estrellas. ¡Oh, dichosa edad!

El viajero robusto era la verdad dormida. Los dos ojos cerrados, la boca entreabierta, la respiración ruidosa, y el ronquido clásico.

En cuanto al caballero de los guantes oscuros, representaba allí la última novedad en materia de sueño. Eso que los franceses llaman



*reverie*; y además, de etiqueta; el sueño con guantes.

Observando estas pequeñeces se me hizo breve el tiempo. Una humedad agradable que se filtraba por las ventanillas del vagón, me hizo conocer que estábamos en Aranjuez. El padre Tajo saludaba nuestra llegada, ese río imprudente que sacó fuera la cabeza para decirle al rey Rodrigo que se estaba extralimitando.

¡Fresas! gritaban algunos vendedores á las puertas del tren.

La hora no era muy á propósito para fresas.

Mis compañeros de vagón se despertaron. Uno de ellos, el muchacho, bajó al andén, y á estas fechas no se ha vuelto á saber de él. Es de suponer que esté durmiendo. ¡Oh, edad dichosa!

A la una estábamos en Alcázar.

La estación de Alcázar (sirva de aviso á los que no hayan pasado nunca por ella) es uno de los puntos más á propósito para quedarse en él una temporadita. Y no es que la campiña brinde placeres á los caracteres melancólicos, ni es que la población tenga atractivos para el viajero, ni es otra cosa por el estilo. Es que allí se descuida usted un minuto, y el tren en que usted iba ó venía se marcha sin decir adiós, y usted se queda allí para muestra. Verdad es que le queda á usted el recurso de no descuidarse y de subir pronto al vagón; lo único que puede

sucedérle entonces, es que si usted iba, por ejemplo, á Valencia, al final de su viaje se encuentre en Córdoba ó en Sevilla, que viene á ser lo mismo. Todo es España.

No puede darse confusión mayor que la que reina entre los viajeros que se reúnen en aquel punto. Allí acuden trenes de varias líneas á la misma hora. Los viajeros bajan y toman algo en la fonda, los camareros dicen á todo el mundo: «No tenga usted cuidado, hay tiempo,» y cuando el viajero sale, los trenes, que han hecho una porción de maniobras hacia atrás y hacia adelante, están.... desconocidos. A unos les añaden coches, á otros les quitan. Cuando yo volví á recobrar *mi* tren lo encontré muy desmejorado.

No fué poca fortuna encontrarle: un minuto más y me quedo en tierra. El tren volvió á emprender su veloz carrera y aspiré el aire fresco de la noche.

Ya el paisaje había variado completamente. Por donde quiera que se tendía la vista se encontraba lo mismo. ¿Sabes, oh lector, lo que se veía? *Nada*.

A pesar de la clarísima luz que derramaba la luna, la vista no tropezaba con objeto alguno. Un terreno llano como un pliego de papel, blanquecino, inmenso. El mar en la tierra. El desierto en medio de España. Estábamos en la Mancha.

La Mancha es un país desesperador. Ni un

arbol, ni una planta, ni un montecillo, ni siquiera un banco. Llanura, llanura, y siempre llanura.

Por fin, y al cabo de mucho rato, pude distinguir un bulto, que á medida que fué estando más cerca de nosotros, ó nosotros de él, me permitió adivinar lo que era. ¡Un molino de viento!

¿Qué sería la Mancha sin ese famoso caballero de la Triste figura?

A cada momento se me antojaba que iba á presentarse el grupo inmortal; ya estaba yo dispuesto á gritar: «¡Eh! ¡Eh! alto, señor caballero, no intente cortarnos el paso, que este monstruo espantable, objeto de tal furia, no es sino un tren correo que debe llegar á Alicante mañana á medio día!»

¿Qué hubiera dicho D. Quijote y Sancho al oír esto? ¿Cómo hubieran podido creerme por mi palabra, ni cómo les hubiera convencido nadie de que el viajero que así les hablaba había salido de Madrid á las ocho y media, no siendo en aquel momento más que la una y algunos minutos?

Y sin embargo, así era; y yo llevaba en mi baúl, que atravesaba conmigo como una flecha aquellos vastos eriales, un elegante ejemplar del *Ingenioso hidalgo* impreso en Leipsik, comprado en París, y acompañado de una extensa biografía de Miguel de Cervantes.

¡Qué soberano puntapie le hubiera dado el tal de Cervantes al que dos siglos atrás le hubiera pronosticado esto, deteniéndole en el mismo sitio por donde ahora pasaba la veloz locomotora.

Misterios son estos que pueden servir de ejemplo al más desalentado. Nadie debe desconfiar del porvenir, si reflexiona que uno de los hombres más célebres del tiempo pasado, presente y venidero, no era en su tiempo más que un recaudador de contribuciones.

En éstas y las otras, me olvido del viajero que se me adhirió en Alcázar.

Este nuevo compañero de viaje era un hombre sencillo, espontáneo á más no poder, y franco en extremo. Iba á la Roda á dar una vuelta por los almacenes de maderas de su principal, que vivía en Madrid y era muy rico; había servido en el ejército; estuvo en Aragón, donde había comido mucha fruta, que le gustaba mucho; tenía el sueño muy pesado; no le había atacado el cólera nunca, y tenía buenas relaciones.

Todo esto me dijo.

Pero no fué esto lo que más me sorprendió, sino cierto incidente de su vida que tuvo la amabilidad de contarme, y que me servirá de escarmiento. Toda conversación enseña algo, pero aquellas sobre todas.

El viajero había muerto y resucitado.



Cualquiera de mis lectores que lo dude, podrá convencerse con sólo pensar en una de dos cosas. En la medicina, y en los médicos.

Mi compañero de viaje, en sus tiempos de soldado, pescó una pulmonía madrileña, fué llevado al hospital, se agravó, los medicamentos no bastaron á curarle, y se murió.

Así lo aseguraron los médicos.

Pero hé aquí que una noche mi hombre abre los ojos, se encuentra en cueros vivos, y cubierto de la cabeza á los pies con una sábana. «¿Y mi ropa?» Fué lo primero que dijo.

El enfermero que le velaba dió un salto, salió del cuarto como alma que lleva el diablo, y avisó que el muerto se levantaba.

Excusado es decir que acudieron en seguida los demás dependientes y comenzaron de nuevo á asistir al enfermo.

Dos horas más, y lo entierran.

—Desde entonces, me decía el viajero con una convicción temible, cuando me dice el médico que un pariente mío, ó un amigo, ó un conocido han muerto, *no me fio*.

—Y hará usted muy bien, le dije yo, aun más convencido que él de que muchos muertos van al cementerio contra su voluntad, ó por no desairar al médico.

Aquí cesó la conversación, porque el viajero se quedó en la Roda con gran sentimiento mío.

Salía el sol.

¡Y yo le veía salir, por la primera vez de mi vida!

Sí, por la primera vez, lo confieso. Muchos días, casi todos los del año, la luz del día penetra por los cristales de mi balcón y me dice que es hora de arrojar el libro ó la pluma, pero aquello es la luz, el reflejo, no el sol. Porque el sol, que es más poeta que todos los poetas conocidos, no concede su primera mirada á las poblaciones: su primera mirada es para los campos.

Salía el sol, redondo, encendido, sin rayos que impidieran á los ojos contemplarle. La luz solar no llegaba todavía á la tierra, y el astro parecía... ¿que diré yo que no se haya dicho? parecía una gota de lacre.

En todas las estaciones nos habían salido al paso hombres y mujeres ofreciéndonos agua, aguardiente, azucarillos, leche y cosas así. En Albacete nos ofrecieron otro desayuno.

—Caballero, ¿quiere usted un puñal bueno?

—¡Un puñal! Figúrense ustedes si esto me haría efecto. El señor coronel me aseguró que no valía dos reales, y aun así y todo me parecía caro para la hora en que estábamos.

Renuncié al desayuno, pero me pesó bien pronto, porque si en aquella estación no hicieron más que *ofrecerme* un puñal, en la fonda inmediata me dieron un *veneno*.

No me retracto, no. Tomé un chocolate, del

cual mi amigo Picón hubiera dicho que era asfalto.

Poco á poco fué entrando el día, el paisaje fué siendo más pintoresco, los compañeros de viaje más expresivos, y mayor la velocidad de la máquina. Habíamos dejado ya la Mancha y sus horrores, la luz inundaba los campos, se veían árboles reunidos en grupos (y á fe que me sorprendió) (1) y hasta distinguí entre las matas algunos conejos al pasar por delante de unos carrascales.

En *La Encina* hubo cambio de tren para Valencia; perdimos ¡ay! al caballero de los guantes oscuros, almorcé en compañía del señor coronel, que era una persona de afable trato y conversación amena, y repuse comiendo lo que perdí velando. A poco, entre casitas blancas, plantaciones frondosas, rebaños juguetones y labradores valencianos, que á lo lejos parecían árabes con sus anchos calzones blancos y sus pañuelos puestos á manera de turbantes, se destacaron aquí y allá algunas esbeltas palmeras. Poco después pasamos un túnel, subimos á la falda de montes vistosos; y al volver los ojos á la derecha vimos una extensa banda azul del color del cielo, sobre la cual se divisaban ligeros puntos blancos. ¡El mar!

La locomotora dió algunos silbidos especia-

---

(1) El gobierno de entonces no los permitía.

les, el tren andaba más despacio, luego un poco más, en seguida se vieron casas, terrados, un castillo en lo alto de una montaña, se oyó ruido de coches y de gente reunida, se detuvo por fin el tren, y saltamos á tierra.

Estábamos en Alicante.

Me despedí del coronel y demás compañeros y me arrojé en los brazos de Eduardo, uno de mis mejores amigos.

---



---

## IV

**En Alicante. — Los amigos de Eduardo. — Pais sin agua á orillas del mar. — Ni valencianos ni castellanos. — Buen trato. — Gratitud eterna.**

**C**UALQUIERA dirá que estoy loco, y que lo pruebo emprendiendo viaje tan largo y molesto.

Ir á Suiza por Alicante, y en verano, puede ser muy bien un disparate, si el que lo pone por obra no se lleva más propósito que el de salir de Madrid á tomar el fresco.

Pero yo creo, y Dios me lo perdone, que es gran bellaquería ir á conocer la tierra extranjera sin conocer antes la propia; y sería hacer demasiado honor á los suizos y á los italianos darles la preferencia sobre los valencianos y los catalanes.

Por otra parte, yo no dudo que en Alicante hace mucho calor para todos los forasteros; pero hay un forastero á quien hasta el mismí-

simo sol se ha propuesto dar muestras de consideración y aprecio, y ese forastero soy yo.

Así es la verdad, amigo Luis Rivera.

¿Creías tú que iba á achicharrarme en lo que algunos llaman la zona tórrida de España?

Error crasísimo.

Llegué, y dijo el sol que estaba de buen humor. Desde que senté el pie en tierra, los alicantinos decían que el tiempo refrescaba.

¿Quién, conociéndome, creyera que había yo de ir á Alicante á dar el soplo?

Y como todo debía seguir una misma ley, lo que empezó en el sol continuó en la tierra.

Diez minutos antes de llegar á la ciudad sabía yo que en ella no tenía más que un amigo.

Diez minutos después de haber llegado, ví que tenía muchos.

Eduardo López Carrafa (1), antiguo y consecuente amigo mío, casi un hermano, me aguardaba en la estación, acompañado de un caballero simpático desde el hongo á las botas, ex periodista, ex liberal y ex flaco. D. José se llama-

---

(1) Este apellido, desconocido entonces, es hoy popular entre las masas republicanas. López Carrafa y Nicolás Estévanez, militares entonces, paisanos ahora y amigos del autor entonces y ahora, han sido los hombres de acción en su partido y á quienes no ha detenido ningún obstáculo para ponerse al frente de partidas armadas y contribuir al triunfo de la idea que defienden. Si hay en España patriotas sinceros y republicanos de buena fé Carrafa y Estévanez, son dos modelos.

ba y se llamará probablemente en este momento. Se sabía de memoria todo lo más notable que ha publicado *Gil Blas*, y llevaba anteojos azules. En una palabra, era todo un apreciable sujeto.

En un instante llegamos á la casa donde Eduardo vive, en compañía de D. José y de dos excelentes muchachos, Carlos y Adolfo Phaes, con quienes bien pronto hice lo que en España llamamos *buenas migas*.

A poco rato, y cuando todavía no habíamos acabado de almorzar, comenzaron á venir *mis amigos*.

Eduardo se había encargado días antes de anunciar mi venida, y no sé á quien agradecer más el obsequio, si á él por ocuparse tanto de mí, ó á ellos, que sin conocerme anteriormente y sólo por precio de un apellido que nada vale, se apresuraban á saludarme.

Y ahora te voy á contar una cosa, que comprenderás perfectamente. Muchas personas, al verme, se quedan muy paradas y como dudando que yo sea yo. ¿Recuerdas aquella pieza de Ventura de la Vega, en que se anuncia que va á venir un actor cómico, y en cuanto se presenta en el umbral de la puerta, ya se echan á reir todos los personajes?

Pues una cosa parecida me está sucediendo desde que salí de Madrid; hay quien se dirige á verme y se viene riendo por el camino; pero

al encontrarme serio y con esta cara trasnochada, más de dos y más de cuatro ponen la suya de un modo que parece decir:—¡Nos ha engañado!

Si á eso se agrega mi completa inutilidad para hacer *frases*, mi carácter sombrío, y mi poca salud, ¡figúrate qué desencanto para los aficionados!

Uno me decía que se figuraba que yo era gordo y viejo. Otro me aseguró que esperaba encontrarse con un hombre rubio y muy hablador. ¡Qué sé yo! Hasta hay algunos que se figuraban que yo sería guapo. ¡Ya ves, qué país!

Una muchacha bonita, que pasó por cerca de mí con un cántaro en la cabeza, se asustó de verme, y le dí lástima sin duda, porque dirigiéndose á otra que con ella iba, y con cierto aire de compasión exclamó:

—*¡Pareix un esperit!* (1)

Un espíritu debía yo de parecer según estaba, falto de salud, pesaroso aun de la partida, y estropeado con el viaje.

Tales fueron los preliminares de mi primera estación.

—

Hablemos ahora del país y del paisaje.

Alicante es una población incomprensible. Duerme al arrullo del agua, y no tiene agua

---

(1) Parece un espíritu.



para beber. Está á dos pasos de plantaciones grandísimas, y si mira á su alrededor, no ve un árbol. Posee la tierra mejor para toda clase de cosechas, y sin embargo, las cosechas faltan, porque no hay riego posible.

¡Una población sin agua! ¿Qué ha de hacer uno más que beber vino?

Mira qué diálogo tan desconsolador:

—¿De qué agua se hace más uso en este país?

—Del agua de lluvia.

—¿Y cuándo suele llover aquí?

—Nunca.

Esto me lo han dicho muchas personas á quienes he interrogado. Es decir, que en Alicante la pródiga naturaleza hace tales economías, que á estas horas debe ya prestar dinero á rédito. Puedes creer que si yo fuera millonario y viviera aquí, á cada cristiano que rezara, le había de pagar los padrenuestros á quinientos reales uno con otro.

Decía que Alicante era una ciudad incomprendible, y ahora te diré que mejor fuera llamarla incolora. El viajero llega, oye hablar en buen castellano, y cree que está en una población de Castilla; pero de pronto oye conversaciones en valenciano, y ya la imaginación se cree que está vagando por los espacios... de Valencia. Las calles, las casas, las afueras, se parecen á todas las afueras, casas y calles de otras partes. No hay nada que tenga sello es-

pecial, color local. Harto de buscar lo característico de esta ciudad, pregunté por la música del pueblo. ¡No hay música! Todo lo más que se oye es una rondeña insípida, sin alma ni cuerpo. Te parecerá imposible si te digo que los labradores y la gente del pueblo cantan trozos de zarzuela, por no tener otra cosa más á mano (ó á boca).

Pero en cambio de todas estas *pequeñeces*, que al fin y al cabo *pequeñeces* son para el viajero que sólo las sufre breves días, hallé en Alicante una gran cosa, que no olvidaré nunca.

El trato.

No se puede dar gente más amable ni corazones más dignos de admiración. Hay aquí toda la franqueza riojana, delicadamente adornada con la cortesía madrileña, y sobre todo hay lo que tanto escasea en todo el mundo. La gratitud.

Y bastará citar un solo hecho para prueba.

Hubo en Alicante un gobernador, llamado Quijano, persona muy de apreciar por el interés que desmostró en favor de los alicantinos.

Invadió el cólera la ciudad, y Quijano se multiplicó, atendió á los enfermos, los consoló, los curó, condujo los cadáveres, socorrió á las familias, fué, en una palabra, el padre de estos buenos habitantes.

Desde entonces, Quijano es el patrón de Alicante; se le venera como á un santo, se guarda

su memoria como se guarda la de la madre que se ha perdido ó la del hermano que ha muerto. No hay opinión política tratándose de Quijano. No hay una casa en Alicante donde no haya un retrato de Quijano. En la casa Consistorial, en el Casino, en todas partes, retratos de Quijano, inscripciones, versos, recuerdos queridos que demuestran hasta qué punto son agradecidos los alicantinos.

Desde el recuerdo que se manifiesta tan públicamente hasta que se va expresando en palabras cariñosas y en abrazos dados con toda la sinceridad de un cariño tan pronto nacido como fortificado, el pasajero que se detenga en Alicante no me dirá nunca que he exagerado en estos renglones.

En cuanto á la gente del campo, es sencilla por extremo, cándida, de buena fe, y capaz de dejarse convencer de cualquier cosa.

Casi todos son republicanos.

---

---

---

## V

### Capítulo que viene á ser lo mismo que hablar de la mar.

**N**o te he hablado del mar. Quisiera tener aquí á todos los hombres que por espacio de veintitantos años me han estado llenando la cabeza de aire, ó mejor dicho, de agua, asegurándome que iba á quedarme bizco en cuanto viese el mar por la vez primera.

Yo me miro al espejo y veo que conservo los ojos derechos y sin bizcar, y me pregunto á mí mismo, ya que no tengo á quien preguntárselo: ¿qué pasta tendré yo diferente de la de los demás para que el mar no me haya causado más que una impresión agradabilísima?

Yo estaba esperando llegar á la orilla del mar, tender la vista, y... ¡cataplúm! caerme de espaldas y tener la boca abierta una temporada.

Me figuraba que á la vista del mar se me



pondrían los pelos lo mismo que el gorro de un indio bravo, y se me pararía el reloj y me dolerían las uñas.

Creía que llegar al mar y dar un respingo, sería para mí una misma cosa.

Pero nada de esto me ha sucedido.

¡Oh, Dios mío! ¡Qué desgraciado soy!

Vengan ustedes acá, los exageradores, asesinos de los éxitos, enemigos simulados de los grandes efectos; ¿no comprenden ustedes que colocándose en la orilla y no viendo orilla en el lado opuesto, el mar no es otra cosa que un río grande partido por la mitad?

Y no es esto decir que el mar no me guste, no. Me encanta, me extasía; he dado por él grandes paseos en bote, besado por la brisa, escoltado por la blanca gaviota, que parecía brindarme sombra con las tendidas alas; y adormecido al caer de la tarde por el cariñoso arrullo que arranca el remo al agua, he visto ponerse el sol detrás de las olas entre nacarados celajes.

Bello es el mar, como espejo del firmamento. Sus frescas ondas y sus dulcísimas brisas parece que dan consuelo al alma y ensanchan el corazón, y se llevan ¡Dios sabe dónde! el suspiro que el pecho les confía.

Pero á pesar de eso, amigo Luis de mi alma, el mar es un plagiario insolente y un adulator que me da lástima.

No hace más que lo que del cielo quiere.

¿Está el cielo azul? Azul está también el mar.  
¿Está el cielo verde? El mar se pone inmediatamente verdoso. Y cuando el cielo se cubre de nubes y retumba el trueno, el mar se oscurece, frunce el ceño y ruje de una manera terrible.

Entonces parecen dos compañeros.

¿Lo son? Yo creo que son dos hermanos.

Dos hermanos, á quienes no puedo menos de querer; pero pese á los que me han exagerado la grandeza del mar y su inmensa influencia sobre el alma; creánme todos, bello es el mar, pero lo es más el cielo.

El cielo está en los ojos de la mujer á quien se ama.

Y en el amor del hombre.

Y en la sonrisa del niño.

El mar es el llanto. El cielo es la sonrisa.

El cielo está en todas partes, el mar en algunas.

El mar abisma, el cielo protege.

El primero asombra, el segundo consuela.

Y cuando los náufragos se ven presa de las olas, y cuando el desdichado agarrado á la tabla ve perdidos para siempre todos los lazos que le ligaban á la tierra, y piensa en la madre, y en el hermano, y en el amigo, y en la mujer que le espera, y el abismo va á absorberle y á devorarle sin piedad ni duelo, abandona

la tabla, murmura la oración postrera, y tiende los brazos... al cielo.

Porque él es lo último que se pierde.

Porque es la esperanza.

---

Todo esto pensaba yo una tarde mientras los compañeros que paseaban conmigo en el bote cantaban una copla entre triste y burlona.

A poco desembarcamos, y fuimos á comer.

En la mesa conocí á Maisonnave, un joven de mucho talento, que figura en primera línea en Alicante. Al doctor Ausó, cuyos glóbulos me han curado un dolor de cabeza; al joven poeta Ortega Girónes, cuyos *cantares* me han causado una gran impresión; á Carlos Sánchez, un carácter angelical, y á Pineda, un escritor á quien envidio de todo corazón su buen humor y sus graciosísimas ocurrencias.

Es doloroso en extremo para mí no poder agradar (y aun de esto no estoy seguro) al respetable público, sino valido de una pluma y algunas cuartillas de papel. La operación no deja de ser penosa.

---

---

---

## VI

Otro café suizo.—Lorenzo.—Terminología.—La gente de mar.—Cinco elementos.

*Alicante, 28, por la noche.*

**D**ON José, el jefe de la familia, el ángel con gafas que cuida de todo en la casa donde vive Eduardo y sus compañeros, suele acompañarme á tomar café á veinte pasos del mar en el café Suizo.

Porque también aquí hay café Suizo.

Cuando yo llegue á una población donde no hay café Suizo, maldeciré al destino.

Esos suizos, amigos míos todos, amigos de todos los literatos de Madrid y provincias, esos suizos, á quienes todos llamamos por sus nombres de pila, como si se tratara de unos parientes ó de unos compañeros, desde *Bernardo* hasta *Francisco*, desde *Román* hasta *Lorenzo*, me ha-

cen falta por donde quiera que voy porque son un recuerdo viviente de muchos episodios de mi vida.

Aquí he encontrado á *Lorenzo*.

Verme y correr á mi lado fué obra de un instante.

—¿A dónde va usted?

—A Suiza, le respondí.

Imposible sería pintar la alegría de aquel apreciable muchacho. Su casa en Suiza, su cuarto mismo allá en su pueblo, su pueblo entero, todo lo ponía á mi disposición desde luego.

Le prometí detenerme en *Poschiavo* sólo por ser su patria.

Y D. José me explicó en seguida un trocito de historia suiza.

Porque D. José á pesar de sus anteojos azules, es un hombre instruidísimo.

Esta mañana, después de tomar café, me explicó toda esa terminología marítima que me ha parecido siempre tan difícil de entender, y que me ha hecho más intraducibles todavía algunas zarzuelas de Camprodón.

D. José me ha dado una definición detallada de cada barco, desde el bote hasta el falucho, y desde la balandra á la fragata.

Estoy, pues, en disposición de recorrer de orilla á orilla un barreño de agua en un barco de papel, sin ahogarme ni mucho menos.

Aquí se me ocurre una observación.



Se habla de las pocas personas decentes que suele uno encontrar en la tierra.

Pero ¡Dios mío! ¿y en la mar?

Yo no he visto gente menos decente que estos hombres de mar. El que menos anda sin zapatos.

Desarrapados, sucios, desgredados, parecen cuando se pasean sobre la cubierta de un buque, mendigos posesionados de un palacio.

Deseando estoy llegar á un puerto donde los marinos tengan aspecto de tales. En estos barcos de la marina mercante no se ve una persona que dé pruebas visibles de serlo.

Exceptuando los capitanes, todo lo que en el mar constituye *cabeza*, lo que es los *pies* son horribles.

Un elemento en que se ven tan pocos hombres regulares sólo se parece al de la política.

Porque yo sé que es un error eso de que no hay más que cuatro elementos.

Los elementos son cinco: aire, tierra, fuego, agua y desvergüenza.

Ganas tengo de ver á nuestros bravos marinos de guerra.

Son las doce. Los serenos en esta población cantan la hora de un modo tan raro, que no parece la hora cantada, sino vendida.

—¡Las doce y sereno!

Esto, en Alicante, me hace el mismo efecto que si oyera:

¿Quién compra unos minutos?

¡Y siento no poder comprarlos y guardarlos en conserva para cuando se me ponga el pelo blanco!



---

## VII

A bordo del *Non Plus ultra*, 29 de Junio.

**M**E acuerdo en este momento de unos renglones escritos por mi buen amigo Pedro Antonio de Alarcón.

Ó mejor dicho, recuerdo la idea, pero los renglones no.

Cuando uno pasa por un pueblo sin detenerse, y ve en él una aparente tranquilidad, unas casitas blancas, unas muchachas que juegan, y cosas por el estilo, dice uno sin poderlo remediar:

—¡Qué feliz sería yo aquí!

Así decía yo esta tarde al subir al vapor y tender la vista hacia Alicante.

—¡Qué feliz sería yo ahí!

Pero yo lo decía con más motivo que el personaje del libro de Alarcón.

He pasado cuatro días tan agradables, he

encontrado unos amigos tan cariñosos, y en una palabra, me han tratado tan bien, que... me hubiera quedado.

Almorzamos en casa de Maisonnave, y almorzamos muy bien.

El vapor salía á las tres en punto. Yo tenía mi pasaje en el bolsillo. Pasaje para Barcelona.

Terminado el almuerzo, nos dirigimos al muelle, entramos en el bote todos, y... ¡al *Non plus!*

Me habían recomendado al capitán.

El capitán Leal es un inteligentísimo marino y un hombre simpático. Tiene todo el aspecto de un hombre de mar. No conociéndole, y hallándole en tierra, se adivinaría en seguida que no estaba en su centro. Hombre de pocas palabras y de gravedad austera, podría detener con una mirada á toda una tripulación iracunda.

Cuando subimos al vapor, Carlos Sánchez se dirigió á él, y le dijo:

—¿Es usted el capitán?

El capitán respondió sin mover ojos ni cuerpo:

—Sí.

—¿Le han recomendado á usted un pasajero?

—Sí.

—Es este caballero (y me presentó).

—Bueno.

No dijo más el capitán, ni se movió siquiera.

En aquel momento me sobrecogí, y estuve por preguntarle:—¿Ha comido usted?—para en

el caso de que me hubiera dicho que no, volverme á tierra de prisa y corriendo, como medida preventiva.

Pero más tarde me convencí de que el capitán no se comía á la gente, ni era tan hurafío como me figuré al principio.

Poco rato después el capitán indicó que el vapor iba á partir, y los amigos me abrazaron.

¡Oh! ¡Las despedidas me desesperan! Quisiera no conocer á nadie de quien tuviera que separarme. Sufro más que si me pidieran prestado.

Eduardo me dió un abrazo en silencio, que fué hablarme más que todos juntos. Los demás me fueron abrazando y repitiendo sus sinceras ofertas.

¡Adiós, pues, cariñosos amigos, dulces afecciones, tan pronto nacidas y para siempre arraigadas en el alma! Yo os prometo volver á abrazaros (si el tiempo lo permite).

Ya habían bajado todos y se alejaban; ya comenzaba el barco á oscilar dulcemente; ya parecía que el mar, el muelle, la población y hasta el cielo giraban lentamente alrededor mío; ¡ya nos íbamos...!

El bote donde iban mis amigos se fué separando, separando, separando; después se hizo más chico; las personas que iban en él parecían bultos primero, sombras más tarde; en seguida no ví más que los pañuelos que flotaban



y se agitaban en el aire, dándome la despedida; momentos después estábamos hendiendo la mar con una rapidez desesperadora, y yo, con un pañuelo en la mano, asomado á la barandilla del vapor y mirando las olas, de un color azul oscurísimo, recorrí en un instante los cuatro días pasados, y volví á recordar á todos los allicantinos, de D. José para arriba.

Pero pronto tuve que variar de ideas y de postura.

Aquí entra lo gravísimo.

Quince días hacía que pensaba yo, y lo consultaba con todo el mundo, si me marearía ó no.

Y quince años lo menos que me tenía preocupado la idea de un mareo de los estrepitosos.

Había oído millones de pareceres acerca de esto.

Había comprado un limón.

Había tomado preservativo.

Había recibido consejos saludables y recetas útiles.

En una palabra, había hecho todo lo que un hombre de bien puede hacer para que el Mediterráneo no le haga daño.

Pero yo no sé quién fué el que le dijo alguna picardía á la mar esta tarde, y la mar se picó. Y con la mar picada, ¿quién se atreve?

El balanceo del vapor es delicioso: comienza por poquito, pero se va animando, animando,

animando, y es cosa de no acabar. Si el pasajero está de pie, tiene la ventaja de que, sentado, no se mareará, y es indudable que no se mareará, porque al dar un paso para ir á sentarse, se romperá la cabeza contra las tablas, y acabará más pronto.

Es el mareo un calorcito que se pasea por dentro del individuo con la tranquilidad del que no tiene otra cosa que hacer. El individuo se quiere resistir y se resiste un poco; pero el calorcito, que no es individuo ni pasajero, no se sienta, sino que sigue páseando, y bajando y subiendo. Por fin el individuo se entrega, y prueba hasta qué punto es expresiva la lengua castellana en aquello de  *echar el alma*. Hasta que uno se marea no comprende lo exacta que es la frase.

Y ¡qué interesante es un pasajero mareado!

Los ojos se ponen hundidos, vidriosos, se pierde el color, se crispan los dedos, se cae el hongo y se pierde el sentido, y cosas que valen más; y después que se ha echado el alma, se quiere echar más todavía, y como no queda nada y el mar quiere que se le obedezca, se quiere uno morir y no se muere, y sigue el balanceo bonito y el calorcito que sube y baja, y así se pasan cuatro ó cinco ó seis horas, ó dos ó tres días, que para los aficionados es lo suficiente. ¡Qué rato, Dios de los peces, qué rato pasé!

Gracias á un pasajero, hombre compasivo y bondadoso hasta no más, cariñoso y servicial hasta la orilla de enfrente, pude llegar al camarote, donde me tendí y empecé... ¿á descansar creerán ustedes? pues no, que fué á empezar de nuevo la devolución de documentos.

¡Y el barco siempre lo mismo! ¡Y el mar siempre igual! ¡Y faltaban siete horas para hacer parada!

Apenas me había acostado cuando se presentó el capitán.

Debo confesarlo. Estuvo amabilísimo (siempre grave, eso sí), y me ofreció sus servicios, y se lo agradecí muy de veras.

Una hora después volvió á bajar y á preguntarme por la salud.

Estuve por decirle:—¿La salud? ¡No sé dónde anda!

El pasajero bondadoso, que no se mareaba y andaba por el barco como yo por mi casa, me ofreció también sus servicios antes de acostarse.

¡Ay, muchos *servicios* me ofrecían, pero todos eran pocos!

Por fin logré lo que tanto deseaba.

Logré que viniera en mi ayuda mi mejor amigo.

El sueño.

Cuando desperté, la canturía de los marine-

ros, que echaban el ancla, me dió á entender que habíamos parado.

Me vestí y subí sobre cubierta.

Estábamos en un puerto; á distancia de un tiro de fusil se veía un pueblecito risueño, que estaba convidando al descanso.

—¿Qué población es ésta? pregunté.

—Valencia; me respondieron.

—¡Valencia! exclamé; ahí tengo yo un amigo... capitán, lo siento mucho, pero yo me quedo aquí.

—Sobre este punto, dijo el capitán, usted es quien ha de *deliberarse*.

—Pues *me delibero*, y que suban mi equipaje.

Subieron mi equipaje; en seguida apreté la mano del capitán, que me repitió sus ofrecimientos, bajé la escalera del *Non plus ultra*, y metido en un bote, como la pomada, me trasladé, es decir, me trasladaron á la orilla.

Momentos después entraba en Valencia por el camino del Grao, dentro de una tartana.

---

---

---

## VIII

### Valencia, país encantado.

**B**ENDITO sea Dios que tales cosas cría! dicen las comadres. Alabado sea el momento en que se me ocurrió desembarcar. He aquí, una ocasión en la que no puedo, ni debo, ni puedo deber, ni debo poder, ni quiero ser yo mismo. Es decir, para que todos me entiendan, que necesito olvidar por un momento mi obligación de tomar á broma todo lo que se me pone por delante.

No es Valencia cosa de risa.

Es de sonrisa.

Pero de sonrisa de mujer amada; porque Valencia es una muchacha de quince abriles que está sonriendo sin cesar, en invierno, en primavera, en verano y en otoño.

Es una poesía que se empieza á saborear en el puerto y no se acaba de olvidar nunca.



Entré en domingo: eran las seis de la mañana y el sol continuaba prodigándome sus favores.

Apenas senté el pie en tierra me rodeaban media docena de tartaneros ofreciéndome su vehículo para llegar á la ciudad.

Subí á uno de aquellos coches y á los dos minutos entraba en la ciudad risueña, por el camino del Grao.

El camino del Grao tiene algo que recomiendo á los poetas y á los cristianos, porque tengo para mí que si no es el camino de la gloria se le parece mucho.

A ambos lados del caminito ha echado el resto la mano pródiga de la Providencia. ¡Oh, Antonio Trueba! Me acordé de tus cuentos de color de rosa. Si tu país es como éste, ¡bendito sea tu país, y bendito éste sea!

Y me ha dado por las bendiciones, porque, créalo usted, vecina valenciana de los ojos negros, ese Divino Señor que echó á puñados la sal en los palmitos de las andaluzas y que sembró manojitos de azucenas en las caras de estas *chiquetas* de la Huerta, ha cogido también á puñaditos, á puñaditos y á puñados grandes, las flores más olorosas y de más embriagador aroma para sembrar el campo que *vos-tét* pisa. ¡Y viva la gracia de Dios, que en Valencia estamos!

Decia que á ambos lados del camino las flo-

res se agrupan alrededor de los árboles frutales y de las empalizadas caprichosas que dan al paisaje una fisonomía especial; y desparramadas aquí y allí, con esa falta de simetría que es la superioridad invencible de la naturaleza sobre el arte, descuellan así como quinientas ó seiscientas *barracas*...; ¡pero qué barracas! Blancas como la nieve, limpias como el oro, con sus techados de paja de color de ceniza en forma de A, parecen palomas que se han venido á posar sobre los fresales para emprender prontamente el vuelo.

La barraca valenciana es una cosa tan agradable por su color, por su forma y por su limpieza, que constituye ya por sí sola una impresión completamente nueva para el viajero.

Pero hay otra impresión más... característica (que es hablar mal y á propósito).

Si se deja de mirar por un momento á los lados y se fija la vista en el camino... ¿qué es eso que viene por ahí? ¿Qué tren de nueva especie lleva gente al Grao? Un tren de tartanas. Mil tartanas oscuras y brillantes, toscas y finas, de todos géneros y de todos los colores, desde la que lleva al mar á la dama principal, hasta la que sirve de nido á la bella *llauraora*, que con una mirada mata á un hombre, y con otra resucita á dos por lo menos.

¿Quién se acordaba ya del mareo ni cosa pa-

recida? Entré en Valencia y respiré como si me hubiera quitado un peso. ¡Cuánta sonrisa, cuánta flor, qué caídas de ojos negros!... Y la tartana arre que arre, dando tumbos, y el tartanero y yo contra la corriente de las tartanas que de la ciudad salían. Y á cada tartana que pasaba, asomaban por delante ó por detrás una, dos ó tres cabecitas de mujer que nos miraban á nosotros. Y ésta que hace un gesto, y la otra que parece que saluda, y la de más allá que mira y sonríe, y la de más cerca que saluda con la mano, y esotra que saluda gritando y riendo, íbamos pasando por entre la fila, que era como pasar por un sendero de flores con alma de sér humano. Todo el mundo llevaba la cara alegre y el semblante animado. El dialecto, cariñoso y dulce, parece lengua italiana. El carácter, franco y decidor, parece aragonés. Lo que no se parece á nada es el país, el paisaje y el paisanaje. La blanca barraca, la esbelta palmera, la tartana que se ve en todas partes y á todas horas, el labrador con los anchos zaragüelles, blancos como la barraca de donde salieron, todo esto constituye una población especial, y tiene color tan local, que no es posible imaginarlo. Es la Italia moderna, habitada por los antiguos árabes españoles.

¡Pues no digamos nada de la ciudad! En cuanto entré por aquellas calles creí que el alma me saltaba dentro, que quería salir

afuera y que el corazón me daba saltos de alegría (1).

Vaya usted por donde vaya, entre y salga por el barrio que quiera, no encontrará nunca esos edificios de color oscuro que se ven en otras poblaciones, ni esas fachadas ostentosas y que pregonan la vanidad del dueño. Hay en toda la población una sencillez encantadora, y hay sobre todo un color de dulzura y de consuelo que, vuelvo á repetirlo, parece que la ciudad sonríe como sonríen las mujeres enamoradas. No se usa aquí más color que el azul claro ó el verde clarísimo; el color del cielo y el color del mar están reflejados en todas las casas. Nada de combinaciones ridículas, ni de diversidad de colores chillones. Azules y verdes y blancos.

La población es enrevesada como un diantre, y no hay medio posible de orientarse pronto. Pero en cambio, ¡cuánta sorpresa! Aquí hay una reja baja que convida al amor de noche. Yo estoy seguro de que si me acerco veo una mujer... ¿á ver? Pues no, que lo que hay detrás es un jardín. Jardín de frescas flores, donde se enlazan las rosas blancas con las amarillas; las enredaderas abrazan cariñosas el tronco de la palmera, que se mece suavísimamente como embriagada por el perfume de la cercana mag-

---

(1) Il cuor mi bate sotto la popa manca.

(Guiseppe Baretti-Lattere familiari.)

nolia. ¿Y aquélla otra reja? Será otro jardín sin duda ninguna. Yo quisiera asomarme para ver las flores... ¿á ver? Pues no son flores lo que hay detrás de la reja. Son unos ojos negros, grandes, rasgados; lánguidos como rayo de luna, apasionados como una valenciana.

Y en este país quisiera yo vivir, madre.

País de flores, de ambiente aromado, de poesía, de sonrisas y de miradas que llegan al alma.

¡Ay! ¡Bendito sea Dios que tales cosas cría!

---



---

---

## IX

Al amigo Luis.—Las niñas bonitas.—Versos *ad hoc*.

**A**MIGO Luis Rivera, no me conoces.

Me has dirigido una carta muy bonita, escrita en tercetos, que quisiera que fueran míos. ¡Pero creer que me olvido de la mujer ni por un momento!

¡Nunca!

¡No ves cómo apenas senté el pie en Valencia, ya me dijo mi corazón al oído.—Aquí estoy yo, y ahí están ellas!

Y es indudable que el corazón me saltaba.

Tanto, que me atreví á hacer unos versos, ligeros como el carácter, descuidados como el vestir, y cariñosos como el habla de las valencianas.

A riesgo de salirme de mis casillas te los voy á regalar.

Se titulan...

## LAS TARTANAS

Bendiga Dios las tartanas  
de las niñas valencianas,  
que á través de sus cortinas  
me dejaron entrever  
las muchachas más divinas  
que en mi vida pienso ver.

---

Descollando entre el gentío  
del paseo del *Plantío*,  
las he visto yo venir  
con unos ojos... ¡Dios mío,  
si no los sé describir!

---

Unos ojos... que cayendo  
con pereza, blandamente  
y girando  
lentamente, lentamente,  
al descuido van mirando.  
Y al mirar, el alma entregan  
y hasta el alma mía llegan:  
presto el alma se traspasa...  
y... ¡ay de mí!  
yo no sé lo que me pasa  
viendo unos ojos así.

---

Más de dos y tres mañanas  
ví salir unas tartanas  
caminito de la mar.

Salió el alma á sus ventanas  
para mirarlas pasar.  
Ocupaban las banquetas  
unas lánguidas *chiquetas*,  
y eran todas muy bajitas  
de color;  
paliditas, paliditas,  
¡pero qué lindas, Señor!

---

¡Venturoso tartanero,  
tú, que aspiras el primero,  
conduciendo la tartana,  
el suspiro placentero  
de la niña valenciana!  
Cuando la niña se asoma,  
tú disfrutas del aroma  
que derraman las sonrisas  
al brotar...  
¡frescas son, como las brisas  
de las ondas de la mar!

---

Bendiga Dios las tartanas  
de las niñas *boniquetas*  
que...

Al llegar aquí entró en mi cuarto de la fonda un caballero alemán que ocupaba el cuarto de al lado, y me ocupaba á mí teniendo la feliz ocurrencia de hacerse amigo mío. Un caballero calvo hasta lo sublime, y torpe para entender

el español hasta la barbarie. Vió los versos, y ¡naturalmente! como no los entendió le gustaron mucho, y como no le servían para nada, se quedó con ellos. También en Alemania parece que hay franqueza.

Permita Dios que al tal caballero le saquen la raya. Me dejó con plumas y sin cacarear, y á tí sin coplas.

Ten paciencia, y devuélveme la tranquilidad y la reputación en otra carta.

Rafael Liern.—Su hijo, conato de escritor.—Escritores y periodistas.—Diestro y siniestro.—El caballo.—Viajeros al tren.

**T**UVE en Valencia el gran *cicerone*. Ya he dicho que al subir sobre la cubierta del *Non plus ultra* y ver á Valencia, me acordé de que tenía en la población un amigo.

Este amigo es un escritor que tiene adquirida una reputación en Valencia y fuera de Valencia, como poeta y como autor dramático; que ha escrito veinte piezas en dialecto valenciano, aplaudidas todas y llenas de gracia, y que cuando ha escrito en castellano ha hecho gastar á las empresas más cazuelas de color y más docenas de bengalas que caben en el recinto donde pudieran colocarse de una vez todas las personas que le han aplaudido en Madrid.



Mi amigo se llama Rafael Liern, y con esto está dicho todo.

Pues bien; en cuanto avisé á Rafael Liern mi llegada, se trasladó á la fonda del Cid y ya no se separó de mí ni un momento.

No hubo rincón en Valencia que yo no viera con él, ni persona notable á quien no me presentara, incluso una comedia, digo, un hijo que tiene, el chico más guapo que he visto; no escribe comedias ya, por no tener la edad; pero las escribirá pronto. Tiene cinco ó seis años, y es más alto que nuestro compañero Olavarria.

Timoteo se llama, y siento que su padre les ponga á las comedias nombres mejores que á los hijos, siendo así que, por buenas obras que escribía, no hará ninguna como el *Timoteo*, juguete cómico en cinco años que hizo mis delicias toda una tarde.

A mí me agradan en extremo las conversaciones de los niños, porque hay en éstos cierta filosofía que no solemos tener los hombres.

Una vez me aseguraba un niño amigo mío que mi bastón debía tener la misma edad que él, supuesto que tenía la misma estatura.

Otro, á quien le pregunté qué carrera quería tomar, me respondió que *la de huésped*.

Y otro á quien le pedí unas banderillas que llevaba en la mano, me dijo muy grave: ¡No, no, que son para mi papá!

Todos los niños dicen alguna vez alguna cosa

que le hace al hombre pensar. El hijo de mi amigo Rafael es un conato de escritor.

Pero me olvido de Valencia.

Yo bien quisiera hablar en este libro de edificios, de historia, de todas esas cosas, en fin, que constituyen una relación de viaje; pero entonces este libro sería un libro como otro cualquiera de esos que hay por ahí, y escribir así no merecía la pena de haber salido uno de su casa.

Por otra parte, describir es lo más difícil para el escritor, y por muy bien que el escritor describa, el lector se queda tan enterado como si le cantaran el coro griego de cierta zarzuela á cuyo autor quiero entrañablemente. Los pueblos, los edificios tienen un sello especial, como las fisonomías de los hombres. El novelista dice que uno de sus personajes tiene, por ejemplo, los ojos negros, y bizcando un si es no es; la nariz remangada y de color de chocolate; la boca grande y las orejas mayores: en el mundo hay setecientas docenas de hombres con las orejas sin principio ni fin, la boca como un brasero, la nariz abierta de par en par y los ojos mirando á la vez á Levante y á Poniente, y sin embargo (*cependant*, que dicen los franceses), ninguno se parece á otro. Entre el tipo que el autor se figura, el que el dibujante intenta trasladar al papel y el que el lector se imagina del mismo personaje, hay una diferencia enorme.

Lo mismo sucede con las descripciones geográficas.

¿Voy yo á emplear veinte ó treinta páginas en decirles á ustedes cuantas ramas tiene cada árbol? ¿Voy á darles una cuentecita de las columnas de cada iglesia y de los clavos de cada puerta? ¿A ustedes qué les importa de todo esto?

Es como si les dijera que en Valencia hay mucho melón; ¡cómo si ustedes no estuvieran viendo por ahí *melones* á todas horas!

Nada, nada, yo charlaré lo que me parezca, y Cristo con todos. Esto no es un libro, es un rato de conversación.

En lo que sí voy á fijarme ahora, es en el carácter de los valencianos.

No falta quien dice que hay que entrar en Valencia armado hasta los dientes, y que hay que andar siempre mirando hacia atrás, *por si acaso*.

Yo creo que en esto hay su poquito de exageración, y que en punto á criminalidad hay muchas provincias de España donde el número de *cosas graves*... es mucho menor que en Valencia.

Tres días he estado en la ciudad del Cid, y en ellos no he sabido nada de particular. Unicamente, al pasar por una calle, ví gente parada mirando hacia una ventana, y oí que por la mañana se había degollado un sujeto, y por no

quedarse corto se había tirado de la ventana abajo; y al pasar por una plaza me enseñaron varias manchas de sangre en la pared de otro edificio, en unos de cuyos balcones, y para mayor claridad, había degollado un joven pocos días antes á su novia, y se había cortado él la nuez acto continuo. Esto es todo lo que sucedió en el dilatado espacio de una semana; y un pequeño disgusto habido entre dos individuos que se desafiaron, á tres pasos, muriendo ambos de un balazo al natural, recibiendo. Por lo demás el carácter valenciano no puede ser más apreciable.

De todos modos, el suicidio de aquel día me procuró una frase para título de un párrafo; porque habiendo tenido el gusto de saludar á Diestro, el empresario de los teatros de Valencia, y el disgusto de saber aquella desgracia, apunté en mi cartera, como impresión de viaje, este título melodramático. *Diestro y Siniestro*.

Hay en Valencia un escritor que se llama como yo.

Deseaba conocerle, y logré mi deseo.

¿Quién pudiera figurarse que *mi otro yo* había de ser un hombre gordo?

Me consolé viendo á Blasco robusto.

Al despedirme de él, sentí de todas veras no poderle decir esa frase tan común entre los periodistas: *Se suplica el cambio*.

Rafael Liern me hizo conocer una porción de

muchachos á cual más simpáticos, y después fuimos al paseo del *Plantío*, que ofrece un golpe de vista originalísimo.

Ochocientas ó mil tartanas, ocupadas en su mayor parte por mujeres, constituyen el verdadero mérito de aquel espectáculo tan nuevo para el forastero.

Aquellas tartanas negras, charoladas, caminan lentamente, como si los tartaneros quisieran decirle al forastero: *Estudia bien esto*.

Las mujeres valencianas, que yo distinguiré de hoy más entre un grupo donde haya toda clase de tipos femeninos, salen de su casa, suben á la tartana y no bajan por nada ni para nadie hasta que están otra vez á las puertas de la casa de donde salieron, ó de alguna otra. Es decir, que el paseo á pie es una excepción dudosa. La tartana es la casa que se mueve y se traslada de un punto á otro, y así es que la mujer que la ocupa, excusa ponerse en la cabeza manto, mantilla ni cosa que lo valga. Es una cosa rara para un madrileño ver á una niña bonita, elegante, dentro de un coche y sin nada en la cabeza; y la sorpresa sube de punto si atrapa el madrileño una ocasión de ver bajar á la valenciana de su vehículo. Yo tuve esa fortuna, y cuando creí admirar un pie calzado por la botita oscura ó por el excitante zapato bajo, me llevé un solemne chasco. ¡Oh, sexo encantador, y á cuán lamentables excesos te



precipitas! ¿Quién ha visto ángeles con ba-  
buchas?

.....  
.....  
Si comienzo á hablar del *Cabañal*, lo sentiré  
por ustedes, señores y señoras.

Comenzaré á poetizar, cosa que, como ahora  
dicen los inteligentes me es *refractaria* (!!!) y no  
habrá medio de contenerme.

¡*El Cabañal!* ¡Bandada de palomitas blancas  
sentada á la orilla del mar!

¡*El Cabañal!* ¡Hilera de barraquitas del color  
de las palomas!

¡*El Cabañal!* ¡Ramillete de azucenas!

¡*El Cabañal!* Sitio fresco y encantador, que  
es el consuelo de los que sudan mucho y la  
colonia de los enamorados que...

Pero ¿qué es esto? ¡las cuatro! El tren para  
Barcelona sale á las cuatro y media... no he  
hecho el equipaje... no he dicho adiós á na-  
die...

¡Adiós, Valencia, país de flores, país don-  
de quisiera vivir y morir mientras supiera y  
pudiera escribir versos!

¡Adiós, caminito del Grao, alquerías risue-  
ñas, barracas de mi corazón, niñas de mis  
ojos, mujeres-ángeles, cielo sonrosado, orillas  
floridas, palmeras lánguidas, casitas de color  
de cielo!

¡Adiós, callejoncitos apartados, secretarios particulares de los que pelan la pava!

¡Adiós las tartanas, y los tartaneros, y las niñas de las tartanas!

¡Adiós, Rafael Liern

Abur, señores.

---

---

---

## XI

### De Valencia á Barcelona.

(NOVELA AL VAPOR)

**M**E permite usted?  
Esto me dijo una voz encantadora en la estación del ferrocarril.

Me volví y me encontré con una mujer cuya edad frisaría con los treinta años.

¡Una jamona!

Mis lentes se habían enganchado en su pañuelo, ó su pañuelo se había enganchado en mis lentes.

Los desenganchamos, la jamona me saludó sonriendo y se fué.

Eran las cinco menos cuarto. La estación hervía en viajeros. La campana avisó, abracé á mi amigo, y me metí en el vagón.

Apenas me había sentado cuando oí estas palabras:

—¿Me permite usted?

Me asomé á la ventanilla. La viajera, la misma jamona de antes, no podia abrir la portezuela. ¡Iba á subir á mi vagón!

Abrió yo, y subió la mujer cuya edad frisaba con los treinta años.

—¡Adiós, Magdalena! le dijeron unas señoras desde el andén.

¡La jamona, además de serlo, se llamaba Magdalena! El corazón me dió un brinco.

Estábamos solos en el vagón. El corazón me dió otro brinco.

Ya iba á partir el tren cuando la portezuela se abrió de nuevo. Temblé...

Entró un cura vestido de paisano.

Acto continuo partimos.

No puede darse nada más pintoresco que el paisaje por donde atraviesa el tren. La huerta de Valencia con su vegetación tropical y sus campos floridos y sus casitas blancas. Una llanura inmensa tapizada de verde claro, árboles cargados de fruto, flores por todas partes, barracas, alquerías, pueblecitos rodeados de huertos, y el sol que se pone.

—¡Qué bonito es esto! dijo la viajera.

—Más bonita es usted, dije yo.

—¡Ejem! ¡ejem! ¡ejem! ¡ejeemn... m... m...! hizo el cura.

—Gracias, dijo ella.

¡Trom, trom, trom, trom, trom, trom, puf, puf, puf! hacía la máquina.

Hubo un rato de silencio. Principiaba á accidentarse el terreno, y lo mismo me pasaba á mí. Veíanse colinas, y montes, y viñedos, y olivares. Pasó breve el tiempo; estaba anocheciendo, y llegamos á Castellón de la Plana.

Allí se detiene el tren algunos minutos. La viajera se asomó á la ventanilla. Algunas señoras que paseaban por la estación con sus maridos (pensando piadosamente) repararon en mi compañera de viaje, y se acercaron á saludarla. — ¡Adiós, Amalia! le dijeron.

Esto se va complicando — pensé; — en Valencia se llamaba esta mujer Magdalena; en Castellón se llama Amalia. Me parece bien.

Las señoras hablaban todas á la vez, como sucede siempre que se reúnen más de dos.

— ¿Y tu esposo? le preguntó una.

— Está bueno, gracias, respondió *ella*.

Ya me empecé á desanimar.

Dejamos á Castellón. Dos ó tres túneles comienzan á dar carácter más sombrío al camino, y cuando el sol está pasando por entre duras peñas, de pronto se encuentra uno en el mar. La vía está construída de tal modo, que las olas vienen á estrellarse contra los rails. Luego se pasa otro túnel, luego vuelve uno á verse entre rocas, después se toca otra vez el mar, y luego no se ve nada.

Y no se ve nada ni dentro ni fuera, porque los farolitos de los vagones de primera están



construídos con tal precisión, que en cuanto salen de una estación se apagan.

—¡Ay! dijo la viajera; vamos á viajar á oscuras.

—Así parece, dije yo.

—¡Grrrr! ¡Grrrr! hizo el cura roncando.

Eran las ocho y veintidós minutos de la noche.

—Señora, no tema usted nada, me atreví á decir.

—¿Qué he de temer? preguntó ella como diciendo: ¿Qué quiere decir eso?

Yo me callé, y al cura se le cayó el hongo que traía puesto.

Hubo diez minutos de silencio, durante los cuales pensé lo siguiente:

¿Qué le diría yo á esta mujer que fuera breve, compendioso, expresivo, nuevo, original, significativo, un poco grave y conducente á grandes resultados?

—Señora... le dije.

Y ella no respondió.

—Señora...

No respondió tampoco.

—Señora...

Estaba dormida.

Yo soy algo sonámbulo. Me decidí á dormirme.

Cerré los ojos y estuve así cerca de un cuarto de hora. La viajera se había despertado, sin

duda ninguna, porque la oí tatarrear aquel canto del *Macbet*.

Si colma il calice  
di vino eletto. . .

Y en seguida, sin abrir los ojos, canté yo la continuación:

¡Nasca il diletto  
muora il dolor!

La viajera se calló, y no fué eso lo peor, sino que cambiaron el farol, y hubo luz, y se despertó el cura.

—¿Dónde estamos? preguntó.

—En el principio del duo, le respondí.

—¿Cómo? dijo el cura poniendo la cara avinagrada.

—¡Vinaroz, un minuto! gritaron en aquel momento por fuera, y se paró el tren.

Entró en el vagón un viajero alto, rubio, con sombrero de paja, pantalón y chaleco de cuadros blancos y negros, y zapatos blancos.

Nos saludo, se sentó, y al mismo tiempo que comenzaba á andar de nuevo el tren, el recién llegado miró fijamente á la viajera, y exclamó muy alegre:

—¡Luisita!

Esta vez miré al cura y estuve por decirle:

—Su merced que será práctico en materia de bautismos y cosas así, ¿cómo es que esta mujer

se llama Luisa en Vinaroz, Amalia en Castellón y Magdalena en Valencia?

La viajera me pareció á mí que no se alegró mucho del encuentro del sujeto de los zapatos blancos.

Éste le hablaba y le preguntaba un sin fin de cosas. Entre ellas ésta:

—¿Y cuándo se nos casa usted?

Ya no pude por menos y fuí á decirle á la jamaona:

—Pero, señora, ¿qué especie de mujer es usted y de dónde ha caído?

Me contuve. Preferí oír algo más, y fingí que dormía.

Cerré los ojos y escuché.

La conversación de aquellas dos personas se iba animando por grados.

—Fernando, decía Magdalena-Luisa-Amalia con acento de tristeza, desde que usted no me ve, me han pasado cosas muy raras.

—No me decido á decirle á usted que me las cuente, dijo el viajero.

Y Amalia-Magdalena-Luisa exclamó:

—¡Son tristes, muy tristes!

Ya recordará usted, dijo la viajera, que cuando nos conocimos en Santander, yo vivía con mi mamá.

—Si, señora, dijo el hombre de los zapatos blancos.

—Pues bien; usted entonces me dijo que me

amaba... ¡Ah! ¡Fernando! ¡Por qué me engañó usted! Yo le creí, usted se marchó, mamá murió, quedé sola.

—No chilles, dijo el viajero.

Al oír este *no chilles*, dicho con tal franqueza, estuve por soltar la carcajada.

—¿Y por qué te fuiste, gran bribón? exclamó ella.

—¡Chist! (él).

—No tengas cuidado, duermen los dos.

—Vaya, pues si duermen, hablemos claro. Me fui y te dejé, porque te ví completamente decidida por el administrador de correos.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿Con que lo comprendiste? Entonces excusado es que te riña. ¿Y á dónde vas ahora?

—A Tarragona. ¿Y tú?

—A Barcelona.

—¿Y qué has hecho de tu mamá?

—La he cambiado por otra:

—¿Eh?

—Sí, ahora tengo otra mucho más presentable. Me espera en Barcelona. La he enviado delante para que busque casa.

Al llegar aquí se despertó el cura y la conversación fué interrumpida.

Estábamos en Amposta. La oscuridad era densa, el terreno árido y seco. Corría un airecillo sutil.

Se paró el tren.

La viajera y su amigo hablaban en voz baja y se reían mucho.

Los empleados de la línea abrieron las portezuelas y bajamos todos.

Momento grave. Teníamos que cambiar de vehículo.

Desde allí hasta Tortosa el viaje se hace á la antigua. ¡En diligencia!

¡Cuántos recuerdos despierta este cambio en los viajeros de edad madura! En cuanto á los jóvenes, nos aterra de una manera tal, que quisiéramos ir por el aire.

¡Dos horas de berlina!

¡Y qué dos horas! La voz del mayoral ha perdido todo el encanto y toda la poesía que tenía hace años. La diligencia es vieja y mal conservada. ¡El camino es llano como la palma de la mano, y no se encuentra en todo él ni siquiera un ladrón para entretenimiento del viajero! ¡Tienen razón los viejos; la civilización es una cosa terrible! ¡Dichosos tiempos aquellos en que estaba uno en berlina toda la vida, y tragaba polvo sin cesar, y era robado á cada media legua, y llegaba al final de su viaje con algo roto!

La viajera ¡estaba escrito sin duda! vino á la misma diligencia que yo elegí. En cambio el caballero de los zapatos blancos no vino con ella.

¿Y el cura? ¿Qué sería del cura, que tampoco vino con nosotros?



Y yo iba triste y enfermo, y sin embargo, no tenía cura, ¡ni me hacía falta! (Lo que somos).

Se me presentaba un porvenir de dos horas solito con Amalia-Magdalena-Luisa!

Esto creí; pero bien pronto salí de mi error.

Una voz de hombre dijo desde fuera:

—¿Hay sitio ahí?

Yo hubiera contestado que nó, pero la viajera dijo sin darme lugar para ello:

—¡Si, señor!

Acto continuo subió un hombre cuyas facciones no era fácil distinguir.

—¡Caramba! dijo al entrar: si me descuido me quedo en tierra, señores; estos cambios y estas jaranas le confunden á uno. ¡Adiós! ya me he dejado en el vagón el saco de noche... ¡bueno va!

El mayoral gritó entonces:

—¡Aaaaarzá!

Y los caballos emprendieron la carrera.

Nuestro nuevo compañero de viaje tenía unas ganas de hablar parecidas en su género á las que la viajera y yo teníamos de no decir nada.

Al poco rato de camino, sacó un cigarro y encendió un fósforo.

Yo ví que el hombre era tuerto. La viajera dió un pequeño grito. El tuerto exclamó:

—¡Calle! ¡Qué encuentro!

Y apagó la luz.

—¿Usted por acá? dijo la señora de los mil y un amigos.

—¡Quién había de pensar!... dijo él.

Yo dí un ronquido admirable.

Pero no me valió el arte. Esta vez la viajera y su amigo hablaban bajito, muy bajito... y libreme Dios de sospechar que aquello no era más que hablar bajito.

Pasé las dos horas aquellas como mejor pude.

Llegamos á Tortosa. Atravesamos una porción de calles estrechas, sombrías, tristísimas. La población presentaba un aspecto desconsolador. La soledad, la hora, los edificios de color oscuro, las tapias ruinosas, todo infundía pena. Se acabó el viaje en berlina, y volvimos á entrar en los vagones.

Antes de que se me olvide, quiero aconsejar á todos los viajeros que recorran la línea de Valencia á Barcelona, que procuren llevar *viveres* para el camino. No encontrarán en todo el trayecto más que un... *restaurant* (que algún nombre le he de dar), donde no hay más que un pollo asado que desde tiempo inmemorial está sufriendo los desdenes de cuantos le ven, sin lograr que nadie le hinque el diente. Un caballero que entró conmigo con el vano empeño de tomar algo, y que había pasado en otra ocasión por aquel sitio, vió encima de la mesa el plato donde yacía el ave infeliz, y exclamó:

—¡Ah! ¡el pollo del año 58! ¡Cómo se conserva!

Y se salió del restaurant, y yo hice lo mismo.

Busqué en la oscuridad á la viajera inverosímil, y no pude encontrarla.

El tren tardó en partir cerca de una hora, no sé por qué.

Entré en un vagón donde no había nadie, y esperé tranquilo.

Me decía el corazón que aquella mujer entraría en el vagón mismo donde yo estaba.

—¿Quién será? decía yo. ¿De dónde vendrá y á dónde iremos á parar con todos esos nombres?

Y pensando, pensando, pensando, me quedé dormido de veras.

Fué una torpeza, lo confieso; pero ¿qué remedio? El sueño es tirano; hay que obedecerle, hay que respetarle: no dormir... es imposible.

Cuando abrí los ojos ya estaba muy entrado el día; ya el paisaje había cambiado completamente.

Se veía el mar á lo lejos; la vegetación era abundante y rica; por todas partes olivares, viñas en las faldas del monte, mucho caserío, mucho huerto...

Pero á pesar de la abundancia y de la riqueza de árboles y de frutos, aquello no se parecía á Valencia ni mucho ni poco.

El color verde de los campos era mucho más

oscuro. Los árboles más corpulentos, más frondosos. Las aldeas más toscas; los huertos de construcción enteramente distinta. Las casas más á la moderna. En algunos puntos veíanse sobresalir altísimas chimeneas. Las gentes que se veían desde el vagón eran más robustas; las fisonomías más varoniles y expresivas; el habla más cerrada. Estábamos en plena Cataluña.

Como la primera mirada mía se dirigió hacia afuera, no reparé al pronto en que no estaba solo en el vagón; cuando miré hacia adentro, ví que tenía un compañero.

Una mujer.

¿La de marras? preguntará el lector.

¡Oh, nó, nó! Otra á quien reconocí en seguida, porque era una amiga antigua.

Ella me reconoció también, y bajó los ojos.

Era Celia.

Celia llamábamos varios amigos hace cinco años á una encantadora muchacha que amenizaba nuestros *gaudeamus* nocturnos con canciones al piano, frases deliciosas y brindis de muy buen gusto.

No recuerdo donde la conocimos, ni cómo llegó hasta nosotros. Sólo recuerdo que en un círculo de artistas y poetas melencólicos solían pasar algunas horas media docena de modistas y actrices de poco sueldo, que, según la expresión de uno de nosotros, se encerraban en un círculo vicioso.

Celia era un tipo enteramente opuesto al de la viajera de la noche anterior. Morena, de tez blanca, etc., etc.

Cuando me la encontré junto á mí no pude contener un grito de asombro.

—¿Y eres tú? pregunté.

—La misma, me respondió, y lanzó un suspiro.

Razón tenía para suspirar. En cinco años había envejecido tanto, que sólo merced á mi buena memoria pude reconocerla.

—No me digas nada, exclamó; ya sé que estoy vieja y fea. No quiero desconsolarme, y te suplico que me evites este disgusto. Hablemos de otra cosa: hablemos de tí. ¿Te suceden aventuras, escribes, duermes?

—¡Ay, Celia! exclamé; ya sabes que las aventuras me entusiasman casi tanto como al hidalgo manchego: pues bien, he perdido una magnífica.

—Cuéntame eso.

—Figúrate que salgo ayer de Valencia con una mujer que tiene tres nombres, que es casada en Castellón, soltera en Vinaroz, amiga de un hombre con zapatos blancos, y más que amiga de un tuerto, y que...

—¿Ah, sí? exclamó Celia riendo á carcajadas; ¡pues si no es más que eso, yo te sacaré de dudas, joven inexperto!

—¿Qué? ¿Conoces á esa mujer?



—¡Mucho!

—¿Quién es?

—Yo.

Me quedé como si me hubieran metido de pronto en un baño de agua de nieve.

—Sí, hombre, sí, dijo Celia; yo, que te estoy dando el bromazo desde ayer tarde, y que te lo hubiera seguido dando; ¡pero, hijito, con el traqueteo del viaje no es posible, porque se me han caído los polvos dorados del pelo, se me ha caído el colorete de la cara, y los tres lunares, y los tirabuzones, y todo!

Entonces, mirándola fijamente, fuí recordando, y me convencí de que Celia no mentía. La víspera era rubia, sonrosada; tenía lunares, tirabuzones...

¡Y todo había cambiado!

Llegábamos en aquel instante á Barcelona. Me despedí de Celia, la cual me aseguró que desde aquel instante, por si algo se me ofrecía, se llamaba Elvira Perezzi, y entré en la condal ciudad pensando:

—¡Es verdad que los viajes enseñan mucho!

---

---

---

## XII

### Lá Sombra.

**Y** ya que de aventuras se trata, antes de hablar de Barcelona, recordemos la aventura de la sombra funesta.

Dice así la hoja de mi cartera:

### I

Cuatro horas después de haber llegado á Valencia, la campana del comedor de la fonda avisó que era hora de almorzar.

Bajé al comedor...

Y á propósito, antes de continuar, voy á permitirme una observación.

¿Por qué razón este hermoso idioma castellano tiene tantas rarezas?

¿Por qué se llama *comedor* el sitio donde se come?

No estoy conforme.

Propongo á la Academia de la lengua un cambio de palabras; me parece que no puedo

proponerle menos: no faltarán académicos que quieran proponerle un cambio de ideas.

Propongo que el sitio destinado para comer, se llame en adelante el *comedero*, y el sujeto que come, el *comedor*.

Me parece que esto es lo que marca el sentido común.

Y no es mucho pedir; así, cuando un hombre se ocupe en limpiar el comedero á los demás, no hará perjuicio á nadie.

Y así se evitará que los descontentos murmuren de los gobiernos.

Y sigo mi cuento.

Bajé al comedor (con perdón sea dicho) y arremetí con esa eterna tortilla de yerbas, especie de unguento Hollovvay, que por todas partes se encuentra. (Hay quien asegura que el unguento tiene mejor sabor que las tortillas de estas fondas de España).

Acabada la tortilla, se me presentó delante ese inacabable biftek, que empieza en el café Imperial de Madrid y acaba en Laponia. Ese conocidísimo pedazo de carne, ilustrado con patatas, cabo de gastadores de todos los almuerzos de Europa.

Acabado el biftek, vinieron unos riñones, que antes de comerlos ya me dolían.

Acabados los riñones, ¡el Señor tenga piedad de nosotros! vino la plaga. ¡La langosta! ese pescado con uniforme.

Y acabada la langosta, vino un caballero que se sentó enfrente de mí.

Aquí empieza lo tristísimo, lo desconsolador y lo irritante.

Era la cuarta vez que me encontraba frente á frente de aquel caballero.

Al salir de Madrid le ví en la estación entre otros muchos viajeros. Yo no sé qué había en la cara de aquel hombre que me atacaba á los nervios.

¿A quién no le ha sucedido encontrarse de manos á boca con una persona, y decir de buenas á primeras: «Esa persona y yo nos odiaríamos con el mayor gusto?»

¿No es verdad que existe la antipatía instantánea, repentina. incomprensible?

El caballero aquel, en la estación de Madrid, me miró de arriba abajo.

Yo le miré de derecha á izquierda.

El parecía decirme: ¡«Me incomodas, chico, me molestas de una manera atroz!»

Yo le decía con los ojos: «¡Feo!»

Salimos de Madrid; yo para Alicante, él no sé por dónde. Al llegar á la estación de Albacete, bajé á no sé qué asunto urgente; bajar y encontrarme con el caballero, fué todo uno.

Me miró, y me dijo con la mirada:

¡Hola, majadero! ¿Con que viajamos juntos? Lo siento.

Le miré, y quise decir mirándole:

—¡Adiós, insoportable! Si hubiera sabido que venías en este tren, me quedo en Madrid.

Y nos volvimos cada cual á nuestro vagón.

Llegué á Alicante, estuve tres días ó cuatro sin acordarme de semejante tipo, y un día que fuí á ver el interior del vapor *Madrid*, anclado en aquel puerto, al subir por una escotilla... ¡paf! el caballero de mis pecados.

Esta vez, no sé si queriendo ó sin querer, me dió un pisotón que me evaporó tres callos.

¡Ay! grité como si me hubieran pegado un balazo; y no porque el pisotón fuera tal que me hiciera gritar tanto, sino por decirle con aquel ¡ay! al viajero;—¡Qué bárbaro eres, hombre, qué bárbaro, qué bárbaro!!!

Él..., se lo conocí en la cara, sintió tener que pedirme perdón, pero era bien educado, por desgracia mía.

Sin mirarme siquiera, dijo:

—¡Dispense usted!

Y lo dijo con la voz y el acento con que hubiera podido decir:—¡Vaya usted á paseo!

Salí de visitar el vapor con mis amigos, y en los días que estuve en Alicante, no ví ¡oh felicidad! al hombre antipático.

Es decir... una noche soñé que me dolía un diente, que había mandado llamar á un dentista, que el dentista era el hombre antipático, y que en lugar de sacarme el diente, me arrancaba muy de prisa, con unas tenazas enormes,



la nariz, las orejas y todos los puntos salientes de mi rostro.

Después de esta pesadilla, nada encontré en mi camino que se pareciera al hombre aquel.

Salí de Alicante, tomé mi pasaje en un vapor para Barcelona, pero se me ocurrió detenerme en Valencia... ¡es claro! Estaba escrito que yo me detuviera en Valencia. ¿Para qué me detenía yo en Valencia? ¿Para qué? ¡Para encontrarme con aquel *miserable!*

Volvamos al momento en que vino mi hombre á colocarse entre la langosta y mi tranquilidad.

No hizo más que sentarse á la mesa y verme, y se le mudó el color.

Yo me tragué, sin querer, el hueso de una aceituna.

La mesa se meneaba: era que el hombrecito aquel meneaba el pie y la pierna derechos, como siempre que uno reflexiona ó está irritado.

Mi hombre me dijo con una mirada:

—¿Con que no hay medio de que me dejes en paz?

Yo le dije con otra:

—Pero hombre, ¡qué ira me da de encontrarte por todas partes!

Y él con otra miradita:

—¡Parece broma esto!

Y yo, con otra miradita:

—¿Cuándo te mueres, bandido, cuándo te mueres?

La conversación de los viajeros reunidos á la mesa vino á interrumpirnos en nuestras meditaciones.

Se hablaba de los celos: un individuo había matado á su rival en un pueblo cercano, y éste era el asunto objeto de la conversación.

Asunto por cierto muy á propósito para hacer la digestión poquito á poco.

Una señorita decía:

—Comprendo cualquier cosa en un arrebató de celos.

Y un señor con peluca rubia y patillas negras:

—Sin embargo, la reflexión puede aminorar mucho las..

Interrumpió un extranjero:

—La reflexión en tales casos sirve para acabar de decidir el crimen.

Y siguió una señora muy guapa:

—Cada cual piensa de diferente modo...

Entonces tercié en la conversación y dije:

—Un hombre celoso, ó lo que es lo mismo, un hombre enamorado, es capaz de todo.

—¿De todo? preguntó la señora guapa.

—Sí, señora, de todo; hasta de casarse.

El hombre antipático dijo entonces.

—Eso parece una burla al matrimonio.

Y yo le contesté:

—¡Psth!

Aquello de *¡psth!* le puso verde. Se leván-

tó para marcharse; pero al tiempo de irse á levantar dió con el codo á la botella del vino; la botella cayó, y como yo estaba enfrente, el líquido corrió en dirección hacia mí, no tuve tiempo de apartarme, y al caer el vino de la mesa al suelo, me manchó el pantalón. ¡Un pantalón blanco!

Mi hombre se incomodó como si estuviera en mi caso.

¡Ni siquiera me dijo: *usted dispense*, como la tarde del pisotón!

Pero tuve diez segundos de placer al ver todas las miradas fijas en aquel hombre; y minuto y medio de satisfacción al oírle decir á la señora guapa:—¡Qué torpeza! y tres minutos de regodeo al oír que el hombre aquel al salir del comedor dió un tropezón tremendo en la escalera, que hizo reír á todos los presentes. ¡Y deseé que todos ellos se lo escribieran á sus familias respectivas!

## II

Pasó un cuarto de hora y acabamos de almorzar.

Saludé á los compañeros de mesa, y fui á ponerme otro pantalón.

Pero ¡oh fatalidad! como iba tan preocupado con la idea de lo que acababa de sucederme,

en lugar de abrir el cuarto núm. 9, que era el mío, abrí el 10, y me encontré á mi hombre en calzoncillos, y metiendo la cabeza por una camisa.

Al mismo tiempo de entrar yo, le pasó por delante de la cara la camisa que se estaba poniendo, y yo cerré la puerta precipitadamente, y me metí en mi cuarto.

Al entrar oí al individuo que gritaba como si ladrara:

—¡Quién!

Cerré mi cuarto con llave por si acaso...

¡Cuántas reflexiones hice en media hora!

¿Quién será ese hombre? Él parece persona decente... ¿por qué me irrita de esa manera? Yo le llamaría feo si tuviera que insultarle, pero la verdad es que no tiene nada de feo... al contrario, es un hombre agradable... tendrá unos treinta y cinco años; los ojos son expresivos y la mirada penetrante, el cabello castaño; esas patillas largas y puntiagudas no dejarán de hacerle gracia á alguna mujer... su porte es distinguido, digámoslo así... va elegantemente vestido... ¿quién será? Dios mío, ¿qué voz misteriosa es esta que nos dice desde el fondo del alma: ama á ese sér, ó aborrecélo? Y es el caso que muchas veces la voz nos dice que simpatizamos con un hombre, y efectivamente, sentimos nacer la simpatía, y nos hacemos amigos del hombre aquel, y á poco el hombre nos pide

trescientos reales y ya no volvemos á ver ni al sér simpático ni á los quince duros... En cambio, cuando la voz secreta y misteriosa nos aleja de una persona, y sentimos nacer la antipatía... acaso perdemos un excelente amigo... porque ¿quién sabe si ese hombre del cuarto núm. 10 será un hombre de bien, honrado, amigo de sus amigos, y capaz de hacer cualquier sacrificio por los que le quieren? Yo le detesto... ¿por qué le detesto? Él parece que me detesta á mí también... ¿me detestará? ¿Qué misterio es éste y qué alma es ésta que así se equivoca, y qué es el hombre y qué es la simpatía?

¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío! ¿saldrá esta mancha de vino?

.....

Al día siguiente madrugué para ir al Grao.

En la estación del ferrocarril hay trenes para el Grao cada media hora, además de los que van á diferentes puntos de España.

No es, pues, extraño que los viajeros de diez minutos se encuentren á veces con los viajeros de dieciocho á veinte horas.

En tanto que llegaba la de salida del tren del Grao, me entretuve en ver algunos de los individuos que se disponían á salir para Madrid.

¡Ah, lector, qué momento fué aquel tan dichoso!

Ví al hombre antipático, con cartera de via-



je, un *cabá* en la mano derecha, y un paraguas y dos bastones atados con un cordón en la mano izquierda.

En seguida nos vimos; en seguida nos miramos; en seguida nos dijimos con la vista...

Él á mí:

—¡Al fin me voy de tu lado, *infame!*

Y yo á él:

—¡Ya era hora de que te fueras, *vil!*

Y silbó la locomotora...

Y resopló el vapor...

Y sonó el martinete del telégrafo...

Y se oyó el pito...

Y subieron todos los viajeros á los vagones...

Y subió también ÉL...

¡Y se fué!

¡Aaaahhhh! ¡Bendito sea el que inventó el vapor, mi querido tocayo, Blasquito de Garay! dije.

Subí á mi vagón, llegué en diez minutos al Grao, y almorcé á la orilla del mar... devoré, bebí, canté, fuí feliz, ¡completamente feliz! Cuando volví á Valencia le pregunté al camarero de la fonda:

—¿Cómo se llama ese caballero que ocupaba el cuarto inmediato?

—¿El que se ha marchado hace poco?

—¡Sí!

—Pues ya lo sabe usted.

—¿Cómo que lo sé?

—¿No lo está usted diciendo?

—¿Yo?

—¡Usted!

—¿Sí, eh?

—Sí.

—Oiga usted, ¿con qué derecho gasta usted bromitas conmigo?

—¡Pero si no gasto bromas, señor!

—¿Cómo se llama ese hombre, me lo dice usted, sí ó nó?

—Sí.

—Pues dígamelo, si no quiere hacerme perder tiempo.

—¿Pero no le digo á usted que sí?

—¡Por vida de Cristo Padre, que le voy á romper á usted la cabeza por insolente!

—¡Canastos, gritó el mozo, ¡es que el señor ese se llama D. Pedro Sí!

Créame el lector, si hubiera tenido delante al interesado, le pego. ¡Hasta su apellido me daba disgustos!

¡Mire usted qué ocurrencia del demonio!  
¡Llamarse Sí! ¡Esto no tiene ejemplo!

No puede figurarse nadie el miedo que sentí desde aquel momento.

Pero decía:

Estoy seguro de que en llegando á otra población, y en contestando ¡sí! á cualquier cosa que me pregunten, va á aparecer ese hombre... y me ahorcan.

Pero la alegría de verme libre de aquel hombre, el contento de no tener siempre delante de mí aquella sombra, me lo hizo olvidar todo.

Me olvidé de todo, hasta de pagar una cuenta.

Debía entregar un dinero á un señor de Pérez, y no entregué el tal dinero al tal de Pérez.

Yendo de Valencia á Barcelona, me acordé del olvido, y no pude menos de maldecir al infame Sí, que tenía la culpa.

Y la tenía, porque si yo pasaba por tramposo á los ojos del señor de Pérez, ¿por qué sería sino porque yo, preocupado con el placer de no ver al señor Sí, no me había acordado de pagar?

Para evitar toda sospecha, escribí al señor de Pérez que me indicase una persona á quien pudiera entregarle yo un piquito en Barcelona.

En esta población me detuve algunos días.

¡Y andaba por todas partes sin la sombra! ¡Y no veía por ningún lado á mi hombre! ¡Ah! ¡qué felicidad!

No tardé en recibir el aviso del señor de Pérez para que entregara el dinero en casa de Cuells y Compañía, del comercio de sedas.

Al ir á hacer el pago, me pareció ver en un portal de la calle de Escudillers al hombre anti-pático... temblé.

Un amigo que pasaba por la ácerá de enfrente me gritó:

—¿Quieres venir á comer conmigo?

Y bien á pesar mio le respondí:

—¡Nó!

Por razones que ustedes comprenderán.

Eché á correr en dirección de la plaza Real...

Dios mio (murmuraba), ¿sería él?

Llegué á la casa de comercio donde debía pagar, y apresuradamente saqué el dinero, y dije:

—¿El Sr. Cuells?

—No está, me respondieron.

—Tenía que hacerle un pago...

—Ahí está el socio; le llamaremos y es lo mismo.

—Bueno.

Mientras venía el socio, me asomé á la puerta:

¡Qué niño soy! dije; probablemente aquel hombre no sería el mio...

En aquel momento oí que había bajado un hombre á la tienda. Era el socio; volví la cabeza para saludarle...

¡Era... Sí!

Tales son los efectos de la fatalidad: ¡lo único que me faltaba era tener que darle dinero á aquel monstruo!

Se lo dí; se lo dí... y me fuí sin decirle adiós.

## EPÍLOGO

A toda coqueta que me pregunte si la quiero,  
á todo usurero que me pregunte si le aprecio, á  
todo empresario que me pregunte si es de fiar,  
á todo el que se me dirija preguntándome algo  
que merezca un insulto, le he de contestar con  
toda la efusión de mi alma:

—¡Sí!

---



---

---

## XIII

### Pequeño paréntesis.

**B**IEN decía yo, que no hay dicha duradera en este bajo mundo!  
Al llegar á Barcelona tuve un disgusto. Uno más, ¿qué importa?

Y sobre todo, ¿tengo yo la culpa de que la verdad sea indigesta?

Ello es, que mi humilde opinión acerca del carácter valenciano y la relación de algunos hechos de todo el país valenciano conocidos, hubieron de sentar mal á la redacción de un cierto periódico, que por allá se publica, y que se llama *Las Provincias*.

Y cuando mi labio, ó mis labios (porque tengo dos), comenzaban á pronunciar en Barcelona palabras de entusiasmo acerca de Valencia, país que tan grata impresión me hiciera, quiso

mi mala fortuna que el periódico aquel me pusiera como ropa de Páscoa. Me parece bien.

Por fortuna, un incógnito ciudadano, á quien agradeceré siempre su buena voluntad, vino á darme la razón y á poner los hechos en claro.

Todo queda explicado en la siguiente carta.

---

---

---

## XIV

Sr. Director de Gil Blas.

Valencia, 31 de Junio de 1867.

**M**UY señor mío: Con esta fecha dirijo al Sr. Director de *Las Provincias*, periódico de esta capital, el siguiente comunicado, que remito á usted, por si *Las Provincias* no tiene á bien publicarlo, y para que usted se entere, si por acaso no lo está, del insultante suelto que publica:

«Sr. Director de *Las Provincias*.—Muy señor mío: En el núm. 543 de su apreciable periódico, correspondiente al día de hoy, y en la sección de *Noticias locales*, he leído un suelto en el que, con una ligereza impropia de un diario de tan buena nota como *Las Provincias*, se exagera lo que sobre el carácter valenciano ha publicado el periódico de Madrid, *Gil Blas*, en su núm. 85 del 24 del corriente.—El Sr. Blasco, á quien no

tengo el gusto de conocer, no ha dicho más que una pura verdad en todo lo que publica en el periódico de que es redactor; y usted sabe muy bien que todos aquellos crímenes que menciona sucedieron desgraciadamente.—También dice *Las Provincias* que, según el Sr. Blasco, las preciosas valencianas van descalzas á la Alameda en sus tartanas, lo que se conoce no ha leído bien el autor del insultante suelto, puesto que lo que se dice es que van con zapatillas, cosa que usted no podrá negar.

Por lo demás, enterado como estoy de cómo se escriben los sueltos de un periódico, no me ha extrañado que diga *Las Provincias* que el artículo del *Gil Blas* ha producido natural desagrado en todos los valencianos que lo han leído, porque se conoce que al autor no le ha satisfecho, pues como valenciano, hubiera querido que el Sr. Blasco hubiera puesto á Valencia en las nubes, ó la comparase al cielo, lo cual no es posible, porque además de ser Valencia una ciudad como muchas, tienen sus habitantes la mala fama que dice el Sr. Blasco. Y para que rectifique el autor del suelto de *Las Provincias* lo que injustamente dice, basta que lea con atención el artículo y se fije en la conclusión, desde donde dice: *Adiós Valencia, país de flores, hasta, Adiós las tartanas y los tartaneros y las niñas de las tartanas.* Y si con esto no tiene bastante, lea los demasiados elogios que el autor

tributa al Cabañal. Réstame, Sr. Director, suplicar á usted se sirva dar cabida á la presente en su popular periódico, por lo que anticipadamente le da las gracias su afectísimo, etc.—*Un valenciano amante de la verdad.*»

Después de leer esta carta, dirigí yo otra al Director del *Gil Blas* contestando ligeramente al periódico *Las Provincias*. ¿Necesitaba yo acaso rectificar nada?

En cuanto á la parte agresiva del suelto, si al que le escribió le pareció que me insultaba, resultó todo lo contrario.

Me comparaba á Alejandro Dumas. Me alegré muy de veras.

Llamaba á mi zarzuela *El Joven Telémaco una grotesca parodia*. Efectivamente; así la he llamado yo siempre.

---




---

---

## XV

### En Barcelona.

 L sentar el pie en la estación encontré dos amigos que me estaban esperando. Arderius y Rogel.

Arderius radiante de delgadez y Rogel exuberante de calzones.

Llevaba el maestro Rogel un trajecito blanco y un hongo de forma cónica y de bastante altura. Parecía que se había equipado de pies á cabeza con un pliego de papel y un tiesto.

Los carabineros me obligaron por la centésima vez á abrir el baúl. Quedaron, como siempre, convencidos de que no era contrabandista, y pasé sin novedad á ocupar sitio en un coche. Seis minutos después estábamos en la Rambla.

Barcelona tiene todo el aspecto de una gran población.

Los edificios son magníficos. La parte nue-

va de la población, grandiosa. La Rambla divide la ciudad en dos partes iguales. A un extremo lo que se llama *el ensanche*, calles espaciosísimas, manzanas de casas nuevas, construcciones á la francesa, teatros y salones de baile, que constituyen la diversión del verano. A otro extremo el inmenso cuartel de Atarazanas, la magnífica muralla que sirve de anchuroso paseo; el puerto, con su bosque de arboladuras de buques, y el mar. A ambos lados de la Rambla la población antigua, sombría, austera, conservando todo el colorido de las pasadas épocas, tan brillantes en nuestra historia. Y dominándolo todo, vigilándolo todo, encima de todo, el antiguo castillo de Monjuich, gigantesco centinela que me ataca los nervios.

Es irritante eso de que, vaya uno por donde vaya, recorra la calle que quiera en Barcelona, si levanta la cabeza, ha de ver indudablemente el Monjuich dominando la situación.

Tengo por costumbre en cuanto llego á una población echarme á la calle (en el buen sentido de la palabra), y lanzarme á la ventura á ver todo lo que encuentro al paso. Me gusta hacer estas excursiones solo. Así fué que, en cuanto pude escabullirme de mis amigos, olvidé el cansancio del camino, y me lancé.

Recorrí en dos horas gran parte de la ciudad, y confieso que me agradó muchísimo. Hay en ella mucho de población francesa, en cuanto á

comodidad y tino para *entender el negocio*, como decimos á la moderna. Los ómnibus que recorren la ciudad llevando al transeunte por cuatro cuartos de un punto á otro, sea la distancia larga ó corta; los *restaurants* de todas clases, donde se puede comer bien y barato; el admirable aprovechamiento de terreno para que las tiendas tengan mucho escaparate; la abundancia de pasajes y de plazas cubiertas, todo esto es más francés que español, é indica más tendencia á aprovechar lo bueno, por parte de los catalanes, que por parte de los demás hijos de España.

Hay una plaza que se llama *Real* enteramente igual en la forma, aunque más chica, á otra de París que lleva el mismo nombre. Las casas del ensanche, aisladas algunas, están también construidas á la manera francesa.

En lo que de seguro no tiene rival la población es en la abundancia y buen gusto de los cafés. Grandes, ventilados, elegantísimos, los hay de todas las formas y de todas las arquitecturas. Un paseo de noche á lo largo de la Rambla es una exposición continua de salones caprichosos y ricamente iluminados, que convidan á que el transeunte convide en ellos.

La parte monumental de la ciudad tiene grandes encantos para el artista. La catedral, gótica, admirablemente conservada, la iglesia de Santa María del Mar, el interior de la Audiencia, y otros monumentos no menos notables,

merecen ser estudiados con detención por el carácter que tienen y por el colorido que conservan.

Todo esto me distrajo hasta la noche, en que después de haber comido y bebido y recorrido por dentro y por fuera el teatro Principal, me entregué, para calmar el cansancio, á las tranquilas delicias del catre.

---

---

---

## XVI

**Economía.—En Madrid y en Barcelona.—La propina.  
Festín por tres cuartos.—El agua del país.**

*5 de Julio.*

**P**UES señor, confieso que viviría aquí como un príncipe, aunque tuviera menos dinero que un príncipe.

Llevo cuatro días de permanencia en esta ciudad y estoy asombrado de ver lo bien que se conserva mi bolsillo. Es indudable que estas aguas le prueban bien, cosa que no le sucede en Madrid, donde á cada momento se me queda el pobrecito en los huesos.

¡Y es de advertir que hago aquí el mismo género de vida que en la corte de las Españas!

¿Consiste la buena salud de mi bolsillo en que yo le trato con consideración?

No. Consiste en que le tratan con consideración los catalanes.



Confieso que me agrada más oír hablar en catalán, aunque no lo entienda, que oír hablar el madrileño, aunque lo entiendo demasiado.

En Madrid suelen saquearme en buen castellano; aquí me tratan con baratura, que es más que tratar con cariño.

Voy á publicar dos páginas de mi libro de gastos.

Una página escrita el mes pasado en Madrid; otra escrita en Barcelona ayer tarde.

Dicen así:

#### EN MADRID

Por una carrera en coche.....	4 rs.
Por dos butacas de un teatro.....	28
Por un café.....	1 $\frac{1}{2}$
Propina de dicho café.....	$\frac{1}{2}$
Por sentarme en el Prado.....	$\frac{1}{2}$
Por un par de guantes de hilo.....	14
Por un chocolate en la Iberia.....	2
Propina de este chocolate.....	$\frac{1}{2}$
<i>Total</i> .....	<u>51</u>

#### EN BARCELONA

Carrera en coche.....	6 Cuartos.
Dos butacas.....	14 rs.
Un café con coñac á discreción.....	1 real.
Propina.....	No existe.

Por sentarme en la Rambla.....	00
Guantes de hilo.....	9 rs.
Ghocolate con bollo y sin propina.....	6 Cuartos.
	<hr/>
<i>Total</i> .....	25 rs. y 2 c.
	<hr/>

Es decir, un ahorro de 26 rs.

—¡Mozo! le dije anoche al que me iba á servir; tráigame usted una ración de merluza.

El mozo se me quedó mirando, se colocó el dedo en la barba y se puso á pensar:

—Mer... mer...

—¡Merluza! repetí.

—¿Es cosa de confitería? me preguntó entonces.

Con la ayuda de un amigo catalán le expliqué al mozo aquello que yo deseaba. Lo traje; y al pagarle, como sobraran seis cuartos, le dije que se los guardara.

—¿Para qué? me preguntó.

Este ¿para qué? valía ya más de seis cuartos, porque indicaba poca costumbre de tomar más dinero que el del salario. Y esa poca costumbre habla muy alto en favor del hombre trabajador.

Al retirarme esta noche á casa he tomado en la Rambla un vaso de agua con un azucarillo. Venía conmigo un amigo, y ha tomado otro vaso de agua y otro azucarillo.

El amigo traía un niño, y el niño ha tomado

una torta. En esto se acerca Cubero, el aplaudido buto, toma dos vasos de agua.

—¿Cuánto vale *todo* esto?

—¡Tres cuartos! dice el vendedor.

Nos quedamos mirándonos unos á otros.

¡Es decir, que con peseta y media se puede sobornar á toda una corporación de gente.

Cuando se sabe el precio dan ganas de beber más. Es indudable.

*12 de Julio.*

¡Qué cosas tan raras! Desde que estoy aquí estoy bebiendo agua de Barcelona, y no me hace daño. En Madrid no la he usado nunca por no ponerme blanco.

---

---

---

## XVII

*Domingo...*

**E**STE es el gran día para ver á Barcelona en todo su esplendor.

Nosotros, los procedentes de aquel delicioso país en que el trabajo es una cosa de muy mal tono, no tenemos más remedio que sorprendernos al observar que aquí la población no se ve más que de ocho en ocho días.

En Madrid el domingo es un día como otro cualquiera. En Barcelona el domingo es real y efectivamente un domingo.

El obrero ha pasado toda la semana trabajando y consumiendo su vida para que usted, señor don Fulano de Tal, duerma todo el año en la cama de hierro que él fabrica, ó para que usted, señorita de las Q. Q. Q., luzca ese precioso vestido que él ha tejido y aderezado. Por consiguiente, ese obrero, cuando llega el sábado por la noche á su casa, se acuesta diciendo:

—¡Cómo me voy á divertir mañana!

Y en honor á la verdad, merece divertirse.

Véalo usted el sábado, y véalo usted el domingo; parece otro hombre. Peinado, vestido con sencillez, y con cierta elegancia, se apodera de la población el día de fiesta, porque es su séptimo día; y porque necesita veinticuatro horas de expansión.

Da gusto salir un domingo por la tarde hácia la parte nueva de la población, donde están los teatros y los salones de baile. Así como las hormigas caminan en procesión al granero, del mismo modo inmensas procesiones de gente vestida con extraordinario cuidado y exquisita limpieza, se dirigen á los teatros y los invaden. Es un público tan bonachón, tan dispuesto á aplaudirlo todo, que merece ser obsequiado por las empresas con lo mejor del repertorio.

Y á propósito; en estos teatros las funciones de tarde se hacen á la luz del día, sin más gas que el que pueda formar el público, que aunque sea mucho, no alumbra. Es un espectáculo que sorprende al que, como yo, lo ve por vez primera. Se acuerda uno de las farsas italianas ó de los primitivos *corrales*.

Ver, por ejemplo, á Arderius en la escena, tal cual es en la vida privada, no me hace mucha gracia que digamos. Y oír al tenor Prats cantar aquello de

Hermosa está la noche,  
alegre el corazón,



precisamente en el momento en que le da un rayo de sol en las narices, tampoco me convence gran cosa.

Pero al público no le suena mal, y basta.

Desde las tres y media de la tarde, hora en que comienzan las representaciones, hasta las once ó las doce, en que se acaban las funciones de la noche, hay tal concurrencia en todos estos espectáculos, que bien merece la pena de pasar algunas horas yendo de un punto á otro.

Los bailes campestres ofrecen un golpe de vista muy agradable. Quinientas ó mil parejas reunidas en el salón de Euterpe, bailan que se las pelan; pero con una compostura tal, si cabe compostura en el baile, que para quien conserva recuerdos de las habaneras que suelen bailarse en Capellanes y en la Zarzuela, aquello parece poco.

Para guardar el orden entre las mil parejas, hay... un municipal.

Este municipal no ha *ejercido* todavía.

Estábamos esta noche varios amigos en el baile campestre de los Campos Elíseos. Clavé dirigía la fiesta. Sus coros acompañaban la música de los valeses y de los rigodones. Uno de los coristas se salió de la fila y dijo algunas palabras á otro individuo que estaba cerca. Comprendimos que sucedía algo, y preguntamos lo que era.

—Es, nos dijeron, que ese corista ha visto á una pareja que no bailaba decentemente el rigodón.

—Ya.

—Ahora verán ustedes.

Y en seguida el corista y el otro individuo, que era lo que llamamos en Madrid el *bastonero*, se dirigieron á la pareja, y la echaron del salón.

Ni una palabra en voz alta, ni la más pequeña resistencia por parte de los despedidos. El baile continuó, y todo el mundo contento.

¿Necesitaré hacer elogios de un país en que suceden estas cosas?

---

---

## XVIII

*Veintitantos de Julio.*

**D**ESDE que veo cómo escribe sus cartas desde Roma cierto P. Sánchez, he resuelto no hablar una palabra en mis cartas de mi humilde persona. Y hasta estoy por suprimir el *yo* que tengo por costumbre anteponer á los párrafos de mis apuntes, por no parecer vanidoso y ridículo.

Pero por otra parte, la gratitud es una virtud apreciable, aunque poco admitida entre españoles, y cuando el viajero se ve obsequiado en algunas de las poblaciones por donde pasa, debe manifestar públicamente su agradecimiento á sus cariñosos amigos.

Una cena promovida por el editor López Bernagossi (¡un editor que da de cenar á un autor! esto parecía extraño en Madrid), me ofreció ocasión de conocer á los escritores y artistas catalanes, cuyos nombres no podré olvidar nunca.

Larga sería la lista si hubiera de publicar la

de los nombres de mis nuevos amigos. Baste decir que en una mesa cuyos testers estaban ocupados por Clavé, el popular músico-poeta, y por Sans, nuestro pintor insigne, no podía por menos de reinar cordialidad y agradabilísima conversación. Cuando llegue á una población y no encuentre artistas ni escritores, me parecerá que me abandona la familia.

Como en Barcelona la afición á la lectura es tan grande y la ilustración del pueblo más grande aun, la república literaria es una familia independiente que no necesita como las demás de España depender de Madrid y acudir á las prensas de la corte para dar á conocer los nombres de los escritores. Más periódicos se venden por estas calles que en Madrid; y relativamente se publican aquí más obras que allí, más baratas, tan bien impresas y con mejores resultados.

Hay además otras cosas que constituye, digámoslo así, una literatura aparte, muy apreciada por este público. Las obras escritas en catalán. Y hay un respetable número de escritores, que si pudieran escribir en Madrid en castellano lo que aquí en catalán, de seguro tendrían más y más verdadera reputación que muchos de nuestros autores de la Corte.

Por ejemplo, Pitarra.

*Serafi Pitarra* es el ídolo del público catalán. Su nombre es dinero seguro para los editores, y lo mismo cuando escribe artículos de periódicos.

cos, que cuando da al teatro piezas cómicas, consigue siempre arrancar la carcajada á sus lectores. Es el Baldoví de Cataluña.

Y si un forastero llegase á Barcelona y buscarse á Pitarra para darle la enhorabuena, no lo encontraría.

¿Por qué? Porque Pitarra no es tal Pitarra. Escudado con el seudónimo, el autor de *La esqueixa de la torraixa* (1), oculta su verdadero nombre con una modestia envidiable, y emplea el tiempo que otro poeta más *difícil* necesitaría para pensar chistes, en componer cilindros y escapes de áncora en su relojería de la calle de... no recuerdo el nombre.

El lenguaje catalán, que tan brusco parece cuando se oye hablar á los naturales del país, me suena bien cuando lo leo dividido en *renglons cortos*. Nada más expresivo que el canto del Almogávar, de Balaguer.

¡Desperta ferro, anem! ¡Las feras tenen fam!

Y nada más dulce y delicado que estos tres sencillísimos versos con que empieza un coro de Clavé:

Ya espira la nit;  
¡ninetas hermosas,  
deixau vustre llit!

---

(1) Parodia de «La campana de Almudaina».



¡Benditos sean los poetas! no hay idioma brusco para ellos.

¡Y benditas sean las *ninetas hermosas*, porque ellas tienen la culpa!

---

---

## XIX

*En la Montaña á 23 de Julio.*

A ELISA

Allá muy lejos... muy lejos...  
donde se extiende la mar,  
y á los tímidos reflejos  
de la luz crepuscular,  
distingo apenas tu casa,  
que á distancia tan ignota  
en el ancho azul rebasa  
como la blanca gaviota  
que sobre las hondas pasa.

—

Llegar quisiera y hablarte,  
y el camino deshacer;  
pero al tener que dejarte...  
ya no sabría volver.  
Y fuera triste camino  
para quien sufre el destino  
de caminar sobre abrojos,

volverse perdiendo el tino  
y sin la luz de tus ojos.

---

Para el que poeta ó loco  
se enamora fácilmente,  
ver lo bello, y verlo poco,  
es padecer, francamente.  
Yo bien te quisiera ver,  
pero temo que al hablarte,  
ya no me quiera volver;  
porque llegar y dejarte...  
¡digo que no puede ser!

---

Ya mi corazón desiste,  
ya la noche sombras viste,  
quedemos á sus reflejos  
tú allá... ¡muy lejos, muy lejos!  
yo aquí... ¡muy triste, muy triste!

---

---

---

XX

*Barcelona 3 de Agosto.*

**Carta á un acreedor.**

**M**UY señor mío: Con esta fecha parto para Suiza, ese delicioso país que usted debía estudiar concienzudamente en lugar de escribirme cartas que no debo comprender.

Antes de marchar (faltan cinco minutos para la salida del tren) no quiero dejar de repetir á usted que he perdido completamente la memoria. ¡Soy muy desgraciado!

Usted deseará indudablemente que yo le diga algo.

Pues bien, amigo mío, este clima de Barcelona me ha puesto en liquidación. ¡Qué feliz es usted!

Pero no confíe ni cante victoria. Hay quien

me asegura que el clima de Suiza, á pesar de la opinión general, puede sentarme mal; en cuyo caso, y aunque me esté mal el decirlo, puedo morir. Me alegraría por usted.

Usted me aconsejó que fuera á Suiza á engordar. Si no engordo, me veré en la precisión de decir á usted á mi vuelta eso que dicen los amantes en los melodramas.—¡Todo acabó entre los dos!

Si espiro, tendrá usted la bondad de llorar-me por valor de 15.000 rs.

¡Adiós, caro amigo; adiós! Salgo en este instante. No puedo ser más largo.

---



---

## X X I

### Camino de Francia.

**S**E sale de Barcelona á la una de la tarde, y se llega á las cinco á Gerona. Este trozo se hace en ferrocarril.

En Gerona se toma la diligencia. Los viajeros que han pasado por allí otras veces, y á quienes se consulta sobre la bondad del camino, aseguran que está como la palma de la mano.

Siempre que oigo esta frase, me miro la palma de la mano, y estoy observando un rato.

El lector puede observar conmigo si no tiene inconveniente.

Tengo para mí, que la palma de la mano, propiamente dicha, es el espacio comprendido entre la muñeca y la línea de donde nacen los dedos. La raíz del dedo pulgar constituye por lo menos la cuarta parte de la palma.

Ahora bien; desde el nacimiento de la muñeca hasta el nacimiento del pulgar, hay una cuesta. De allí hacia la derecha (suponiendo que nos referimos en todo esto á la mano derecha y no á la izquierda) otra cuesta mayor. De allí al centro de la palma, una bajada. El centro es un hoyo muy visible; y la parte de la izquierda, así como los dos lados de la línea donde principian los dedos, forman tres nuevas y diferentes prominencias. Resulta, pues, que la palma de la mano está llena de subidas y bajadas.

Esto admitido, cuando á uno le digan:—El camino que va usted á recorrer está como la palma de la mano, ya sabe uno lo que va á pasar.

De Gerona á Perpiñán hay doce horas de las que llamamos en España *largas*. Doce horas largas en diligencia, bastan para pensar seriamente en el suicidio.

No es precisamente la carrera lo que da que sentir; que atendido el estado en que se encuentran las de España, buena y rebuena puede llamarse aquella. Lo desconsolador es el contraste, que el viajero no puede menos de observar en las primeras horas (¿eh? ahora las horas son *breves*) de Barcelona á Gerona, y las de este punto á la frontera.

El Ampurdan es un jardín interminable. De las tres provincias de Cataluña, la que se recorre en este viaje es sin duda alguna la más bella.

Una sola cosa tiene de sensible, y es que el viajero apenas la ve.

No sé en qué consiste que los viajes en los ferrocarriles y diligencias de España están dispuestos de tal manera, que siempre pasa el viajero de día por los sitios más áridos y feos, y la noche está dedicada á lo que tiene que ver.

Antes de salir de Barcelona pregunté:—¿A qué hora salió el tren de Perpiñán?

—A la una de la tarde, me contestó el empleado.

—¿No hay otro más que el de la una?

—No, señor, no hay otro.

—¿Es decir que pasaré los Pirineos de noche?

—Justamente.

—¿Pero hombre, eso es una lástima!

—Pues mire usted, de lástimas está el mundo lleno.

—Y de empleados amables, nó; le dije y me marché.

Pasé, pues, los Pirineos de noche. A la una (de mi reloj) estábamos en Perpiñán. Dos horas después el tren de Lyon me llevaba en uno de sus vagones. Dormí un rato, y desperté en Lyon de día.

Allí me detuve. Y aquí me paro.

Lyon es Barcelona corregida y aumentada.

Es una fotografía grande de un original chico.

Con un día de permanencia, con una visita á un par de fábricas y algunas vueltas por aquellos paseos, que son encantadores, queda uno corriente y moliente para seguir su camino como si tal cosa hubiera visto.

### Mi discípulo.

En las horas que dura el viaje de Lyon á Ginebra tuve un compañero que estoy seguro guardará eterna memoria de mí.

Era un ruso que no me dejó vivir en paz ni un instante durante el viaje.

Chapurreeaba el francés, y era, por lo que pude comprender, muy aficionado al estudio de las lenguas.

A poco rato de partir el tren, todos los viajeros leían, dormían ó callaban, cosas todas muy usadas en los ferrocarriles extranjeros. Los españoles estamos acostumbrados á tomarnos libertades y á usar franqueza, y en cuanto nos encontramos dentro de un vagón cuyos viajeros no se meten con nadie, no podemos menos de extrañarnos.

El viajero ruso me debió conocer en la cara que tenía ganas de hablar: y ¡ójala no lo hubiera conocido! porque tanto me hizo hablar, que llegué á Ginebra harto de conversación y de ruso.

—¿Es usted italiano? me preguntó en francés.

—No, señor, le respondí; soy español.

Al oír «español» se puso apresuradamente los quevedos y comenzó á mirarme tan de prisa, tan de arriba abajo, y con tal curiosidad, que mi sangre, esencialmente española, hervía en aquel momento. Aquel hombre me miraba como si yo acabara de decirle:

—Aquí donde usted me ve, soy un tigre que viaja de incógnito para no asustar á la gente.

—¿Español? preguntaba mi hombre sin cesar de mirarme; ¿español?

—¡Español! dije.

—¡Caramba! ¡Caramba! ¡Qué emoción tan nueva! ¡Diez años hace que viajo, y todavía no me había encontrado nunca un español en ninguna parte! ¿Español? ¿De veras es usted español?

Ya estuve por decir:—No, señor, de veras no; de broma, y por pasar el tiempo.

El ruso comenzó á hacerme tan extrañas preguntas acerca de España, que me dejó tamañito. En seguida me suplicó que le dijera la equivalencia de algunas palabras francesas.

Es decir, que el viajero quería dar su primera lección de español conmigo.

Era un hombre muy risueño, y muy amigo de burlarse de los demás. Dos franceses que iban sentados enfrente de nosotros, le tenían ya entre ceja y ceja, y estaba yo esperando cuando le



*Jargaban* lo que llaman *un timo* los hijos de Sevilla.

—Diga *osté* (el ruso sabía decir *osté*, y lo intercalaba entre palabras francesas) dígame *osté*, ¿cómo se llama esto en español?

Y señalaba al hongo que traía puesto.

—Eso, le dije, se llama entre nosotros *la boca del estómago*.

El ruso le daba vueltas al sombrero repitiendo:

—Boca del estómago... boca del estómago .. ¡gracias, amigo mío, muchas gracias!

—¡No hay de qué!

Y cerré los ojos para ver si haciendo que dormía, me dejaba en paz mi hombre.

Pero al poco rato llegamos á una estación, y la curiosidad me hizo abrirlos de nuevo.

El ruso se alegró mucho de verme en disposición de ser acometido nuevamente.

En aquel instante se le puso en la mano una mosca de varios colores, cuyo nombre no sé, pero el lector puede consultar á Buffon si quiere enterarse de cómo se llaman esas moscas, diferentes tan solo de las que acá están en uso, en la variedad de los colores que matizan sus alas.

—¡Oh, señor! me dijo el ruso; ¿cómo se llama esto en su idioma de *osté*?

Harto ya de preguntas, contesté volviendo a cerrar los ojos.

—¡Un elefante!

Y ya no hablé una palabra en media hora.

El ruso repetía *elefante*, y se restregaba las manos.

Confieso que no le dije nada de particular variando el nombre á la mosca, porque procediendo yo de un país en que á los toros les llamamos *bichos*, todo puede ser admisible dentro del idioma.

Volvió á pararse el tren.

Volví á ser curioso.

Quise ver lo que pasaba por fuera, y saqué la cabeza por la ventanilla.

¡Qué emoción tan grata!

Parado en el andén estaba uno de mis amigos de la infancia, al cual no veía yo hacia siete años.

Encontrar un español, paisano y amigo, en aquel sitio y á tal hora, me produjo una alegría tan grande como la que él experimentó al verme.

—¡Chico!

—Quién pensara...

—¡Cómo va!

—¿Y tú?

—Perfectamente.

—¿Adónde vas?

—A Ginebra.

—¡Allí nos veremos!

—¡Sí, que nos veamos!

—¡De seguro!

—¡Adiós, hasta muy pronto!

—¡Hasta muy pronto!

Y el tren comenzaba á andar, y me zambullí otra vez dentro del coche, y volví á cerrar los ojos. Pero esta vez los abrí muy pronto para mirar al ruso y soltar una estrepitosa carcajada, porque el pícaro del ruso, aprovechando mis lecciones, le estaba gritando á mi amigo.

—¡Señor! ¡Lleva usted un elefante en la boca del estómago!

¡Figúrense ustedes la cara que pondría el otro, ni cómo era fácil traducirle en aquel instante que llevaba una mosca en el sombrero.

Llegamos á Ginebra.

---

**Ginebra.—El hotel de la Metrópoli.—El Lago.  
Buenas noches.**

**G**INEBRA es una población encantadora, sobre todo para el viajero que viene de España; porque es de advertir que España es, mejorando lo presente, una de las cosas peores que se ven andando por ahí.

Por eso Ginebra, que no es ni con mucho una cosa notable, es encantadora comparada con las poblaciones de España; situada al extremo Sur del lago Lemán, tiene en éste el más poderoso de los atractivos.

Se llega á Ginebra á cualquier hora; sobre esto no hay regla fija ni tiempo determinado; como la población entera vive de lo que deja el viajero, y como la cifra de viajeros que pasan durante un mes por Ginebra es igual, según los últimos cálculos, al número de habi-

tantes que tiene la población, el viajero es atendido, solicitado, mimado y tratado con extraordinario esmero por todas las gentes á quienes encuentra al paso. Verdad es que su dinero le cuesta.

En cuanto sienta el pie en la ciudad, tiene de sobra criados, que le conducen á cómodo albergue.

Mi buena fortuna quiso que, dejándome llevar por una especie de enano misterioso, mezcla de hombre y de perro, mitad francés, mitad loro, que todo viene á ser lo mismo, regordete, cari-llo, un poco bizco, pati-ancho, y vestido con un uniforme que no me explico todavía, fuese á parar al hotel de la Metrópoli, que goza fama de ser el mejor de los mejores.

Parece un palacio el hotel, según es de grandioso, suntuoso, maravilloso y estrepitoso.

En Ginebra todo el lujo está en los hoteles; las casas, los palacios, los templos, parecen pobres al lado de los gigantescos edificios destinados á los viajeros. Son los mejores hoteles de Europa y los más baratos.

Mi primera diligencia al tomar posesión de mi cuarto, situado en el tercer piso, fué abrir de par en par la ventana. El lago Lemán venía casi á besar los pies del edificio.

¡Una ventana sobre el lago! Era casi un capítulo de Walter Scott.

Los séres tristes y melancólicos no deberían



ver nunca ni crepúsculos, ni lluvias, ni nieves, ni lagos.

Porque el lago atrae más que el mar y más que el abismo.

Porque tiene toda la dulzura de la melancolía y toda la calma de la tristeza.

Se extiende y va lejos como un pensamiento doloroso.

Arrulla como los pájaros de la noche.

Incita á la contemplación y forma cadencias al recuerdo.

Toma colores sombríos al caer de la tarde, y tiene toda la murmuradora sonoridad del mar, sin tener ni la grandeza del mar ni su bullicioso movimiento.

Es el mar muerto.

Haciendo éstas ó parecidas reflexiones, se vino la noche encima.

Y al acompasado són de las tranquilas aguas del lago, me fuí quedando en pelota y me acosté y me dormí, con el permiso de ustedes.

---

---

## XXIII

### Paseo por las calles.

**G**INEBRA es bonito por fuera, estrecho y tortuoso por dentro.

Es una especie de posada donde el viajero que ha de subir y bajar por las vecinas montañas se detiene breve espacio de tiempo; por consiguiente, impórtale poco que la población tenga ó no mucho que ver.

Exceptuando la *Corraterie*, las *Calles Bajas* y la calle del Ródano, que son tres magníficas calles, lo demás vale poco.

Hay, sin embargo, en la población un movimiento particular que no se parece al de las grandes capitales ni al de las capitales de provincia. Se adivina que la población es pacífica, y á pesar de eso, la gente abunda que es un portento.

Todo quedará explicado repitiendo lo que

antes dije y que me fué contado por el camarero del hotel de la *Metrópoli*.

Ginebra tiene sobre cuarenta mil habitantes; cada mes pasa por Ginebra igual número de forasteros.

Es decir, que el movimiento que allí se nota es un movimiento con el cual nada tienen que ver los ginebrinos.

---

En el mismo lugar donde comienza el lago, y entre las dos orillas, se ve la isla de *Rousseau*, pequeño paseo cuajado de árboles frondosos.

En el centro se eleva la estatua del filósofo ginebrino.

Dicen que es obra de Pradier. No lo dudo; pero lo que tengo por cierto es que á los forasteros no les suele causar gran impresión la estatua.

Ó está empequeñecida la figura, ó lo parece.

Ello es que al oír *Rousseau*, el viajero presiente una estatua tan colosal, tan fuera de lo natural como lo era el personaje; y sin embargo, cuando se llega cerca de la isla, parece más ideal y más *seductora* la isla que la estatua.

La posición, el color, la distancia... todo parece mal dispuesto.

Verdad es que hay nombres que predisponen

mucho y que el arte no puede llegar á la reputación. Tiene más tamaño el nombre que la representación de la figura.

Tratándose de personajes eminentes, muy lejos de nosotros, ó muertos, la imaginación los agranda de una manera inexplicable.

Y la escultura no puede hacer gigantes de los que en último resultado no fueron más que hombres.

---

En la noche del 11 al 12 de Diciembre de 1602, los saboyanos intentaron sorprender la ciudad y apoderarse de ella.

No pudieron conséguirlo. Los ginebrinos defendieron sus hogares con heróico valor.

En memoria de aquella noche célebre erigieron una fuente monumental á un extremo de la calle de los Alemanes.

El amor á la patria es el mismo en todas partes.

Cuando los *cicerones* de Ginebra enseñan aquella fuente á un recién venido le dicen que fué erigida en memoria de *la lucha más gigantesca del mundo*. Disculpable es la exageración. ¿Quién no exagera sus propias glorias?

---

La vista del lago y las montañas es magnífica.

El Montblanc, coronando el cuadro que ofrece el lago al caer de la tarde, es un espectáculo nunca soñado.

Es necesario ser pintor para poder explicar cuán bello es el espectáculo que la vista devora en silencio.

---

Como lo importante del viaje era la Suiza en sus más salientes detalles, al día siguiente por la mañana salí para Chamounix, el valle de los encantos del alma.

---



---

---

## XXIV

### El Alpstock.

**E**L lector recordará haber visto unas láminas que suele haber de muestra en los escaparates de las estamperías, y que representan la ascensión á los Alpes.

En ellas hay ingleses ridiculamente vestidos, señoras que si no caen, resbalan, y que enseñan las pantorrillas, y viajeros en caricatura que van ascendiendo penosamente ayudados de un palo que tiene un gancho en la punta.

Pues bien, ese palo es el principal elemento del viaje: ese palo, que los franceses llaman *baton ferré*, y que en Suiza se llama *Alpstock*.

En todos los hoteles de Ginebra se venden *Alpstock*, que valen por lo general un franco.

El viajero lo compra, sin saber por qué ni para qué, pero como los camareros y cicerones le

aseguran que sin aquello no podrá ver nada, llega el viajero á convencerse de que en efecto no puede salir de la fonda sin haber recibido el palo.

Da gusto ver á los ingleses con sus pantalones cortos y sus sombreros chicos, y sus señoras cortas y chicas, armados con el indispensable original bastón, que más parece gancho de traperero que otra cosa. Y ello es necesario sin duda alguna porque ¿quién se lanza monte arriba como persona, cuando ni los pájaros creo yo que pueden llegar hasta cierto punto?

El *Alpstock* y el guía son dos cosas que no pueden existir una sin otra. Porque el guía es el autor, y el *Alpstock* el editor del viaje.

Llega el viajero á un punto cualquiera; el guía le explica lo que hay delante, lo que hay detrás, lo que hay debajo y lo que hay encima. Pero como estas explicaciones son largas, y como el viajero no las recordará, es necesario que las lleve consigo.

Para eso sirve el palo bien hallado.

A cada nuevo paisaje que recorre, y á cada guía que encuentra, el viajero entrega su palo al guía, el cual con un hierro candente graba en la madera el nombre del país, del paisaje y aun del paisanaje.

Cada uno de estos *testimonium præsentiae* vale un franco.

De este modo, al fin del viaje, un palo grosero

que cuando se compró no valía nada, queda transformado en bastón ilustrado que vale un puñado de napoleones y que tiene su historia como un caballero.

Y de este modo el viajero puede llevar á su país natal una edición, en bruto, de sus impresiones de viaje.

Solamente puede ocurrir una cosa, que el palo, por lo que tiene de largo y de pesado, le incomode para viajar, en cuyo caso puede hacer lo que yo, que harto de ir de vagón en vagón, con el garrote al hombro, renuncié al placer de enseñarlo á mis amigos, y se lo regalé á un viajero portugués que venía á bordo del buque que me volvió á España.

El portugués lo agradeció muchísimo y contaba á todo el que le quería oír, el regalo que yo le había hecho.

Y ¡oh, mengua del derecho internacional! Cuando aquel hombre contaba que un español le había dado un palo, todo el mundo lo celebraba.


---

---

---

## XXV

### El valle de Chamounix.

 Y, Antonio Trueba, poeta de los valles y de las aldeas, qué buenas cosas dirías si te trajeran con los ojos vendados á este lugar y de pronto te arrancaran la venda!

Comenzarías á cantar cada flor, cada rome-rito, cada planta helada, cada zarzal y cada aldeana, que las hay de muy buen ver. A cada casita blanca que vieras en la falda de una colina echarías por esa bendita boca palabricas dulces y formarías un manojito de azucenas y de rosas de Alejandría.

Pero yo te aseguro que si al acabar la segunda copla no estabas con el agua al cuello y en remojo, me dejaba yo cortar las orejas.

¡Ay, vallecito de Chamounix, vallecito de mis entrañas! ¡No te quisiera tan llorón ni tan pegajoso! Que cada vez que me acuerdo de lo

fresco que me has dejado, paréceme que se me pega al cuerpo la camisa.

¡Cómo me gustaban á mí en Madrid los días lluviosos! Extasiado me pasaba las horas muertas detrás de los cristales de mi ventana viendo caer el agua, pesada, monótona, candenciosa y refrigerante. Me producía una somnolencia grata la contemplación de ese velo que la lluvia forma al caer, y el olorcillo incomprensible de de la humedad, y el fresco que se infiltraba por los cristales, y la noche que venía más pronto, y el chisporroteo de los troncos de la chimenea me producían el más encantador *spleen* que hayan soñado los más célebres desdichados de la tierra.

Poco á poco cerraba la noche, el azul del cielo era más oscuro, el silencio mayor, la lumbrere del fuego servía de luz al cuarto, se proyectaba en la alfombra la sombra de los muebles, dibujándose en los cristales las llamas de la chimenea, y entonces ya no era posible ver el velo que la lluvia formaba, pero en cambio se oía el ruido del agua sobre las piedras de la calle. Ruido monótono, música agradable, invitación al sueño, compás del recuerdo. ¡Ay, qué deliciosas tardes de invierno y que sopor tan acariciado!

Me encantaba la lluvia entonces.

Era una buena amiga que venía á interrumpir muchas salidas falsas.



Era un obstáculo para salir del hogar doméstico.

Convidaba á recordar tantos sucesos y excitaba á pensar de tantos días que iban á venir....

El corazón parecía bañarse en ella.

Y aquella era la lluvia de los valles. La poética lluvia de los valles.

La lluvia benéfica de los campos.

La lluvia del cielo.

La imaginación voladora se trasladaba en aquellas tardes á un vallecito muy pintoresco, se colocaba debajo de un árbol y contemplaba extasiada la lluvia bienhechora.

Estos viajes apócrifos de aquella imaginación mía, dieron por resultado un viaje á los valles.

Acabo de recorrer el de Chamounix, empapado en la benéfica lluvia del cielo.

¡Oh, valle! ¡Oh, lluvia! ¡Oh, cielo! ¿Quién dijera que lo que tan encantador pareció cuando soñado, fuese, cuando cierto, tan enojoso y triste?

Sálese de paseo á ver el campo. El paisaje es pintoresco de verdad pero el sol.... ¡oh! parece un sol convaleciente. Levántase apenas, aparece un instante, retírase á poco y la triste neblina envuelve durante el día la comarca. Dijérase que amaneció el día nublado y que el tiempo se detuvo, y que el día no siguió su camino de horas. Parece rocío la menudísima lluvia.

A medida que se va adelantando se encuentran viajeros sin cuento.



Los ingleses van satisfechos; bien lo entiendo.

El guía va describiendo el camino, ensartando los nombres propios á millares, y señalando á derecha é izquierda. Su cariñosa conversación constituye una bondad de alquiler, ó como si dijéramos, doce francos de amabilidad por día.

A cada paso va uno encontrando las más encantadoras aldeanas que podía figurarse antes de pasar por allí.

Son lecheras. Y además de vender un poco cara la leche que uno toma, suelen ser tan amables, tan sumamente amables, que hay viajeros españoles y franceses cuya permanencia en el valle se prolonga más de lo necesario.

Hay que confesar que el valle es encantador. Por do quiera que se tienda la vista, el *Mont-blanc*, dominándolo todo, impregna, digámoslo así, el alma, de grandeza y de majestad.

Según la expresión de un viajero, se siente terror de admiración al contemplarlo por vez primera.

La ascensión importante en esta excursión al valle de Chamounix, es la de la *Flegére*.

Una vez colocado en la cúspide de aquel monte gigante, el hombre se reconoce pequeño y débil.

A un lado una vegetación tropical, extraordinaria.

Al otro lado el *Mer de glace*, es decir, la naturaleza muerta, el hielo por todas partes.

Es un contraste delicioso, que recomiendo á los poetas y á los aficionados á subir sin descanso.

Este viaje tiene un doble encanto. Al subir á lo alto de la *Flegére* puede uno morir de coscorrón si hace la excursión á pie, ó de testarazo si la hace á caballo.

Y al bajar le puede ocurrir muy fácilmente lo que á los niños salvados por D. Fermín Peralta en el estanque del Retiro.

Solamente que ni aquello es un estanque, ni abundan los Peraltas. (1)

---

(1) Alúdese al hermoso rasgo de abnegación que elogió España entera cuando un joven estudiante de medicina al ver caer, roto el hielo, en el estanque del Retiro á dos niños, se arrojó inmediatamente á salvarlos, y lo consiguió exponiendo su vida (1867).

---

---

---

## XXVI

### Carta á un amigo de confianza.

**M**E preguntas si me divierto. No lo sé. Lo que sé de seguro es que no descanso un instante: que todo se me vuelve ir de acá para allá, salir de un vagón para meterme en otro, pagar un duro por dos reales y perder en cada excursión alguna parte importante del equipaje.

Me preguntas también por las páginas de mi libro y por el orden que pienso darles.

Desde que salí de Ginebra ya no he podido escribir con orden ni concierto.

Cuando me disponía á describir á Laussane, una bonita población á orillas del lago, me ví precisado á meterme de prisa y corriendo en el vagón para ir á Berna.

Cuando quise escribirte desde Berna, la cam-

pana de una estación me obligó á tirar la pluma y echar á correr como un loco.

Llevaba conmigo las cartas de recomendación de nuestros queridos suizos. ¿Crees tú que era posible acercarse á Poschiavo?

El cólera diezma las poblaciones de Italia, y se va internando por la pequeña frontera que forman Cólico, Como y otros pueblecitos de por acá.

—¿Cuánto tiempo necesito para ver la Suiza? le pregunté en Barcelona á un caballero que había estado en este delicioso país.

—Diez días, me contestó.

Yo no podía detenerme más que doce.

Llevo trece de correr sin parar y apenas he visto media docena de vericuetos y de picachos.

¡Y viajo solo!

¿Sabes tú lo que es viajar solo?

Pues es aburrirse, pasar los días sin hacer uso de la lengua para nada, adivinar los países y las personas, y ponerse triste á cada momento.

Si vieras tú qué cosa tan divertida es meterse en una especie de cajón forrado de lana, y pasar catorce, diez y seis ó veinte horas embalado como una mercancía, dando tumbos y retumbos, sin sol, sin luz y sin moscas, tomando aquí aire, allá lluvia, más lejos polvo; conociendo de cuando en cuando personas que hablan mal ó callan peor, y esperando el delicioso momento de llegar á un pueblo donde no conozca uno á nadie,

donde le envenenen á mansalva, y donde le hagan salir aliviado de peso y con las manos medidas en los bolsillos!

¡Alabado y bendito sea el momento en que se me ocurrió salir de mi casa y darme un atracón de paisajes y cosas así, que maldito si necesitaban de mi presencia y maldito si á mí me hacía falta *atravesarlos* sin que me hayan dado motivo para ello!

¡Bendita y alabada sea la hora en que tuve la feliz ocurrencia de emplear dinero en cosa tan útil como andar de un lado para otro con el trascendental objeto de ver lo que sucede en todas partes!

Héme aquí, Dios sabe á cuántas leguas de la patria, hecho un caballero particular, preguntando cosas á gentes que tienen el honor de no entenderme, y recibiendo de esas apreciables gentes respuestas que no tengo la honra de entender, ni quiero.

Héme aquí en un cómodo hotel, donde el viajero puede hablar todos los idiomas que quiera, menos el suyo, y donde los camareros conocen todos los idiomas del mundo, excepto el del viajero con quien tienen que hablar. ¡Oh, admirable concierto de las cosas humanas!

Antes de salir de España tenía el presentimiento de que los viajes *de placer* enseñaban mucho.

Hoy tengo la seguridad, por ejemplo:

Enseñan á no viajar más que una vez.

Enseñan á sentir haber viajado la primera.

Enseñan á desvanecer el dinero como si fuera humo.

Enseñan á pagar caro.

Y á comer de prisa.

Y á dormir poco y sobre duro.

Y á desear la vuelta á la patria, como se desea la vuelta de una onza.

Mañana debo emprender una bella excursión á pie.

Me duelen los pies, estoy cansado, los terrenos accidentados me cortan la respiración.

Pero no importa.

¡Cómo me voy á divertir!

Iré contándote lo que vea, sin orden ni concierto.

---



---

---

## XXVII

### Rige-Kulm.

#### I

**H**AY cerca de Lucerna, y á la friolera de 1.800 metros sobre el nivel del mar, un *grupo* de montañas, que para dispersarle por la fuerza armada habría que pensarlo seriamente. Este grupo se llama el *Rigi* en lengua alemana de la que hablan en Suiza.

Rodéanle tres lagos, y está cubierto, en su totalidad de césped y yerba parda, que le dan cierto aspecto de señora gorda vestida de verde-oscuro.

Tiene, como todas las montañas del mundo, su poquito de tradición respecto á una virgen que se apareció allí hace muchos años. No necesito decir más para probar á ustedes que aquellas montañas están hechas según todas las reglas del arte.

Cuando el viajero llega al pie de *aquello* y mira hacia arriba, el corazón se le conmueve, el alma se le agita, y le entran unas ganas de volver pies atrás que no hay más que ver. ¡Dichosos los que hemos sentido tan dulces emociones!

¿Pero que se diría si el viajero no asegurara á los naturales del país, y aun á los que no sean naturales, que el paisaje le parece encantador, y que está deseando subir al monte sin pérdida de momento?

Desde que uno sale de su casa deja de ser hombre, y forma parte de una corporación, de una familia, de una profesión especial; deja de ser hombre, y comienza á ser viajero. Debe, pues, dominar en él el espíritu de cuerpo, y no ha de disgustarle nada.

¡Arriba, pues, á la cima más alta!

La cima más alta se llama *Rigi-Kulm*.

Para llegar á ellas según las *Guías* y según los naturales, se necesitan tres horas y pico. Los picos en Suiza, según vengo observando, se parecen á los meses de España. El viajero, bajo mi responsabilidad, subirá á la cúspide deseada en horas.

Suponiendo que salimos de Arth, comenzaremos la ascensión á pie.

¡Qué hermoso es viajar á pie! La blanca piedra que se clava en los pies; la zarzamora ó cualquier otra cariñosa planta que araña al pa-

so; el aire fresco que viene á meterse por boca y narices, cortando la respiración, y la menuda lluvia que le pone á uno en disposición de ser planchado cuando llegue arriba, cosas son todas que no se olvidan tan fácilmente.

Lo primero que se ve es la capilla de San Jorge; en seguida, y á la mano izquierda, se encuentra el pie de la montaña. Ya ha andado el viajero media hora. Ya no tiene más que hacer sino *empezar* á subir.

Bien pronto se encuentra una cascada que se precipita de la manera más ruidosa. Después se atraviesa una pradera. Luego otra. Ya estamos en Kasgatterli.

Kasgatterli, palabra cuya pronunciación dejo á gusto de ustedes, es una linda cabaña, cuya copia existe en todas las decoraciones de selva de los teatros de Madrid. En aquella cabaña está almacenado el queso que fabrican los naturales. Se sigue andando; á poco trecho hay otra cascadita para los aficionados; después continúa uno marchando, y poco después se pierde.

Fiado en una *Guía*, comprada en Ginebra, que me aseguraba completa seguridad de encontrar gente en el camino, me lancé, decidido y solo, monte arriba. ¡Incauto!

En lugar de continuar el camino recto, seguí por un sendero que ví á la derecha. Es indudable que cuando se encuentra un sendero,

éste atrae, y parece que convida á entrár por él.

Por fin, y al cabo de vueltas y revueltas, logré encontrarme entre diez ó doce viajeros que, caminando en dirección opuesta á la que yo llevaba, vinieron á colocarse junto á mí. Ingleses en su mayor parte, acompañados de guías y de *Alpstock*, marchaban sobre seguro, y volví con ellos. Me encontré de nuevo en la cabaña del queso, y allí tomé un guía.

Es la gran ventaja de la Suiza. De cada piedra surge un guía cuando hace falta. Además, si bien es cierto que el guía cuesta caro (por más que antes de salir de España le aseguren al viajero que le costará barato) tiene la ventaja de que va describiendo el camino admirablemente. Verdad es que el viajero suele no entenderle la mitad de lo que dice, pero la otra mitad se le puede adivinar por el movimiento de los labios, verbi-gracia.

Pasada la cabaña se llega á una especie de posada de limpio aspecto, que no estoy seguro si se llama *Unteres-Dechli*, donde se puede y se debe comer algo. Hay un queso excelente, y se reunen allí viajeros y viajeras de variadísimo aspecto.

Desde allí se divisa todo el valle de *Goldau*, el lago de *Lowerz* y los alrededores de *Schwyz*. La vista es bonita, y sobre todo si el tiempo está sereno.

A poco rato, y después de pasar por junto á una porción de ermitas, estamos en mitad del camino.

Cuando oigo hablar á los ingleses, decía yo hace mucho tiempo, es cuando creo que hay perros con dón de la palabra. Ahora que les veo hacer estas ascensiones á pie, me ratifico en lo dicho. Por mi parte, ya he concluído de andar.

Delante de la ermita de Santa María de las Nieves tomé un animal, término medio entre el mulo y el borrico, que tuvo la paciencia de subir, y subir y subir, llevándome sobre sí, después de haber hecho otro tanto sabe Dios con cuánta gente.

Pasamos por un sin fin de puntos, cuyos nombres se me han olvidado ya, y después de ver Kusnacht, Inmensée, Waggis, viendo aquí grupos de castaños, aguas que caen de gran altura, ermitas hasta la saciedad, y vaqueros, y lecheros, y queseros, y gente mofletuda, y todo género de piedras y guijarros, quisieron la Providencia, el guía y el borrico, que llegáramos á la cima de la montaña.

¡Alégrate, corazón estúpido! ¡Date por satisfecha, imaginación coqueta y caprichosa! Aca-bo de traeros á realizar uno de vuestros sueños. Estamos en uno de los puntos culminantes de la Suiza, á unas cuantas gruesas de leguas de nuestro cuarto tercero de la calle de



Cervantes, y á punto de ver ponerse el sol por detrás de las blancas cimas de los Alpes. ¡Dichosos vosotros que gozáis así! Por lo que á mí toca, me voy á acostar hasta el amanecer, y salga el sol por Antequera, ó por donde le parezca más natural, decente y oportuno.

## II

—¿Dormir dijiste, incauto joven?

—Dormir, dije, pero me equivoqué de la manera más lamentable.

El hotel está lleno, completamente lleno de viajeros. Es imposible acomodarse en él á gusto. Para un viajero observador, el cuadro que ofrece el hotel no puede ser más animado. Todas las clases de la sociedad están representadas en aquel espacio. Allí se oye hablar en todos los idiomas del mundo conocido; desde el elegante *parisien* que hablan las viajeras francesas, hasta el hotentote que chapurrean los camareros. Los tipos abundan de una manera tal, que la vista y el deseo se confunden y marean, viendo aquí un alemán grave y sesudo, embutido en un gabán ceniciento, con un paraguas debajo del brazo, un libro en la mano izquierda y los anteojos en la frente; allí un joven italiano de largas melenas negras, sombrero de paja con cinta azul, traje blanco, el



abrigo sobre el brazo y la pipa en la boca; acá un matrimonio francés, el marido seco y estirado, la mujer gorda y diminuta, y el perro de Terranova oliendo el suelo y meneando la cola; allá un grupo de amigos que viajan juntos y se divierten con cualquier cosa, y se burlan entre ellos de todo el mundo, y tararean una danza habanera; más lejos un *yankee* descomunal, especie de gigante con patillas y sin bigote, que va acompañado de un secretario que parece una mosca vestida al uso de los hombres; en este lado una pareja de *suizos de chaqueta*, que también se permiten viajar como si no conocieran el terreno; al lado opuesto mujeres coloradas, muchachos que gritan, ingleses en número infinito, inglesas *espantables* vestidas de corto, saboyanos charlatanes, artistas italianos, pintores de todos los países, y completando el conjunto, camareros que vienen y van, y van y vienen, y á éste sirven y al otro le señalan su aposento, y al de más allá le preguntan qué quiere, y á todos hablan y á ninguno atienden. No es posible imaginarse concierto más desconcertado, ni emoción más atroz, ni encanto más fastidioso.

¿Y á qué hemos venido aquí todos, altos y bajos, grandes y chicos, ricos y pobres, ingleses y hombres? ¿Qué sucede aquí? ¿Qué hemos venido á ver? ¿Qué hay de nuevo, y qué es esto, y á dónde vamos á parar, y en qué quedamos?

La multitud aquella lo explica como explicaba el filósofo el movimiento. Andando.

Todos, en cuanto llegan y dejan concertada la manera de dormir aquella noche, salen corriendo como locos, y se colocan en la explanada del monte, es decir, en pleno *Rigi-Kulm*, en lo más alto. ¡Han venido... á ver ponerse el sol!

¡Diga luego la moderna sociedad que la prosa domina en nuestros materializados espíritus! ¡Diga el mundo vocinglero que no existe el sentimiento de lo bello, y que apenas quedan en este bajo mundo cuatro duros y medio de poesía! ¡Mentira, calumnia, infamia, maledicencia! Aquí estamos todos, en la cumbre del Rigi, mirando cómo se pone el sol, y estamos gozando de una manera tal, que no hay por donde cogernos.

¡Cómo debe pavonarse el sol viéndonos á todos aquí reunidos por él, traídos por él, fija la vista en él, esclavos de su paso! Los viajeros que se han retrasado suben precipitadamente, y sin entrar en el hotel, escalan la colina. Siéntanse unos en el suelo ó sobre el saco de noche; empínanse otros sobre las puntas de los pies, como si los que están delante fueran más altos que el astro del día y le cubrieran; el amigo cariñoso pasa el brazo sobre el hombro de su amigo; la esposa coge una mano del esposo y señala con la otra al cielo. Todas las cabezas están en la misma posición, todos los labios se mueven, todos los dedos marcan algo, y el sol sigue sin

hacer caso de los que miran. Ya se va ocultando, ¡ya pinta! ¡qué colores sabe hacer tan imposibles! ¡Qué tintas tan nuevas, qué mezclas tan inesperadas!... Ya se hunde, ya se hunde más, ya no se ve más que medio, ya sólo se ven rayos... ahora no más que resplandor... un poco de luz... un poco menos... ¡agur! ¡Buenas noches!

—Ea, dice cada uno para sí, ó al compañero, si lo tiene: á cenar, y á la cama.

Aquí empieza de nuevo el trasiego y la jarama. Todos los cuartos están ocupados, y á pesar de eso, todos los viajeros quieren dormir por su dinero. Comienzan á aparecer camas, colchones y demás cosas necesarias para el reposo. En el comedor duermen treinta personas, en los pasillos cincuenta, en el patio, en el palomar, hasta en la cocina. ¡Qué placer el de los viajes de ídem! ¡Qué noches, y qué camas, y qué sueño!

¿Dormir dije? Dios me lo perdone. Ante las noches suizas, las toledanas me parecen encantadoras.

A todo esto, una especie de energúmeno sensible, mitad músico y mitad oso, ameniza la noche con cierto instrumento, que creo llaman por acá corneta de los Alpes y que no deja de tener buen sonido *hasta cierto punto*. El instrumentista sabe tocar dos cosas, que yo traduzco: *el alba y el crepúsculo*, ó como si dijéramos *diana y retreta*.

Apenas logra uno conciliar el sueño, y eso que no hay conciliación posible, la corneta rompe de nuevo, y empieza de nuevo el jaleo y el ir y venir.

—¡*Le soleil! le soleil! L'aube!* gritan los franceses dando alaridos de placer.

¡El gran espectáculo! Ha llegado el gran momento, y es preciso saltar de la cama y volver á la cima del monte á ver si el sol continúa sin novedad ó si se le ha helado la nariz durante la noche.

Aquí el cuadro varía, á pesar de que las figuras son las mismas de la tarde anterior. Los viajeros acuden con unas caras... ¡ay! ¿por qué me acuerdo de aquellas caras? La mala noche y la fealdad insistente de aquellas inglesas de mis pecados, resaltan por la mañana de un modo escandaloso. Ellos... ellos están *fusilables*. Como todos nos despertamos de pronto y creímos llegar tarde, todos salimos en estado natural, y ¡es claro! no hay caricatura posible á nuestro lado. Quién sale medio vestido, medio desnudo; quién envuelto con la manta de la cama y con zapatillas. El viajero de buen humor procura salir de la manera más ridícula posible; el grave está más ridículo cuando más cuidadoso. En una palabra, la cima del monte parece que indica que alguien ha entrado á saco en el purgatorio y venimos huyendo.

La salida del sol es *un breve instante*, como dicen los poetas de medio pelo. Un debilísimo crepúsculo hacia la parte del Este va apagando el brillo de las estrellas; bien pronto una banda de fuego se destaca en un horizonte inmenso; los picos de los Alpes, blancos hace un momento, se van tiñendo de color de rosa; poco á poco se va iluminando aquella inmensa extensión que hay á nuestros pies, y comienzan á dibujarse los valles, las colinas, los pueblos, las plantaciones, los lagos; y de pronto aparece el sol radiante y esplendoroso, y un torrente de luz inunda el paisaje.

Diez minutos después comienzan á elevarse vapores del fondo de los valles; cinco minutos más tarde, los vapores se condensan formando nubes; y estas nubes que se van elevando con calma hacia nosotros, nos ocultan el paisaje, y nos dejan aislados entre el cielo y su espesa gasa. En seguida la humedad comienza á filtrarse en la piel del viajero, inmediatamente el viajero paga por no haber dormido, y un cuarto de hora después el viajero empieza á deshacer el camino, filosofando en éstos ó en otros términos:

¡Oh! ¡He visto ponerse el sol! ¡Oh!

Lo he visto salir... ¡oh!

Y observo que sale lo mismo que en Madrid...

¡Oh!

Y veo que estoy cansado... ¡Ay!



Y que he madrugado mucho... ¡Oh!

Y que estoy dolorido y asendereado y molido.

¡Oh! pero no importa. ¡Indudablemente he debido ser muy feliz, y si no lo he sido, yo me tendré la culpa!

---



---

---

## XXVIII

### Medio baratisimo de viajar por Suiza.

**L**ECTOR, ¿quieres creerme bajo mi palabra?  
Prometo enseñarte el medio de co-  
nocer la Suiza sin moverte de tu casa.

Y es probado.

Supongamos que estás en el patio de tu casa en este momento.

Muy bien. Hazme el favor de subir hasta el entresuelo del modo que más fatigoso te sea. Coge, verbi-gracia, una silla en una mano y una mesa en la otra.

¿Has llegado al entresuelo? Te has cansado un poco ¿verdad?

Perfectamente. Cierra los ojos y figúrate que estás viendo el estanque grande del Retiro, sin balaustrada y sin orillas.

Ahora baja otra vez á la portería.

No te sientes. Estos viajes se hacen sin des-

cansar y fatigándose todo lo posible, para mayor encanto. Quiero que subas ahora hasta el piso tercero sin detenerte y llevando al hombro cualquier cosa que produzca una molestia equivalente á la que te produciría el piso de la escalera si fuese de guijarros.

Una vez en el piso tercero, cierra los ojos y figúrate que estás viendo una decoración campestre de Ferri y Busato.

Mientras te entretienes así, me permitirás que desde el sotabanco y con una regadera llena de agua te ponga yo como una sopa. Es la menuda lluvia de la Suiza.

Ea; abajo otra vez.

Ahora sube sin pararte hasta el sotabanco.

Si estás ya en el sotabanco, no cierres los ojos, que yo en el patio voy á mandar quemar una estera para que suba el humo hasta tí, formando una nube que te impida ver lo que hay debajo.

No ves nada, ¿eh? Pues ten la bondad de bajar á la portería.

Ahora vámonos hasta la bohardilla. ¡No te páres!

Recorre la bohardilla y ten la bondad de figurarte que tienes á tus pies un trozo de la campiña de Aragón, la huerta de Valencia, los alrededores de Granada y las montañas de Cataluña.

Ahora súbete encima de una silla.

Figúrate lo mismo que antes.

Inmediatamente te quiero ver encima de la mesa.

Hazme el favor de hacer idéntica suposición.

Baja.

Vamos á ver ahora cómo te me pones encima del armario.

¡Bravo! Sigues viendo lo mismo.

Baja al suelo, y cáete y hazte daño.

Ahora baja otra vez á la portería.

¿Te has enterado bien de todas las subidas y bajadas?

Pues repítelas tres veces, que yo te acompañaré con una regadera y un fuelle para que no pierdas ni el encanto de la lluvia constante ni el airecito, que es muy sano.

Puedes beber un vaso ó dos de leche cada vez que subas ó bajas.

Y puedes en seguida decirme si tienes ganas de volver á hacer más ascensiones.

¿No?

Me alegre, de veras. Porque serías muy bobo si teniendo en España campiñas deliciosas, huerta encantadoras, frescas montañas, abundantes ríos y una vegetación y un cielo como no hay otros en el mundo, quisieras ir á calarte los huesos día y noche, y á tomar el fresco subiendo y bajando, y á conseguir aborrecer de muerte á toda mujer que se llame *Ascensión*, y á volver á España diciendo que te has divertido

mucho, cuando lo que has hecho no ha sido más que ir y venir facturado como un bulto y harto de trenes, vapores, diligencias, machos, ingleses, borricos, guías, camareros, comidas de fonda, chocolates, transportes y aguas man-sas, que libreme Dios de ellas.

Lector:

Créeme bajo mi palabra:

¡Viva España!

FIN DE IMPRESIONES DE VIAJE

LA CARTA VERDE





---

---

## LA CARTA VERDE

### I

**E**s imposible que haya en el mundo un marido más celoso que el pobre León: León no come, no bebe, no duerme, no fuma, no escribe, no lee, no hace nada absolutamente. Y todo por vigilar á su señora. Crean ustedes que el pobre León tiene todo el infierno y parte del purgatorio dentro de su alma. Estaba gordo, y se va quedando como un fideo; tenía buen apetito, y hoy no come ni media docena de garbanzos al cabo del día; fumaba, y... en una palabra, el pobre muchacho no puede vivir dos años si continúa teniendo ese pícaro gusano que le roe el corazón sin piedad. ¡Es una lástima!

Tiene una mujer... ¡¡qué mujer!! con unos ojos... ¡qué ojos! con una boca... ¡qué boca! con

unos pies... ¡ay qué pies! En una palabra, su mujer es un gran bocado. Naturalmente, León, que lo sabe, teme que el bocado abra el apetito á cualquier español aficionado á la pesca de lo vedado, y... figúrense ustedes cómo vivirá el pobre muchacho!

De nada sirve que todos le digamos: «León, tu mujer es honrada.» Responde que ya lo sabe; y ¿qué va uno á decir al oír esto? Si él sabe que su mujer es incapaz de faltar á sus deberes de esposa y á pesar de esto la vigila, y la asedia, y no puede vivir en paz... hay que dejarle ¡y á ver como no revienta!

Muchos episodios de la vida matrimonial de León pudieran ser trasladados al papel para escarmiento de niñas casaderas, pero baste uno; que para muestras basta un botón, y á veces sobra. Vamos al asunto.

## II

Seis días hacía que León y su mujer no habían tenido ningún altercado, cuando los periódicos anunciaron el estreno de una zarzuela nueva.

—Lola, ¿quieres ir esta noche á la zarzuela? dijo León á su esposa.

Lola, que hacía un año que no había estado en el teatro, gracias al disgusto que hubo en

casa la última vez que estuvo, vió el cielo abierto y respondió:

—Sí, tendría gusto en ir esta noche.

—Iremos.

Y León salió á buscar dos butacas.

—¡Qué cosa más rara! decía para sí Lola. ¡Invitarme á ir al teatro! Ó mi marido se ha *resellado*, ó trama algo contra mí.

Pero la verdad es que León no había pensado ni en lo uno ni en lo otro.

León se había propuesto vencerse á sí mismo, entrar en lucha campal con su corazón: y principió por hacer un alarde de valor llevando á su mujer á uno de los sitios donde él creía que había más peligros.

Tomó, pues, las dos butacas, y volvió á su casa demostrando en su semblante una alegría que á Lola le extrañó mucho.

Eran las seis y media de la tarde; la sopa estaba en la mesa, y marido y mujer comieron con muy buen apetito; como dos personas que están completamente satisfechas.

A los postres, León hizo café en la maquina que había comprado el día de su boda, sirvió una taza á Dolores, se tomó él dos, fumó... ¡hacia dos meses que no tenía gana de fumar! obligó á su mujercita á sentarse junto á él delante de la chimenea, y le contó el argumento de *Il ballo in maschera* que Dolores no había podido saber hasta entonces.

En esto se pasaron dos horas, y era ya la que en los carteles del teatro de la Zarzuela se había fijado para principiar la función.

—¿Ea, queridita, vamos?

—Vamos.

—¿Estás ya vestida?

—Sí, desde esta tarde.

—Me alegro. Cuando quieras.

—Espera; voy á tomar mis guantes. Tomasa tráigame usted mis guantes que están sobre el velador de mi cuarto. ¿Hace frío, León?

—Sí, hija mía, abrígate, que está la noche muy cruda.

—Debían haberla cocido.

—¡Hola! ¿Estás de bromita, eh?

—¡Psth! Te veo tan amable...

—¡Pues no faltaba más! ¿Pero hija, te traen esos guantes?

—¡Tomasa, me trae usted eso!

—No están, señorita.

—Aguarda, León, voy yo por ellos.

—Deja, yo iré. ¡Qué torpe es usted, Tomasa!

—Pero señorito...

—¡Qué señorito ni qué ocho cuartos! ¿No los está usted viendo?

—Toma Dolores, y vamos pronto, que es ya tarde.

—Vamos; Tomasa, que no abra usted á nadie.

—Está muy bien, señorita.

—Si tardamos en venir no se duerma usted, ¿eh?

—Está muy bien, señorita...

—Y si acaso cierran la puerta...

—Pero hija de mi alma, ¿acabarás de una vez?

—Dispensa, León, dispensa, pero como esta chica es tan torpe...

—Ea, ¿vamos?

—Sí, anda.

—¡Gracias á Dios, mujer!

—Pero anda tú de prisa...

—Eso es, ahora mete prisa tú, después que...

—¡Vamos, hombre!

—Vamos allá. ¡Demonio de mujeres!

### III

El teatro estaba de bote en bote, como suele decirse. Había, como siempre, muchos pollos, muchas niñas en estado de merecer, y muchos autores dramáticos. Había ya comenzado la función cuando Dolores y su esposo entraron. Naturalmente todas las miradas se fijaron en ellos, en beneficio de la esposa y en perjuicio del autor de la zarzuela. León, sin saber por qué, se puso colorado y rechinó un poco los dientes. Tal vez conservaba reminiscencias de aquella enfermedad moral que tanto le había mortifica-

do. Pronto se calmó y se dispuso á oír la música de Gaztambide.

Durante el primer acto, esposo y esposa se dirigieron mutuamente la palabra, rieron cuando vieron que se reía todo el mundo y dijeron como es costumbre entre la gente que adquiere con una butaca el derecho de tratar mal á un autor:—Me va pareciendo bastante soso esto.

Un poco antes de comenzar el concertante que daba fin al acto primero, León dirigió maquinalmente la mirada hacia el segundo piso, y ¡oh rabia! vió unos gemelos fijos en la dirección en que él estaba.

Le dió un vuelco el corazón. — Aquel hombre que mira hacia aquí,—pensó—no me mirará á mí, seguramente. Luego mira á mi mujer. Primer síntoma.

León miró descaradamente al espectador de los gemelos. Tal fué su insistencia en poner *carácter* al individuo aquel, que Dolores hubo de notarlo y dirigió la vista hacia el mismo punto que su marido. Éste que comenzaba á ser de nuevo presa del gusano de los celos, miró á su mujer y... ¡oh desesperación! vió que su mujer miraba al espectador descarado. Segundo síntoma.

El hombre de los gemelos sonría á la par que miraba. León le observó y miró á Dolores. En aquel mismo momento había dicho Caltañazor una gracia y Dolores sonreía. ¡Ciertos son los



toros! dijo el pobre marido ¡Se han entendido! Síntoma tercero.

El acto primero concluyó entre aplausos. Dolores dijo á su marido:

—¿Ha estado gracioso, verdad?

León, colorado como un pavo, respondió:

—¡¡Sí que ha estado gracioso!!

Y al querer volverse de espaldas á su mujer, le metió un codo por un ojo á un pollo y le rompió el cristal derecho de los quevedos. El pollo le dijo *animal*, y León tuvo impulsos de meterle el sombrero hasta las cejas; pero pensó que si se trababa de palabras con el pollo, tal vez se vería precisado á *salir á otra parte*, como es uso y costumbre de los que se traban de palabras en sitios públicos. Aguantó pues, el insulto, y todavía dijo *usted dispense*, mientras el otro repetía por lo bajo:

—¿Se ha visto un bárbaro semejante?

Como se ve, León se había olvidado de los propósitos que había hecho. Estaba entregado de nuevo á la fatal pasión que le destrozaba el alma.

Esta consideración, que él hizo en un momento de calma que tuvo al ver al espectador de los gemelos mirando á otra mujer que le hacía signos incomprensibles con los dedos, le puso en el caso de considerar que tal vez había tocado el violón al sospechar que su mujer estaba en inteligencia con el hombre del segundo piso.

—¡Bah! dijo para sí. Estoy loco, ¡pobrecita Dolores!

Un amigo suyo se acercó en tal punto á los esposos. Saludó á Lola, apretó la mano á León y se sentó junto á la esposa de éste en una butaca que había dejado desocupada un fumador demasiado poseído del vicio del tabaco.

León volvió á hablar consigo mismo.

—¡Qué buena ocasión, dijo, la que ahora se me presenta de probarme! Si me dejo llevar de mi carácter celoso, fuerza es que no me mueva del lado de mi mujer, para ver *si ocurre algo*. Pues bien, para vencerme, necesito luchar. Me voy al pasillo y la dejo sola con Carlos, aunque esto me sepa mal. ¡Qué demonios! ¡Es preciso que yo me acostumbre á no pasar cuidado! y diciendo y haciendo, dijo á su amigo:

—Carlos, hazme el obsequio de acompañar á Lola mientras yo voy á fumar este cigarro, ¿eh?

—Con mucho gusto, respondió Carlos.

Lola le dió las gracias. León sonrió para decir adiós á su esposa, y se llevó consigo los gemelos.

#### IV

Carlos y Dolores eran amigos íntimos. Se conocían desde niños; habían jugado al volante y á *novios*, y habían crecido juntos á la sombra

de los árboles de la casa del padre de Lola, que vivía en Granada y era vecino del padre de Carlos.

A pesar de esto y para diferenciarse de todos los personajes de novela que crecen juntos y se quieren desde la infancia, ni Carlos amaba á Dolores ni Dolores amaba á Carlos. Eran dos buenos amigos y nada más. Los dos estaban ya casados cuando sucedió lo que refiriendo vamos, y ninguno de ambos había *sufrido en silencio*, como dicen en las comedias, el saber el uno que el otro había dejado de ser soltero. La mujer de Carlos quería mucho á Lola; ésta quería muchísimo á la mujer de su amigo; el amigo amaba ciegamente á su mujer y apreciaba mucho á Lola y á León. Solamente León era el que no parecía muy satisfecho de que su mujer y su amigo se tutearan y recordaran sus felices tiempos de niños.

Como Dolores y Carlos tienen grande franqueza, no extrañará el lector que mientras León fumaba, hablaran de la siguiente manera:

—Vamos, cuéntame, cuéntame qué hace ese bribonzuelo. ¿Es todavía tan celoso?

—No; respondió Lola: te vas á sorprender cuando te diga que se ha enmendado mucho.

—¿De veras?

—De veras.

—Lo celebro, porque de ese modo tú no sufrirás tanto.

—¡Ay! te aseguro que he pasado temporadas terribles. Ya te acuerdas de aquella época en que me prohibió salir al balcón, y cerrar las cartas sin que él las viera, y enviar á ningún recado á los criados y recibir á ningún amigo cuando él no estuviera en casa...

—Sí; recuerdo que á mi mismo me negó la entrada tu criado.

—Pues bien, poco tiempo después llegó hasta el extremo de no dejarme ir á misa.

—¡Qué diablo de muchacho!

—Pero ahora ya no sucede eso. Especialmente hace cinco ó seis días que está desconocido. Ya ves; me ha traído al teatro.

—En verdad que hacía tiempo que no habías estado...

—Cerca de un año.

—Puede ser que piense variar de conducta.

—Puede ser. Hoy le he dicho que desearía ver una ópera de Verdi que todavía no he oído; y me ha contado el argumento con una minuciosidad infantil, y además me ha prometido llevarme al teatro Real la primera vez que anuncien la obra los periódicos.

—¡Bravísimo! Eso me gusta. Ya es tiempo de que acabe de darte disgustos, y de comprender que eres incapaz de faltarle.

—¡Óh! Eso es lo que me desespera, Carlos. Yo, que le adoro, que sólo por complacerle haría imposibles...

—Él lo comprenderá al fin, y tendréis la paz que tú deseas.

—Sí; bueno es empezar ¿verdad?

—Es claro. Dime, tu papá sabe...

—No sabe nada de esto, porque yo he querido evitarle disgustos...

—¡Pobre Lola! Tú has sufrido por todos.

—¡Acaso no me quede que sufrir mucho!

—¿Has tenido carta de Granada?

—Sí, ayer. No me acordaba de contarte una cosa.

—Cuéntamela, si es que puedo saberla.

—¡Ya lo creo! Oye. Todos los años, y dos ó tres días antes de cumplir León los suyos, tenemos por costumbre escribirle á papá diciéndole que venga á celebrar con nosotros el natalicio de mi marido. Papá suele contestarnos que no puede, y preciso es confesar que el pobre señor no está en disposición de hacer viajes; sus años, sus achaques, los cuidados de la hacienda que posee, todo esto combinado...

—Es verdad; el buen señor ni puede ni debe exponerse á las fatigas de un viaje, que por corto que sea, á él ha de parecerle largo y penoso.

—Sin embargo, este año se arriesga, y llegará dentro de dos días.

—¡Pobrecillo!

—Pero como esto es un acontecimiento, ha querido hacerlo de modo que sea más digno de celebrarse.



—¿Pues cómo...?

Ha escrito á León diciéndole, como siempre, que le es imposible complacerle...

—Ya entiendo. ¡Quiere darle una sorpresa!

—Eso es. De modo que cuando León venga á comer y crea que el convidado está en Granada paseando por los jardines de su carmen, el convidado le saldrá á recibir con los brazos abiertos.

—¡Magnífico!

—¿Vendrás á los postres?

—Te lo prometo.

## V

En tanto que tal diálogo mantenían los dos amigos, León se paseaba por el pasillo de las plateas apretando convulsivamente un cigarro entre los dientes.

Si hubiera encontrado á algún amigo, tal vez no hubiera tenido tiempo de pensar en lo que podría suceder dentro del salón, pero no vió á amigo alguno, ni siquiera á un conocido con quien poder hablar para distraerse.

Y como los celosos y los jugadores no dan reposo á la imaginación, ni cuando sueñan, antes procuran descubrir nuevos ardides y combinaciones para llegar al feliz ó infeliz resultado que ansían, sucedió que León, á pesar del



decidido empeño que había formado de no atormentarse, comenzó á figurarse lo que no era verosímil que sucediera.

Por una parte, creía que Carlos, de quien siempre había sospechado, aprovecharía la propicia ocasión que se le presentaba de hablar á solas con Dolores para decirle... lo que León no quería detenerse á pensar por no desesperarse. Por otra parte, y como buen celoso, creía que Carlos sería tan celoso como él, y que sobrado cuidado tendría en celar á su esposa para no dirigirse en demanda de amor á Lola. Por otra parte... el hombre es fuego y la mujer estopa, y las butacas de los teatros están demasiado unidas, y... vamos, León comenzaba á estar en áscuas y á no saber lo que hacía, y en vez de chupar el cigarro que llevaba en la mano izquierda, dirigió á los labios los gemelos que tenía en la derecha y á poco se salta un diente. No fué esto lo peor, sino que aquellos pícaros gemelos le trajeron el recuerdo de otros... y no pudo menos de acordarse del espectador del segundo piso. Primero pensó que ahora que él no estaba en el salón, su mujer podría mirar y ser mirada sin temor alguno. Después dijo: «No, no es posible que...» Después insistió en su primera idea...

Y le subían unos vapores al rostro, que se tuvo que apoyar contra la pared para no caerse.

Se repuso un poco; volvió á pensar, y á pensar mal, dudó, quiso entrar á ocupar su sitio, tiró el cigarro casi entero, á poco rato sacó otro maquinalmente, dió dos paseos á lo largo del pasillo, encendió el segundo cigarro, lo fumó distraídamente por el lado del fuego, se quemó la lengua, lanzó una imprecación horrible, arrojó el cigarro, se tiró el sombrero hacia atrás, sacó el pañuelo y observó que los concurrentes al pasillo comenzaban á mirarle como á una cosa rara.

Estaba confundido, mareado, encarnado como una remolacha, y no sabía por donde iba.

Subió al primer piso y tomó un vaso de agua: se hubiera marchado sin pagar si el muchacho de la confitería no le hubiera recordado el olvido de los dos cuartos.

El pobre León deseaba distraerse, olvidarse de sí mismo por algunos instantes. Varió el local, es decir, subió al segundo piso y se detuvo delante de la bandeja en que un muchacho llevaba varios retratos.

—¡Fotografías de *la Conquista de Madrid*, caballero! le dijo el vendedor.

En el estado febril en que León se encontraba, creyó encontrar algún parecido entre su mujer y las actrices que veía retratadas, y estuvo á punto de apretarle el cuello al muchacho de la bandeja, pero dijo como al principio de la función: «¡Estoy loco!» y asomó la cabeza á la

puerta de un palco. El ante-palco estaba vacío, y el *portiere* del palco estaba echado.

León oyó estas palabras:

—¡Qué torpe! Desde el primer acto la estoy mirando y no me entiende.

Un relámpago de celos cruzó por la mente de León. Se acordó de que estaba en el segundo piso, y se estremeció de pies á cabeza.

—Y es de advertir, añadió la voz, que esta tarde se lo he advertido.

León dió un paso hacia adelante, luego otro, luego dos más, levantó la cortina, miró quién había en el palco...

¡El hombre de los gemelos!

Los tenía fijos en dirección al sitio que ocupaba Dolores, y le decía á un joven que con él estaba:

—¡Qué bonita se ha puesto en poco tiempo! ¿eh?

Antes de que el otro pudiera contestar, León puso el puño izquierdo á la altura del hombro derecho, y *de revés*, como suele decirse, dió tan soberana puñada al que miraba, que los gemelos cayeron á las butacas, y el espectador dió con la cabeza contra la madera que separa un palco del inmediato.

Tres gritos se oyeron á un tiempo. El que dieron á *dúo* el espectador y su compañero; el que lanzó Dolores que al ver caer los gemelos había mirado al palco, y había visto á su esposo des-

cargando el golpe; y el que dió el desdichado sobre cuya cabeza cayeron los gemelos, y que por más señas era un calvo.

Los dos hombres del palco daban de palos con dos paraguas á León. Dolores gritaba: ¡Mi marido! ¡vámonos! ¡lléveme usted arriba! Carlos, obedeciendo la orden, salía precipitadamente del salón acompañando á Dolores. El calvo gritaba: ¡Esto es una barbaridad! ¡A la cárcel! El público silvaba, reía, aplaudía y defendía á unos y á otros. Dos guardias veteranos pugnaban por sacar á León del palco, y la confusión y la gritería eran cada vez mayores.

Cuando Carlos y Lola subían por la escalera del segundo piso, ya bajaba León, procurando que los guardias le dejaran irse á casa, lo cual consiguió, merced á una amable condescendencia. León iba diciendo á su esposa: ¡Infame! Te has propuesto matarme á disgustos! Dolores lloraba y miraba á todos lados para ver si el público se enteraba de lo que decía su esposo, lo cual sucedió, desgraciadamente. El calvo salía también del teatro con un descomunal chichón en la calavera, y una señorita que ocupaba con su mamá dos butacas detrás de las que habían ocupado León y su mujer, se marchaban del salón y subían al segundo piso. La joven decía:

—Corra usted mamá, y no le quepa á usted duda de que es mi hermano el que...

—¿Pero niña, ¿cómo es posible...?

—Si, señora; mi hermano me estaba mirando con los gemelos y sonriéndose, cuando entró aquel bárbaro y le dió aquel bofetón tan grande...

Es decir, que León había tocado el violón admirablemente, y además salía molido á palos.

Y si se hubiera quedado en el teatro, hubiera podido oír en diversos grupos formados por el público:

—¿Qué ha sido eso?

—Nada; una mujer que se la estaba pegando á su marido, y el marido que lo comprendió subió al palco aquel y se tomó la justicia por su mano.

—¡Si son el demonio las mujeres!

—¡Ahí tiene usted á un hombre en berlina!

—¡Pobrecillo!

—¡Malditas!

—¡Uno más!

—¡Qué escándalo!

## VI

Cuando nuestros tres personajes salieron del teatro, Carlos llevaba del brazo á Dolores, y como quiera que León se adelantase sin hacer caso de las observaciones de su mujer y de su amigo, siguiéronle éstos á buen paso, sin cuidar de la lluvia que comenzaba á caer en abundancia.



León iba hablando solo y aplicándose de cuando en cuando la mano á las varias partes de su cuerpo que tenía doloridas.

Lola y su amigo no decían nada; solamente la primera sollozaba y lanzaba de vez en cuando un ¡ay! *sotto voce*, al cual respondía Carlos con estas ó parecidas palabras:— ¡Paciencia, hija mía, paciencia, todo se arreglará!

Y para que vean ustedes hasta donde llega la ceguedad, el delirio de un hombre celoso, León que ya había reflexionado de la imprudencia del paso que acababa de dar en la Zarzuela, y que casi llorando se arrepentía de lo que había hecho, sin dejar por eso de gruñir y de pensar en decir *cuatro frescas* á su mujer en llegando á casa, (por aquello de que siempre lo paga el que menos culpa tiene,) se acordó de pronto de que Dolores iba apoyada en el brazo de Carlos, de que ella y él iban *solos* á alguna distancia, de que hacía mucho rato que hablaban; y, volviendo sobre sus pasos, se dirigió á la atribulada pareja y dijo á Lola con voz terrible y acento sobrado imponente:

—¡Apóyate!

Y Lola dejó el brazo de Carlos para aceptar el de León.

Carlos se quedó un poco detrás y siguió á los esposos.

Al llegar éstos á su casa, Carlos se despidió de ellos. Dolores le dijo:—¡Adiós, Carlos, hasta



mañana! Y los ojos de León centellearon sin duda porque el feroz esposo había adivinado en aquellas palabras una cita. Calló, sin embargo, y sin dar la mano á su amigo, le dijo en voz baja pero temblorosa por la ira.

—¡Tenemos que hablar!

—¡Bueno! dijo Carlos sonriendo; cuando quieras.

—¡No es cosa de broma! añadió León mirándole de arriba abajo.

Carlos, por única contestación, sonrió como antes y dijo:

—Buenas noches.

## VII

Toda la noche la pasó León en vela y paseándose por su cuarto. Dolores se había retirado al suyo vertiendo copioso lloro, y al verla llorar, el celoso imprudente no tuvo valor para decirle nada de lo que pensaba,

Que tanto puede la mujer que llora,

como dijo el poeta.

Sucede con los celos lo que con todas las ficciones que rayan en lo sublime. A nuestro pesar nos hacemos la ilusión de que la Ristori en la *Judith*, es *Judith* y no es Ristori. A nuestro pesar, cuando admiramos á Herman, creemos

que las ficciones de Herman son realidades, no obstante que nos consta que aquello es una admirable farsa. A nuestro pesar, cuando soñamos, tomamos por realidad el sueño, y antes de dormirnos estábamos persuadidos de que el sueño era una graciosa mentira. A nuestro pesar, cuando vemos la maldad elevada y la virtud por el suelo, creemos que la virtud se eleva siempre y el vicio cae; y no nos basta la prueba que se nos presenta á los ojos. A nuestro pesar, en fin, creemos en todo aquello que queremos creer, y cada cual ve las cosas de diferente modo, según es mayor ó menor la intensidad de la pasión que á cada uno domina.

León sabía que su esposa era casta, pura, indomitable como una espartana. Sabía además que aunque su esposa no tuviera aquellas cualidades, él la había cercado de tanta vigilancia y de sobresalto tanto, que era punto menos que imposible que pudiera faltar á sus deberes sin que su marido tuviera conocimiento de la falta.

Y á pesar de todo, León moría de celos.

—¿Qué es esto, decía, que siento dentro de mi sér, que me abrasa el alma, que me roba la vida? Yo amo á Dolores, adoro en ella... Dícese que el celoso no ama; dícese que los celos son la manifestación más lata del egoísmo... ¿Soy yo egoísta? Sólo sé que por ella lo dejaría todo;

que por ella lo sufriría todo; que por ella moriría... ¿Es esto egoísmo?

Comparemos. El avaro, que esconde á los ojos ajenos su tesoro, que muere queriéndose llevar su oro, su precioso oro, el oro que ha adquirido, no importa cómo, pero que lo ha adquirido porque era su única aspiración, su segunda vida... este avaro no es más que un amante de un objeto inanimado, que á él le parece más bello que todos los objetos que le rodean...

Conozco grandes borrachos que quisieran vivir nadando en vino... Les he visto sufrir con calma toda clase de insultos, estando en su cabal juicio: les he visto derrochar el dinero en vino, acaparar botellas... y guardarlas. Les he visto haciendo alarde de generosos, dando su dinero á todo el mundo; pero cuando han oído decir que el Burdeos ó el Madera eran un brebaje odioso, se han irritado, y cuando han tenido que ofrecer sus botellas, se han retraído: ellos, que regalaban el dinero... Y su tesoro eran las pipas de rhum que guardaban en ostentosas bodegas, ocultas á las miradas de los demás bebedores...

Conozco sabios que saben mucho, pero que no dicen nada de lo que saben. Gentes que han pasado su vida entre libros, pero que antes darán un año de su vida que un libro de los que poseen... Gentes que han reunido conocimien-

tos, que poseen secretos de la ciencia, pero que no los revelan, y los guardan como guardaba el avaro sus talegas.

Conozco... ¡pero qué diablos he de conocer, si no me conozco á mí mismo! ¡Qué he de saber yo, si no sé qué sucede en el corazón de mi esposa!

—¡Oh! mataré á Carlos!

.....

Un rayo de luz entró en el cuarto. Estaba amaneciendo.

León se embozó en la capa, se puso el sombrero y salió de su casa. Estaba febril, y deseaba aspirar el aire de la mañana.

Hablando solo y meditando planes, no muy dignos de elogio, anduvo por las calles sin dirección fija.

¡Vean ustedes qué coincidencia tan graciosa! A un mismo tiempo salían, el sol, León, y varias canas que, ocultas en la cabeza del pobre muchacho, habían estado esperando que ocurriera un disgusto para salir á publicarlo.

## IX

Nunca falta un amigo de esos que, no teniendo el valor necesario para vengarse directamente de alguna ofensa que voluntaria ó involun-

tariamente les hemos hecho, apelan á medios bajos y rastreros para vengarse de nosotros.

León, en un raptó de furor, había dado de mojicones, delante de varias personas, á un tal Aguilera, cierto día que el tal Aguilera le había objetado de una manera inconveniente en una cuestión que ambos debatían. Lejos de Aguilera la idea de pagar á su amigo en la misma moneda, escurrió bonitamente el bulto y se marchó con el rabo entre piernas, como decirse suele. Pasó un mes; y cuando León creía que su amigo no volvería á hablarle jamás, ó que si le hablaba sería para exigirle privadamente la satisfacción que no le pidió en público, hubo de encontrarle en la calle, y se sorprendió grandemente al ver que Aguilera le tendía la mano, dándolo todo por olvidado. León, generoso, ó mejor dicho, conecedor de sí mismo, comprendió que habiendo sido él el agresor en la contienda, no debía rehusar la paz y concordia que de nuevo su amigo le ofrecía, y así fué que le tendió la mano, y desde entonces todo el mundo pudo ver que entre aquellos dos hombres reinaba la misma buena armonía que antes del malhadado suceso.

No existía, empero, esta buena armonía más que de una manera aparente. Aguilera, cobarde y mal intencionado, había jurado vengarse de León por todos los medios posibles, excepto por



el de la agresión directa que tal es la conducta de los miserables.

La mañana en que nuestro protagonista salió de su casa buscando aire fresco, y distracción que le robara el recuerdo de la mala noche pasada, Aguilera le salió al encuentro al doblar una esquina.

—¡Querido León! exclamó tendiéndole las dos manos.

León le saludó afectuosamente y le invitó á dar un paseo por fuera de puertas.

—¿Estás loco? le preguntó Aguilera. ¿A quién se le ocurre pasear á estas horas y con este tiempo? En verano, pase, pero en el mes de...

—Si, á estas horas y con este tiempo, los que están desesperados pasean para lograr distraerse, para refrescar la cabeza, que arde.

—¿Estás desesperado? amigo mío.

—¡Oh, si lo estoy! exclamó León dando fuertes patadas sobre la acera. Si supieras...

Aguilera cogió el brazo de su amigo, y ambos comenzaron á andar no muy de prisa.

—Cuéntame, cuéntame, lo que te sucede, dijo el pícaro aquel fingiendo un interés que no sentía.

León, que á pesar de su carácter arrebatado y de su propensión á desconfiar de su esposa, no desconfiaba de su amigo, le dijo á éste:

—Anoche estuvimos en la Zarzuela.



—Sí, ya lo sé, dijo Aguilera con cierta intención.

—¿Lo sabes?

—¡Te estuve viendo!

—Presenciaste el escándalo...

—Sí.

Hubo un mometo de silencio.

—Entonces, dijo por fin León, excuso decirte lo que sucedió en el teatro.

—Algo ignoraré yo que tú puedes contarme. Por ejemplo, yo ignoro por qué le diste aquella soberana puñada al joven del palco segundo.

—¡Porque estaba haciendo señas á mi mujer!.. Es decir, porque me figuré que se las hacía.

Aquí Aguilera miró fijamente á su amigo.

—Hombre,—le dijo con mucha gravedad,—si no te supiera mal, yo te diría una cosa.

—¡Habla! exclamó León. ¿Sabes algo?

—Mira, querido, suele suceder á veces que por mirar á lo lejos, no ve uno lo que sucede á su lado.

León se puso lívido.

Aguilera continuó, diciendo:

—Anoche.....

Y dejó la frase en suspenso, que era lo más á propósito para que su amigo se pusiera en guardia. Enefecto; León pensó un momento, miró después á su amigo fijamente, y dijo tartamudeando de ira:

—¡Acaba!

—Anoche, siguió Aguilera, te ha puesto en berlina un amigo tuyo.

—¡Carlos! exclamó el celoso dando un salto. Aguilera se le acercó al oído y le dijo con misterio:

—Ese mismo.

—¡Oh, me lo presumía! gritó León mesándose la barba, me lo presumía.

—Yo siento decírtelo, continuó el desleal amigo, pero creo que no debes ignorar lo que pasa en tu casa y aun fuera de ella. Sensible es, yo lo comprendo, que un marido llegue á saber ciertas cosas; pero chico, es lo que sucede, ni más ni menos. Carlos... es un pez muy largo.

León estuvo á punto de desmayarse, y tuvo que apoyarse en su amigo para no caer.

En aquel momento pasaban por delante de un café y Aguilera dijo:

—Oyes, vamos á entrar aquí y hablaremos despacio.

León se dejó conducir, y los dos amigos entraron en el café, que á tal hora estaba sobrado escaso de concurrencia.

—Vamos, dijo el amigo, ¿qué quieres tomar?

—¡Nada! murmuró León cayendo de bruces sobre la mesa.

El mozo, que había acudido á ver si tomaban algo los dos amigos, iba á retirarse, cuando Aguilera le dijo:

—Yo tomaré un café y una tostada.

Y volviéndose hacia León:

—¡Anda, cobarde! le dijo tocándole suavemente en el hombro. Levanta esos ojos y sufre con valor. ¿No tienes en mí un amigo?

—Sí, es verdad, respondió León levantando la cabeza.

Y luego dijo:

—¡Cuéntame todo lo que sepas!

—¡Vaya, hombre, qué á pecho lo has tomado! ¡no te desazones de ese modo, caramba! Yo te lo he dicho porque creo que debo...

—Sí, es un deber tuyo contarme lo que sabes. Lo sé, y por eso te suplico encarecidamente que hables.

El mozo trajo el café y la tostada.

Aguilera mojó un pedazo en el café, y dijo con la boca llena:

—Pues señor, anoche estábamos observando varios amigos y yo desde una platea lo que estaba sucediendo por tu sitio, mientras tú te separaste del lado de tu esposa.

—¿Y qué sucedió? preguntó León con grande ansiedad.

Aguilera se metió en la boca otro pedazo de tostada y dijo:

—¡Psth! Que las mujeres han de ser siempre imprudentes.

León estaba en ascuas.

—¿Qué hizo la mía? exclamó crispando los puños.

—Nada, hombre; nada y mucho, según lo consideremos.

—Dímelo todo.

—Pues verás. Carlos se aproximaba tanto á su oído, que no parecía sino que estaba besándola. El público lo observó. ¡Ya ves tú! Cuando el público de la Zarzuela se fija en estas cosas... ¡cómo andaría ello!

León pateaba y se agitaba en su asiento.

—Nosotros reparamos en el *grupo*, continuó Aguilera, y como casi todos éramos amigos tuyos, naturalmente, nos supo mal aquello, y no faltó quien quiso ir á avisarte, pero conociendo tu carácter, no quisimos ponerte en el caso de dar un escándalo parecido al que diste luego...

—Continúa.

—Mira; llegaron hasta el extremo de cambiar unos papeles con cierto temor de que el público lo observara, como en efecto lo observó.

—¡Infames! murmuró León pateando con más fuerza.

—Tu mujer le dió un papelito á él; él se lo devolvió, y sacó del bolsillo otro, que le dió á ella, y *ella* se lo guardó enseguida mirando á todos lados, y en especial á la puerta de entrada, sin duda temiendo que entraras tú al mismo tiempo y lo vieras.

—¡La dió Carlos un papel!

—Sí; un papel... verde.

—¡Un papel verde!

—Un papel verde.

—¡Adiós! gritó León levantándose.

—¡Aguarda, demonio! le dijo su amigo cogiéndole por el brazo; aguarda y no seas arrebatado.

León cayó sobre la silla y apoyó la frente sobre las manos.

—Mira, continuó su amigo con acento cariñoso: creo que no debes darte por entendido tan pronto. Observa á Dolores, convéncete de que te ha faltado, procura sorprender un hecho cualquiera, por pequeño que sea, que no pueda ser negado por ella, y entonces...

—¿Qué me queda ya que saber? murmuró el pobre León suspirando profundamente.

—¡Calma, querido, calma sobre todo!—No es estocada de pícaro...

—Vámonos, dijo León, levantándose de nuevo.

—Ea, te empeñas, dijo su amigo, vamos.

Y levantándose también, dijo como al descuido:

—Oyes, ¿llevas dinero?

—Sí; respondió León, buscando en su chaleco.

—Pues mira, paga esto, que yo no tengo suelto...

León pagó la tostada y salió del café con Aguilera.

Al llegar cerca del Prado, Aguilera se despi-

dió de su amigo y se alejó de él murmurando:  
—¡Me ha pagado el insulto .. y la tostada!  
Donde las dan las toman.

## X

León se separó de su amigo dispuesto á hacer una que fuera sonada.

—¡Engañarme así! iba diciendo entre dientes. ¡Burlarse de mí de esa manera! ¡Oh! yo sé lo que he de hacer. ¡La mataré, lo mataré á él, después me mataré yo... tengo el infierno en el alma!

Y andaba muy de prisa en dirección á su casa. Encontró á varios amigos que le saludaron y á los cuales no contestó; entró en casa de un armero á comprar un revolver, vió unos cuantos, pidió cápsulas, cargó el arma, y para probar si era buena disparó cinco tiros seguidos, dentro de la tienda: una de las balas partió por la mitad á un San José de yeso que había encima de un estante, otra pasó una puerta y fué á atravesar de parte á parte un sombrero de copa que estaba colgado de una percha; dos se clavaron en la pared de la trastienda y la última mató á un perro. El armero gritó, le arrebató el revolver á León, pidió auxilio, salió la esposa y los niños del armero, acudió la vecindad, vinieron los soldados de la guardia que había



más cerca, y León desesperado, frenético, loco, echó á correr dejando el revolver allí y procurando escurrir el bulto, mientras cincuenta ó sesenta voces gritaban—¡A ése!—¡Cogerlo!

—¡Es un loco!—¡No es un ladrón!—¡Al ladrón!—¡A la cárcel!

Y mi hombre corría como un desesperado, y los transeuntes timoratos creyeron que se había armado un motín, y todo el mundo apretó el paso: y fué tal el miedo, que hubo hombre que se murió de desesperación por no poder correr tanto como quería.

Por último, León se vió libre de perseguidores, y observó que estaba á cincuenta pasos de su casa. Respiró como el que ve logrado su deseo, avanzó rápidamente á lo largo de la acera, y entró en el portal de su casa mirando á todos lados.

—¡Señorito! le gritó la portera.

—¡Qué es eso! exclamó León deteniéndose.

—Que...

—¡Qué! diga usted pronto.

—Que arriba tiene usted un *cabayero* á quien usted no esperaría hallar ahí.

—¿Quien hay arriba? preguntó León echando fuego por los ojos.

La portera sonrió y dijo:

—Me han prohibido que se lo diga á usted! Es un *cabayero*... en fin, usted lo verá.

León subió las escaleras de cinco en cinco.

—Hasta la portera me anuncia mi deshonra! murmuraba.

Dió un tirón á la campanilla, y la puerta se abrió inmediatamente. Antes de que la criada pudiera pronunciar una palabra, León le dió un empujón tan atroz que la tiró de espaldas. Enseguida miró al colgador de los sombreros... ¡ciertos eran los toros! había un sombrero... un sombrero hongo!

Además había en un rincón de la antesala un bastón grueso, extraordinariamente grueso.

León cogió aquel garrote, y ciego de ira llegó hasta el gabinete de su esposa.

Allí vió...

¡Ah, lector, la pluma se cae de las manos al referir ciertas cosas! Un hombre tenía el brazo derecho alrededor de la espalda de Luisa, y ella y él miraban un album que ella tenía sobre la falda.

El hombre estaba de espaldas á la puerta. León sólo le vió la cabeza calva, luciente, hermosa, una cabeza que estaba convidando á dar dos garrotazos.

Alzó el palo con las dos manos, y ¡zás! lo descargó sobre la cabeza de aquel individuo...

Lola dió un grito y cayó desmayada sobre el pavimento.

El hombre de la calva no dijo nada... ¡ni cómo había de decir, si media boca le caía á un lado y la otra mitad á otro!

León, en cuanto hubo cometido el calvicidio, salió apresuradamente del cuarto y fué al de su mujer. Necesitaba á toda costa encontrar la carta verde que Lola había recibido en la Zarzuela... registró los cajones, el tocador, la mesa de noche... ¡nada! No había nada. ¡Ah! Hizo por fin León como si hubiera dado con una idea luminosa... ¡ya sé! ¡ya sé! y se dirigió á coger el vestido que su mujer había llevado la noche anterior al teatro. El vestido estaba sobre la cama. León metió la mano en el bolsillo... ¡allí estaba el papel verde! ¡allí estaba!

Lo abrió...

Permitánme ustedes que dedique capítulo exclusivo á este descubrimiento.

## XI

¿Qué dirán ustedes que había dentro de aquel papel?

¿Una carta? Pues no era una carta. El amigo Aguilera pudo suponerlo así ó quererlo suponer para atormentar á León; pero la verdad es que aquello no era una carta.

¿Creen ustedes que eran unos versos? Pues tampoco eran unos versos: ni Carlos era poeta, ni amaba á Lola.

El papel verde contenía... un retrato de Caltañazor vestido de moro.

Una fotografía de un personaje de la *Conquista de Madrid* que Carlos había regalado á Dolores.

Cuando León se encontró con *aquello*, se quedó pálido como la muerte.

## XII

Pensó que había obrado de ligero...

Pero en seguida volvió á ser celoso. El hombre á quien acabo de romper la cabeza, dijo, estaba abrazando á Dolores...

Y esto pensando, volvió al cuarto donde había sucedido la catástrofe.

Lola no estaba allí. Los criados habían echado á correr en cuanto vieron sangre. Sólo estaba en medio del cuarto la víctima de las iras del celoso.

Éste quiso reconocer á su víctima... ¡Era su suegro!

Sí; su suegro, el papá de Lola que, según sabe el lector venía á Madrid á celebrar los días de su yerno, dándole una grata sorpresa con su inesperada presencia.

Su suegro, que había prohibido á la portera que anunciase á León su llegada.

Su suegro, en fin, que estaba tendido en medio del cuarto respirando fatigosamente y echando sangre como un demonio.

León, fuera de sí, salió de su casa, se dirigió á la estación del Mediodía, esperó la salida del tren y aquella misma tarde huyó á ocultar en Alicante su vergüenza y sus remordimientos.

### XIII

Pasó un año. Lola y su padre vivían juntos en Granada sin querer saber una palabra de León. León sufría en Alicante las penas del purgatorio.

Un día que se paseaba solo y meditabundo por la orilla del mar, vió venir hacia él un hombre que abrió los brazos como para recibirle en ellos.

—¡Carlos! gritó León arrojándose en los brazos que su amigo le tendía.

—¡Amigo mío! exclamó Carlos con dulzura.

Y pocos segundos después León lloraba desesperadamente.

Harto motivo tenía para llorar. Carlos venía de Granada, y al preguntarle León,—¿Y mi Dolores? Carlos respondió con triste acento dolorido:—Está en el cielo.

Había muerto Dolores, y había muerto honra-



da; pero la opinión pública la señalaba con el dedo.

Y es que la opinión sólo se fija en el exterior de las cosas, y aunque tu mujer sea buena, lector amigo, si tú sospechas de ella, la opinión no ve que sospechas porque eres celoso, sino porque tienes motivo para sospechar.

## EPÍLOGO

Era una tarde de otoño. Moría el sol dorando los floridos cármenes de Granada. Un hombre se dirigía lentamente á la mansión de los muertos.

Era León, que iba á besar la tierra que cubría las cenizas de su esposa.

Llegó al cementerio, los ojos arrasados en lágrimas, el corazón traspasado de pena... buscó la losa que debía servirle de paño de lágrimas, y no tardó en encontrarla.

Pero al ir á besar el nombre de aquella mártir grabado sobre la sencilla piedra, al apoyar las rodillas en la tierra, León vió que había sobre la losa una corona de siempre-vivas.

El corazón le latió fuertemente. Cogió aquella sencilla ofrenda de la amistad, y leyó en una de las cintas:



## CARLOS Á DOLORES

Entonces lanzó una especie de rugido, sintió, como en otro tiempo, horribles celos, hizo pedazos la corona, pisoteó la losa y salió del cementerio lanzando imprecaciones.

Murió á los pocos meses.

—

Lectora, ¿te agrada que tu amante sea celoso?

Lo comprendo, porque yo siempre he creído que sin amor no se tienen celos; ¿pero no es verdad que esos celos que llegan más allá de la tumba no significan amor todas las veces?

Yo te diré mi humilde parecer acerca de los hombres que á León se parecen.

Esos se llaman egoístas.

Se llaman orgullosos.

Se llaman desconfiados.

Se llaman déspotas del amor.

Y no son hombres... son fieras.



LA DONCELLA PRACTICA



---

## LA DONCELLA PRACTICA

### I

**L**A señora de López necesitaba una doncella, y en tan grave caso—porque ya sabrán ustedes que el caso es grave—acudió á sus relacionados, á la agencia de criadas de servicio y á la portería.

La señora de López deseaba una doncella fiel, laboriosa, útil para llevar la casa en peso; en una palabra, una muchacha de *desempeño*, por si acaso convenía empeñarla en caso de apuro.

Todas cuantas personas á quienes la señora de López se dirigía, la aseguraban que el *género* de las criadas, doncellas y niñeras estaba perdido.

Pero esto ya lo sabía la pobre señora y se proponía encontrar lo mejorcito de lo peor, ya que

otra cosa no pudiera conseguir como deseaba.

Pues señor, en éstas y las otras, entre que la que recomendó la señora del principal era mejor que la que había buscado la portera, y entre que el precio convenía ó no convenía á las partes, se pasaron quince días.

El señor de López gruñía porque, aseguraba, estaba mal la casa sin doncella y él deseaba que las cosas fueran derechas:

Por fin una mañana, estando almorzando el matrimonio, Carlota, que así se llamaba la señora de López, le dijo á éste:

—¿Sabes que ya he encontrado una muchacha?

—¡Gracias á Dios, mujer! dijo López partiendo una chuleta; y dime, los informes que de ella tienes serán buenos, por supuesto?

—Así parece.

—¿Dónde ha servido esa chica?

—No lo sé.

—¡Malo!

—No importa el saber eso ó no saberlo, acuérdate de la que tuvimos el año pasado. Fuimos á preguntar por sus cualidades á la casa donde había servido, nos dijeron que era una excelente muchacha, y en efecto... se nos llevó media docena de cubiertos nuevecitos.

—Sí, ya me acuerdo que era un demonio. Un día la sorprendí limpiando unos platos con mi peluca.



—Con lo primero que encontró á la mano los limpiaría.

—Sí, yo llevaba la peluca puesta.

—¿Qué demonios dices, hombre?

López se muerde los labios y exclama:

—No me has dejado acabar. Quiero decir que yo llevaba la peluca el día anterior y la dejé luego en la mesa de mi cuarto, de donde debió tomarla aquella condenada...

—¡Ya!

—En fin, ¿cuando viene la nueva doméstica?

—Esta tarde. La portera de enfrente la conoce y me ha asegurado que es una buena persona.

—¡Bueno, bueno! Yo celebraré que no saque las uñitas pronto.

Y terminado el almuerzo, López se va á la oficina y Carlota á hacerle á su marido unas zapatillas de cañamazo encarnadas y verdes.

## II

Por la tarde se presenta la doncella.

Es una muchacha como una rosa de mayo, con unos ojos que están diciendo comedme y con un aire de *sabiduría* que se deja ver bien pronto.

—¿Cómo se llama usted? le preguntó Carlota.

—Cecilia, señora, para servir á usted; respon-

de la muchacha con un acento de cortesía admirable.

—Pues bien, Cecilia, venga usted conmigo que voy á enseñarle la casa.

—Vamos, señora.

La señora enteró á la doncella de todo lo que debía saber al entrar en aquel nido de amor conyugal. Al pasar por el comedor, la doncella exclama de pronto y con cierta admiración mezclada de entusiasmo.

—¡Ay, que armario tan grande y tan hermoso!

—Sí, dice Carlota, es muy cómodo.

—Ya lo creo, añade la niña sonriendo, cabe perfectamente un hombre.

La señora de López comienza á reflexionar sobre esta notable frase.

En su vida se le había ocurrido á ella una observación tan exacta.

### III

Al anochecer el marido vuelve á casa, se entera de que ya la muchacha ha comenzado á ejercer sus funciones, y después de celebrarlo, porque así su esposa estará menos atareada, comienza á hablar de todo un poco. El matrimonio López es feliz; los esposos se quieren entra-

ñablemente. Jamás ha habido entre ellos un altercado.

Cuando más entusiasmados están hablando de proyectos para el porvenir, se presenta la doncella y le dice en voz baja á Carlota:

—Señora, señora, haga usted que salga el amo.

—¿Pues qué sucede? preguntó Carlota casi asustada.

—Que tengo que darle á usted una cosa.

—¿Qué es eso?

—Una carta.

Carlota no comprende lo que quiere decir aquello. López impacientado pregunta:

—¿Qué misterios son esos? ¿Qué demonios pasa?

Antes de que la esposa pueda contestar, ya está Cecilia diciendo:

—Nada, nada, señorito, es que la preguntaba á la señora qué sopa quería comer hoy.

—Pues para eso no era menester hablar en voz baja, hija mía; no hay para qué ocultar una pregunta tan sencilla!

Cecilia vuelve á hablar *sotto voce* con su señora.

—Ya que el señorito no se marcha, deje caer el pañuelo al suelo, yo le cogeré y meteré en él la carta esta.

Carlota le arranca la carta de las manos diciendo:

—¡Ea! veamos qué carta es esa.

Y la abre en presencia de López.

—¿Qué es eso? pregunta el marido, y al preguntarlo toma la carta de manos de su mujer.

En seguida la tira al suelo, exclamando:

—¡Mire usted qué majadería! Es un prospecto de una sociedad de seguros!

—¡Es verdad! dice Carlota mirando á su doncella.

Ésta dice, siempre en voz baja:

—Señora, como yo creí que era otra cosa...

La señora de López vuelve á reflexionar. Nunca se han presentado casos tan especiales.

#### IV

Un día la señora de López salió *de tiendas* en compañía de su doncella. Por el camino Cecilia hizo á su ama tales observaciones, que Carlota á pesar de su estado y de su edad estuvo á punto de ruborizarse.

—¡Qué doncella tan rara! murmuraba de cuando en cuando y al mismo tiempo reflexionaba más y más sobre lo que la doncella le decía.

Es indudable que á veces basta una observación para que un sér propenso al mal se preci-

pite en él. El lector puede sacar la consecuencia por sí mismo. ¡A que ha pasado cincuenta veces por delante de casa de Lhardy y no se le ha ocurrido ni mirar los pasteles siquiera! Pero ¡á que un día al pasar le dijo un amigo:—Esos pasteles de crema son excelentes! y sin poderlo remediar exclamó el lector:—Hombre, ¿vamos á comerlos?

Carlota no era mala, pero al fin y al cabo era mujer, y como mujer, débil, y como débil, propensa al desliz más inesperado y... ¡quién sabe! La doncella era tan práctica en ciertos asuntos que Carlota no comprendía muy bien que el diablo andaba siempre sonriendo detrás de aquellas dos mujeres y esperando que Carlota comprendería más tarde ó más temprano.

—Señora, dijo Cecilia al doblar una esquina, ¿ha reparado usted en la escolta?

—¿En qué escolta?

—Desde que hemos salido de casa llevamos detrás un caballerito.

—¡Cecilia! basta de libertades, ya le he dicho á usted que no quiero oír ciertas cosas.

—Señora, yo creí que usted no le había visto, y por eso he avisado...

—Y en efecto, no le había visto, dice Carlota incomodada.

Cecilia habla para sí.

—Pues si no le había visto, ¿cómo se extraña de que le avise y en lugar de darme las gracias

se incomoda? Vamos, ¡mi señora es tonta!

En tal punto la señora de López saluda á un amigo de su marido. El amigo se acerca, saluda...

—Adiós, Carlota, ¿cómo está usted?

—Hola, Manolito, ¿y usted?

—Gracias. ¿Y López?

—Tan bueno.

—No se les ve á ustedes por ahí, amiga mía!

—Salimos muy poco, ya le he dicho á López que es preciso que nos distraigamos más. Esta noche creo que iremos al teatro del Príncipe.

—Bien hecho, es lo que deben ustedes hacer... y tendré el gusto de ver á ustedes; adiós Carlota, mis recuerdos á aquel pícaro.

—Adiós, Manolito!

Y el amigo se aleja y la doncella y la señora entran en una tienda de modas.

Una vez allí y mientras la *maestra* busca en un cajón unos puños que ha pedido Carlota, Cecilia le dice á su ama:

—Señora, ¿dónde va usted á comer hoy?

—¿Dónde? ¡En casa!

—Entonces no puede usted acudir á la cita.

—¿Pero Cecilia, usted está loca, ó qué es esto? pregunta Carlota con un acento de ira que casi asusta á la doncella.

—Señora, yo creí...

—Hable usted, que creyó usted, vamos á ver.



—Como usted citó á ese amiguito para el teatro del Príncipe...

—¡Yo!

—Creí que pensaba usted ir á comer á casa de alguna amiga y enviar un recado al amo diciendo que no espere hasta última hora.

—¡Jesús, que disparate!

Y al decir esto Carlota vuelve á reflexionar, pensando lo siguiente:

—En verdad que el plan no es malo para un caso... pero ¡qué digo! estoy insultando á mi lealtad, Dios mío!

## V

Dos ó tres semanas después de suceder lo que llevamos referido, la señora de López, salió sola de su casa y le dijo á Cecilia:

—Si viene alguno, que espere, yo vuelvo en seguida.

—Está muy bien, señora, dijo la doncella como si quisiera decir:—«Todo lo comprendo.»

Al poco rato de haber salido Carlota, sonó la campanilla.

Cecilia abrió la puerta, y se encontró con un pollo rubio, forrado de dril blanco, cubierta la cabeza con un sombrero de paja, y ocupados los labios con una pipa medio *culotté*. Era un primo hermano de Carlota.

—Pase usted, caballero, dijo Cecilia en cuanto le vió, y le hizo entrar en el gabinete de la señora.

Al poco tiempo después suena la campanilla, y se presenta un caballero gordo de patillas negras, sombrero de castor mate y traje un poquito usado. Es el médico de la casa que viene á ver á sus buenos amigos Carlota y López.

—Entre usted por aquí, caballero, le dice Cecilia con cierto misterio, y le introduce en el recibimiento.

Diez minutos después vuelve á sonar la campanilla. Es un joven simpático vestido con un traje de verano de un color de café, un sombrero bajo, una corbata encarnada y su pardessus sobre el brazo. Es el hermano de López.

—Por aquí, caballero, por aquí, le dice Cecilia en voz muy baja: y andando de puntillas le sirve de guía y le encierra en el comedor.

Pasa media hora, y al cabo de este tiempo, vuelve Carlota á su casa.

—¿Ha venido alguien? preguntó en voz alta.

—¡Chiiisth! dice la doncella poniéndose el dedo índice sobre los labios. Ahí los tiene usted á todos.

—¿A quienes?

—A esos tres caballeros.

—¿Dónde están?

—He encerrado á cada uno en diferente cuarto.

—¿Para qué?

—¡Toma! para que no se hubieran encontrado y hubiéramos tenido un escándalo.

Carlota monta en cólera esta vez más que nunca y comprende por fin á dónde van á parar todos los cuidados de su doncella.

—¿Dónde demonios ha servido usted antes de venir á esta casa? le grita.

—En casa de la señorita Lola.

—¿Y quién es la señorita Lola?

—Es una francesa, bailarina del teatro Real, que me tenía siempre muy contenta y que...

—¡Basta, basta, basta! Tome usted su salario y vaya usted mucho con Dios á otra parte.

—¡Corriente! dice Cecilia perdiendo los estribos, porque de todos modos parece usted tonta, y es necesario un año para hacerle á usted entender las cosas!

## VI

Cuando el señor de López supo lo que había pasado, se escamó de un modo terrible.

Hoy continúa viviendo con mucho ojo.

Su mujer no le ha dado que temer con nadie, excepto con aquel caballerito que comenzó á seguirla el día que salió de tiendas, y con el primo que estuvo encerrado en el gabinete.

Y un día en que López estuvo á punto de atrapar una carta del interior que olía á mil flores, murmuró Carlota contrariada!

—¡Caramba! Cecilia me hubiera sacado de estos apuros mejor que nadie.

### EPILOGO

Después de saber este caso grave, señores maridos, ¿creen ustedes que es cosa de poca importancia la adquisición de una buena doncella para la señora?

FIN DEL TOMO QUINTO

# ÍNDICE

---

	<u>Páginas</u>
Impresiones de viaje .....	1
La carta verde.....	159
La doncella práctica.....	199

---

LISTA DE SUSCRIPTORES  
A LAS OBRAS COMPLETAS DE  
EUSEBIO BLASCO

---

Azcárate (Gumersindo de).  
Ayerbe (Marqués de).  
Alvarez Mariño (José).  
Aguilera (Alberto).  
Alba (Enrique).  
Ahumada (Luis de).  
Andrade (Rafael).  
Bretón (Tomás).  
Bejar (Antonio).  
Barzanallana (Marqués de).  
Beruete (Aureliano de).  
Blanco (Domingo).  
Barceló (Luis).  
Bivona (Duque de).  
Carbó (Juan).  
Cubas (José de).  
Casa Laiglesia (Marqués de).  
Cánovas del Castillo (Jesús).  
Cruz (Pablo).  
Cañabate (Joaquín).  
Castillo de Chirel (Barón del).  
Canalejas (José).  
Coello (Alonso).  
Castro Serna (Marqués de).  
Casa Valencia (Conde de).



## SUSCRIPTORES

Delgado (Eleuterio).  
Dacarrete (Angel María).  
Dato (Eduardo).  
España (Gabriel).  
Escosura (Julio de la).  
Esteban Collantes (Conde de).  
Estévanez (Nicolás).  
Fabra (Nilo).  
Florez (Carlos).  
Goyenechea (José).  
Gómez Rodulfo (Angel).  
Gómez Renovales (Juan).  
García Patón (Federico).  
Hinojosa (Ricardo).  
Iturralde (Daniel de).  
Icaza (Francisco A. de).  
Igual (Señora Viuda de).  
Igual (José de).  
López Domínguez (José).  
López Puigcerver (Joaquín).  
Larregla (Joaquín).  
Loygorri (Federico).  
Llano y Persi (Manuel de).  
Llobregat (Conde de).  
Muñoz de Baena (José).  
Muñoz de Baena (Luis).  
Manrique de Lara (Manuel).  
Madariaga (Federico de).  
Murga (Eduardo).  
Maestre (Tomás).

## SUSCRIPTORES

Montes Sierra (Nicasio).  
Muguiro (Javier).  
Malladas (Conde de).  
Muñoz (Salvador),  
Menéndez y Pelayo (Marcelino).  
Navas (Conde de las).  
Navarro y Ledesma (Francisco).  
Ótamendi (Miguel).  
Puente (Joaquín de la).  
Pacheco (Antonio).  
Retortillo (Alfonso).  
Reparaz (Conde de).  
Rica (José de la).  
Romero y Robledo (Francisco).  
Romanones (Conde de).  
Ramiranes (Conde de).  
Ruiz de la Prada (Manuel).  
Sainz de la Maza (Joaquín).  
Silvela (Francisco).  
Soriano Murillo (Sra. viuda de).  
San Luis (Conde de).  
Sacro Lirio (Barón del).  
Spottorno (Ricardo).  
Sánchez Guerra (José).  
Sotomayor (Duque de).  
Sala (Emilio).  
Squilache (Marquesa de).  
Tamames (Duque de).  
Tolosa Latour (Manuel de).  
Terán (Eduardo).

Tavara (Marqués de).  
 Traumann (Enrique).  
 Tovar (Marqués de)  
 Ubao (Manuel).  
 Ugarte (Javier).  
 Viñaza (Conde de la).  
 Villalobos (José).  
 Villasegura (Marqués de).  
 Vilches (Conde de).  
 Zozaya (Benito).

Ayuntamientos de:

Zaragoza.	Jaca.
Bilbao.	Cartagena.
Cádiz.	Valencia.
Pontevedra.	Badajoz.

**ALTAS**

D. Javier Longoria.  
 Valeriano Manzano.  
 Federico García del Busto.  
 Manuel Benedicto.

---

Los señores suscriptores recibirán sin aumento de precio los tomos cuyo importe exceda de tres pesetas.

Las personas que deseen suscribirse á las *Obras completas de Eusebio Blasco*, deberán dirigirse al editor, D. Wenceslao Blasco, calle de la Alameda, 1, duplicado, ó al administrador, D. Leopoldo Martínez, Calle del Correo, 4, librería, Madrid.

# EN PRENSA

---

## **Mi viaje á Egipto.** (*Libro nuevo*)

(Inauguración del Canal de Suez.)

Capítulos que contiene dicho libro.

I.—Paris.—Fernando de Lesseps.—Su divisa.—Preparativos de viaje.—Convidados por el Kedive.—Algo de lo que ocurre en París antes de mi marcha.—En la embajada de España.—Nabaraouy-Bey.—Provisos de pasaportes.—Futuras impresiones.—Nos despedimos.

II.—Llegada á Marsella.—Impresiones del primer viaje.—A visitar la ciudad.—Paseo por las calles.—Edmundo Dantés y nuestro Quijote.—Pasaje para el *Mæris*.—Animación extraordinaria en el puerto.—Partimos.

III.—A bordo del *Mæris*.—Tiempo magnífico.—Los viajeros.—El mareo.—La Córcega.—El paso del oso.—Caprera.—La casa de Garibaldi.

IV.—Llegamos.—Espectáculo grandioso.—Entramos en Alejandría.—Molestias á cambio de impresiones nuevas.—La ciudad.—El Nilo.—Camino del Cairo.

V.—¡Las pirámides!— ¡El desierto!— Impresiones que me causa nuestra llegada al Cairo.—Lo que van á costar las fiestas de la inauguración del Istmo.— Los bazares.—El circo.—Las mujeres árabes.

VI.—Más sobre las mujeres árabes.—Las mujeres de harem.—El Cairo viejo.—Una iglesia de coptos.—El museo de Boulay.—La mezquita del sultán Hassan.—Preparativos para recibir á la Emperatriz.—Mr. de Losseps y su futura esposa.

VII.—El Egipto contemporáneo.—Ismael Pachá.—Pueblo esclavo.—La obra de Mr. de Lesseps.

VIII.—Quince dias de navegación por el Nilo.—Madama Luisa Callet.—Llegamos á Siont.—Las puestas del sol.—La necrópolis.—Baile original.—Los mosquitos.—Búfalos y antilopes.—Nos detenemos frente á una llanura.—Un santón.—Denderach.—Excursión al famoso templo.—Quenech.—Las bailarinas.—Luysor; la antigua Tébas.—Edfon.—Danzas y simulacros de guerra.—El vil metal.—Ombos.—Assonan.—Navegación peligrosa.—La isla Elefantina.—Cocodrilo imaginario.—Nubios en cueros.—Enfermos.—El Pachá y la mujer ajena.—Girgeh.—Otra vez en Siónt.—Excursión conmovedora á las pirámides.

IX.—En pleno acontecimiento.—El canal.—La rada de Ismailia.—Espectáculo deslumbrador.

X.—Las tropas egipcias.—La emperatriz en camello.—*Raout* en casa de Mr. de Lesseps.—Baile en el palacio del Kedive.—Como vestia la emperatriz.—Confusión extraordinaria.—El *menú* de la cena.—¡2.200 botellas!

VI.—Epílogo.

## **Mi viaje á Alemania.** *Libro nuevo.*)

(Capítulos que contiene.)

I.—En Alemania.—El soldado germánico.—La catedral de Colonia.

II.—Haunover.—La «Herrenhause» —Apego á las tradiciones.—Los socialistas.

III.—Hamburgo.—Adelantos modernos.—El barrio de San Pablo.—«¡Soldados... siempre soldados!»

IV.—Berlín.—«Unter den Linden».—El Emperador.—Organización militar.—Abuso de la «interview».

V.—Leipsig.—Las ferias.—El teatro.—El museo.—Los paseos.—Libertad de las señoritas.—Los llanos.—Atmósfera de ilustración.

VI.—Berlín.—La gran revista militar de Tempelhof.—Comparando soldados.—La disciplina.—El emperador visto de cerca.

Mi entrevista con Bismarck.

---







LS

B644

206171

Author Blasco, Eusebio

Title Obras completas. Vol. 5.

DATE.

NAME OF BORROWER.

University of Toronto  
Library

DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET

Acme Library Card Pocket  
Under Pat "Ref. Index File"  
Made by LIBRARY BUREAU



